ANTONIO

# NO TIENES PERDÓN DE DIOS

«Antonio Sarabia firma una novela negra llena de poesía.»

Sébastien Lapaque,
*Le Figaro Littéraire*

SARABIA

# NO TIENES PERDÓN DE DIOS

ANTONIO SARABIA

© Antonio Sarabia, 2016
© Los libros del lince, S. L.
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo
08010 Barcelona
www.linceediciones.com

ISBN: 978-84-17302-26-9
Primera edición: noviembre de 2017

Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

Impreso en México por Litográfica Ingramex, S. A. de C. V.
Centeno, 162-1, Col. Granjas Esmeralda
09810 Ciudad de México

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

Para Bruno Sarabia y Cristina Martín,
esta novela que tomó forma durante
aquellas amables semanas de convivencia en París

¿Quién se atreverá a condenarme si esta gran luna
de mi soledad me perdona?

JORGE LUIS BORGES

A la vuelta de la esquina
un ángel invisible espera.

ÁLVARO MUTIS

# 1

Todo comenzó aquella mañana, Hilario Godínez, en que camino al periódico te topaste con el Loco Mendizábal mendigando en la plaza de Armas, protegido del sol matutino no por las achacosas ramas de los árboles, sino por la dilatada sombra de la catedral. Había reunido unas pocas monedas en lo que alguna vez fue la parte inferior de una caja de chicles. Le depositaste otras más. Te contempló con su mirada vacía, sin darte las gracias, tal vez incluso sin verte, ensimismado en la delirante cantinela con la que pedía limosna.

—La materia… la duda… —murmuraba mirando a los viandantes con una sonrisa estúpida—, no hay mas que átomos… todo son átomos… la materia… la duda… la duda… son átomos, también átomos y más átomos… —repetía incansable como si solo a él le estuviera permitido observarlos con los ojos ausentes.

De cuando en cuando interrumpía su discurso, la vista detenida ante una invisible aparición en un punto cualquiera del espacio, y exclamaba atónito:

—¡Una molécula!… ¡una molécula!

Te hacía gracia esa obsesiva demencia por los imperceptibles corpúsculos que componen el cosmos, Hilario Godínez, o te inspiraba respeto la profunda verdad escondida tras su insensato desvarío. El caso es que le habías cobrado aprecio. Un loco filósofo. Nada más eso faltaba en aquella incongruente ciudad regida por políticos venales y desangrada por una guerra salvaje entre las pretendidas fuerzas del orden público y las distintas bandas rivales de narcotraficantes.

Por otra parte, el Loco Mendizábal no tenía pinta de borracho o drogadicto, y tú nunca antes habías visto un mendigo tan limpio. Sus prendas de vestir, a las que les faltaba poco para considerarse harapos, eran de una humildad sin mácula. Su rostro ido, sin rastros de mugre, te recordaba algo o a alguien, sin que pudieras precisar qué o a quién. Pero tampoco te habías detenido a meditar mucho sobre eso, Hilario Godínez. No, todavía no.

Sin embargo, tú nunca perdiste de vista una cosa: eras bastante consciente de que, además de estar constituida por las diminutas partículas que enloquecieron a Mendizábal, tu sangre cuando nadie la ve es negra. Corre por los ríos de tus venas entre músculos, vísceras, huesos, recodos imprevistos, abismos desconocidos en busca de un océano tal vez inexistente. Porque, a fin de cuentas, esa carta que te llegaba puntualmente semana a semana y que confundías a veces con el rítmico tam tam de tu corazón ¿qué significaba? ¿Qué anónima mano, al escribírtela, hacía batir con ella el tambor de músculo enterrado en tu pecho? ¿Con qué desconocido afán? ¿Qué sílaba, qué palabra repetía incansable? ¿Quién te la comunicaba? ¿Serías capaz de entender su lenguaje, Hilario Godínez, antes de que vacilara su mano, antes de que se rompiera el compás?

# 2

—Mejor ni te metas, cabrón.

Eso hasta tú podrías habértelo dicho, Hilario Godínez. Sobre todo en esos tiempos en que ya te había dado por hablarte a ti mismo como si otro yo dentro de tu cabeza pusiera en tela de juicio tus propias acciones y pensamientos; pero la advertencia vino de fuera, del hombre de la pesada chamarra de piel negra y la notoria cicatriz en la cara. Al hacerla te lanzó apenas una despectiva mirada de soslayo mientras contemplaba al Gordo Patiño, columnista de la sección policíaca, revolverle en el piso molido a patadas por los hombres que, después de someter a los guardias de la entrada, entre un revuelo de papeles, empujones, gritos y mentadas de madre, habían irrumpido en la redacción de *El Sol de Hoy*. Patiño se cubría la cara y la cabeza con los brazos, curvándose sobre sí mismo para protegerse el estómago, pero los puntapiés llovían implacables a su alrededor. Al final de la golpiza, uno de los agresores sacó una pistola escuadra de la cintura y apoyó el oscuro cañón en la frente del medio desvanecido periodista. Casi pudiste sentir la dureza del metal haciendo un frío contacto con su piel. Hijos de la chingada, te dijiste, lo van a matar, y cerraste los ojos esperando una detonación que, por fortuna para el hombre tendido en el suelo, no se produjo. La voz que te había condenado a la inacción se oyó de nuevo, fría y pausada, en lugar del pistoletazo:

—Eso te pasa por andar escribiendo mamadas, pinche gordo hablador.

La cicatriz que desfiguraba aquel rostro te pareció de pronto más profunda y más roja que antes, mientras el siniestro personaje se inclinaba hacia la oreja del hombre encogido a sus pies como para que no se le escaparan sus siguientes palabras:

—La próxima vez no serán patadas: recibirás un plomazo entre ceja y ceja, pendejo, óyelo bien.

Después, dándole desdeñosamente la espalda, se dirigió a la salida. Los demás se fueron tras él desplegando la misma violencia con la que entraron; todavía revolvieron otro escritorio y arrojaron

contra la pared un par de computadoras más encontradas al paso. Cuando por fin la puerta se cerró de golpe a sus espaldas, la redacción en pleno permaneció inmóvil unos eternos instantes más, paralizada por el terror. Nadie hizo el menor intento de seguirlos o de levantar un teléfono para pedir aunque fuera un tardío auxilio a la policía.

Tú reaccionaste primero agachándote a verificar el estado del Gordo Patiño. Respiraba dificultosamente, con la cara y la cabeza toda empapada de sangre. La Susanita, como llamaban a la joven cronista de Sociales, te miraba blanca del susto, mientras doña Leonor, la secretaria de la Gerencia, gimoteaba perdida en un rincón.

—Llame al Hospital de la Luz para que nos envíen una ambulancia —le urgió don Arcadio Ríos, el director del periódico, rompiendo el silencio y tomándola del brazo para arrancarla al marasmo. Su voz, quebrada por el nerviosismo carraspeaba intentando imponer su autoridad en medio de la consternación general.

# 3

La policía se presentó en la redacción de *El Sol de Hoy* con bastante retraso, ya cuando los ambulantes del Hospital de la Luz se habían llevado con no pocos esfuerzos al Gordo Patiño aún medio inconsciente sobre una estrecha camilla arqueada bajo su peso. Era inevitable, Hilario Godínez, aunque nadie los deseara ahí, que los dizque celosos encargados de la ley comparecieran en el periódico para iniciar formalmente las investigaciones. A ustedes no les quedó más que poner cara de circunstancias al responder a los interrogatorios de rigor. Nadie aventuró nada fuera de lo que los demás aportaban. Tú fuiste el único que recordó mencionar al tipo con la cicatriz en la cara. ¿Cómo puedes ser tan imbécil? No tienes perdón de Dios. Todos sabían que los apuntes de cualquiera de aquellos meticulosos guardianes del orden podían servir luego para poner sobre aviso a los atracadores de esa misma mañana, y ninguno quería dar pie a que volvieran y a sufrir una nueva versión, tal vez corregida y aumentada, de la paliza propinada a su compañero de trabajo.

Cuando los agentes se fueron, reiterando el apoyo oficial y repitiendo ilusorias promesas de dar pronto con los autores de la fechoría, periodistas y empleados se dieron a la tarea de restaurar los destrozos y recomponer su maltrecho lugar de trabajo.

Mientras la plana mayor del periódico se encerraba en la dirección a discutir lo que acababa de suceder, tú te retiraste a la pequeña oficina donde trabajabas. La sección deportiva había quedado milagrosamente al margen del caos y encontraste todo en su sitio. Con el pecho y las mangas de la camisa aún manchadas de la sangre del reportero herido, abriste un ejemplar del periódico de la mañana para ver si su contenido te aclaraba de alguna manera las razones de la agresión. “Eso te pasa por escribir pendejadas”, había dicho el siniestro personaje de la cicatriz, y tú buscaste en las últimas páginas, las habitualmente dedicadas a las noticias policíacas.

Solo había una nota firmada por el Gordo Patiño. En ella se

limitaba a reportar un secuestro tal y como al parecer acontecieron los hechos. Dos camionetas, que circulaban con placas robadas, cerraron el paso al convertible deportivo de Jorge Ibarra, un joven de la alta sociedad local y, acto seguido, media docena de pistoleros descendieron de los vehículos para arrancar por encima del asiento al desprevenido conductor que circulaba incluso con la capota bajada. Los asustados testigos coincidían en sus declaraciones. Un súbito rapto al más puro estilo del crimen organizado. El pan diario en esta ciudad donde nadie puede salir en auto sin estar atento a sus retrovisores. La víctima, destacado estudiante de medicina, era el único hijo de una viuda bastante adinerada. Al final de la nota, el Gordo Patiño solo hacía mención de que el delito se había cometido en una zona elegante, donde a menudo rondaban patrullas y la vigilancia era cuestión habitual. Sin embargo, como esa misma mañana en los alrededores de *El Sol de Hoy*, en el preciso momento en que habían ocurrido los hechos ningún policía se encontraba a la vista.

# 4

Tu abuelo era impresor. Aquel viejo de amplia calva, barba y bigote entrecano, a quien sin duda te parecerás algún día, Hilario Godínez, era impresor. A él debes, al menos en parte, este absurdo vía crucis por el que ha transcurrido tu vida. Tan pronto aprendiste a leer, te regaló un hermoso volumen con los cuentos de Oscar Wilde para que comprendieras la diferencia entre un gigante egoísta y un amigo fiel. No contento con eso, continuó llenando tu infancia y adolescencia con las novelas de Mark Twain, Julio Verne, Jack London, Conan Doyle, Alejandro Dumas, Walter Scott y cuanto folletín literario o seudoliterario le pasó por las manos. A él debes esa bella edición de *La isla del tesoro* que aún adorna tu biblioteca, y aquel otro elegante ejemplar del *Quijote*, con ilustraciones de Gustavo Doré, fue también un obsequio suyo. Lo hizo con la mejor intención, Hilario Godínez, no puedes culparlo de nada. Sin darse cuenta te fue convirtiendo en el idealista estúpido que ahora eres. Un sentimental incurable que a menudo intenta imitar a destiempo a los románticos protagonistas de aquellas viejas novelas de capa y espada.

Porque debe de ser eso, y no otra cosa, lo que en el plano afectivo te ha mantenido tanto tiempo ligado a un amor sin pies ni cabeza. A ninguno de tus héroes de la infancia se le habría ocurrido enamorarse de una heroína a la altura de la que tú te forjaste. En eso, Hilario Godínez, sobrepasaste incluso a tus envejecidos ídolos de papel. ¿Cuál de ellos, crees tú, se habría apasionado por la autora de una estrambótica carta que, sin dirección ni remitente, recibías una vez por semana? De seguro ninguno.

¿Y qué explicación encontraste para justificar su oscura obstinación por no darte la cara, por mantenerse anónima? Al principio pensaste que era más fea que una mentada de madre, Hilario Godínez, ¿recuerdas? Fea no, horrible, sería lo más acertado. Nunca creíste en ese vago retrato suyo que una vez hizo de sí en una carta. Te pareció una mera invención con el patético afán de mantenerte embobado. Pero no la necesitaba. Era su

manera de escribir lo que te atraía. Eso y todas las cosas de las que te hablaba, porque te hacían soñar con ella y con el arte y la belleza escondidos tras la vulgaridad cotidiana. Otro habría detectado, tal vez, una cierta arrogancia en su arraigada actitud. ¿Cómo podía estar tan segura de que leías sus correos, de que no los arrojabas a la basura sin molestarte siquiera en abrirlos? Sin que tú supieras cómo, de dónde o por qué, daba la impresión de conocerte más de lo que cabría imaginar.

Solo un defecto tuvo tu abuelo, Hilario Godínez: fue admirador de cuanta sentencia dictaron los antiguos filósofos chinos, máximos inventores de máximas. Estos decían —y él, como buen impresor, lo creía a pie juntillas— que la memoria más rica nunca vale lo que la tinta más pobre. Por eso has de haber heredado tanto el amor al perfume de esta como a la textura del papel. Nada te atrae más que acariciar y oler un libro recién impreso. Aunque tal vez nunca llegues a ver uno tuyo en semejantes condiciones, algo de él se materializa todos los días al mirar salir el periódico de las rotativas, con tu columna deportiva dentro, muy temprano en la madrugada.

# 5

Dicen que la justicia es ciega, Hilario Godínez, por eso la representan con los ojos vendados, pero, en tu país, la justicia consiste sobre todo en evitar las vendas en los ojos y, manteniéndolos siempre bien abiertos, captar el momento justo de mirar a otra parte.

En eso meditabas esa otra mañana, unos cuantos días después del asalto al periódico, con el Gordo Patiño todavía ausente, cuando la nota roja se mezcló con la deportiva, con la tuya propia, el futbol, y las dos se confundieron para informar de un nuevo secuestro.

Roberto Medina, a quien la afición apodaba el Torito por su corta estatura y su futbol impetuoso y acometedor, eficaz centro delantero de la selección nacional y del equipo de casa, había sido raptado cuando iba a entrenar. Una camioneta con los cristales polarizados lo esperaba desde muy temprano en el estacionamiento del club. De ella surgió una *estaca*, así denominan los narcotraficantes al grupo de sicarios encargados de una misión, que lo empujó a punta de pistola a la parte trasera del vehículo antes de alejarse a toda velocidad "con rumbo desconocido", según había señalado con pueril perspicacia el autor de la nota policíaca.

El calendario del campeonato preveía que unas noches más tarde, los Becerros de Oro, como se conocía popularmente al equipo local, se enfrentaran a otro que, según los rumores, se financiaba con dinero del narcotráfico. No faltaron suspicaces, maliciosos o provocadores que consideraron de inmediato el delito como una sucia maniobra del equipo contrario para, en vísperas de un partido tan importante, poner fuera de circulación al temible goleador. Tú, por tu parte, refutaste a esos maldicientes en tu columna deportiva. El secuestro, argumentabas, excedía el aspecto puramente futbolístico, aunque ello incluyera también los intereses de la selección nacional, para afectar a algo mucho más importante: la libertad y la seguridad, tal vez incluso la vida de un ser humano. A ti te costaba trabajo creer que las cosas hubieran llegado a ese

extremo, a pesar de que la guerra entre los narcotraficantes nos hacía retroceder, en plenos albores del siglo xxi, a la peor brutalidad medieval. Nadie se arriesgaba a salir después de las diez de la noche, ni solo ni acompañado. Cuando apagaban las luces los últimos servicios, la gente se apresuraba a encerrarse a piedra y lodo en sus casas, y la ciudad se convertía en un pueblo fantasma.

Aunque tú, Hilario Godínez, a quien la deformación académica hizo un vicioso de la precisión en estos menesteres, piensas que *pueblo fantasma* no es la figura literaria adecuada. A la ciudad habría que llamarla *cementerio aleatorioporque*, de todas maneras, a la mañana siguiente, al abrir los periódicos, el desayuno se acompañaba con la cotidiana cuota de cabezas cortadas o cadáveres desmembrados. Entre el café, los frijoles refritos y la carne de machaca con huevos, uno podía imaginar a médicos y socorristas en la pavorosa tarea de armar rompecabezas con retazos de cuerpos. Los que se encontraban más o menos completos aparecían con un torniquete de alambre enrollado en el cuello e inequívocas señales de tortura. Muchos mostraban un pedazo de papel sobre sus maltratados despojos con un mensaje a menudo cifrado para la banda rival.

El gobernador, mientras tanto, anunciaba a bombo y platillo que la tasa de mortalidad había disminuido durante los últimos meses. ¿Estaba o no estaba al tanto de que las fuerzas de la ley habían encontrado una manera ridículamente sencilla de dar veracidad a su discurso político adecuando, sin mayores esfuerzos, sus números a los de las cifras oficiales? Simplemente se deshacían de los cadáveres extras arrojándolos en el estado vecino.

# 6

—Oiga, Godínez, ¿usted sabe algo de golf?

Aparte de que se practicaba en un terreno verde como un campo de futbol, aunque bastante más sinuoso y extenso, con árboles y trampas de arena, de que la pelota era mucho más dura y pequeña, y de que se le golpeaba con diferentes palos, no tenías una idea precisa de las reglas del juego. Así se lo hiciste saber al jefe de redacción.

—Pues aprenda. Hoy comienza un torneo de profesionales en el Club Campestre. Solo está usted para cubrirlo.

Mientras conducías de mala gana tu polvoso y maltrecho Volkswagen hacia el sitio señalado, te pusiste a reflexionar sobre la cantidad de deportes que se practican con una pelota. Así te vino a la cabeza el Loco Mendizábal, quien, aunque hacía honor a su apodo, balbuceaba cosas que a ti, en vez de rematadas, te parecían bastante cuerdas. La esfera como representación alegórica del átomo y del mundo. Cualquier bola es en suma un planeta minúsculo que va de aquí para allá, de allá para acá, en un incesante y frenético vaivén entre los pies de los jugadores y las patas de los caballos, manoseado, golpeado, zaherido. Igual que el globo terráqueo entre guerras declaradas y encubiertas, amenazas atómicas, catástrofes étnicas, especies en vías de extinción, maremotos y calentamiento global. Igual a la pompa de jabón que consideramos nuestra vida hasta que la siempre sonriente calaca se acerca a pincharla con la punta de su filosa guadaña, igual que tu pobre y jodido país rodando por el suelo entre delincuentes mafiosos, empresarios ladrones, políticos corruptos y gobernantes ineptos. Y a pesar de tener todo eso tan claro, sentiste todavía alguna vergüenza al estacionar tu humilde ruina rodante entre tanto auto ostentoso. En verdad, Hilario Godínez, no tienes perdón de Dios.

El Club Campestre se encontraba al oeste de la ciudad, en una zona antes profusamente arbolada donde ahora, en lugar de los altos árboles centenarios, se erguían edificios de departamentos de

lujo que circundaban los terrenos del aristocrático campo de juego.

Ahí, entre las verdes pistas que como amplios e inmaculados caminos se abrían paso entre los restos de la antigua floresta, pudiste admirar aún muchos ejemplares sobrevivientes del otrora magnífico bosque. La multitud se movía siguiendo las peripecias de sus jugadores favoritos, a quienes acompañaba un ayudante, el caddie, con la pesada bolsa de sus palos a la espalda, y una bella edecán que portaba como estandarte un rótulo con su marcador en lo alto. Te costó trabajo comprender la lógica del golf. Al llegar pensaste que iba ganando un tipo que llevaba $+8$, pero te dijeron que quienes tenían solo $+2$ o $+1$ estaban bastante mejor colocados, y resulta que quien encabezaba el torneo jugaba ya el último hoyo con un orgulloso $-4$ en su pancarta. Ahí las matemáticas no te funcionaban, porque en ese deporte resulta que quien hace menos gana más. Con esas cuentas en el futbol, cuántas veces no habrían sido campeones el Necaxa o el Atlas, pensaste dirigiéndote a la cafetería en busca de una mesa para escribir tu nota y de cualquier bocadillo con que engañar el estómago. Al cruzar la puerta te topaste de manos a boca nada menos que con la expresión sorprendida y el aire siempre despistado de la Susanita, que tropezó contigo mientras caminaba con otras chicas de su edad. Al verla con aquella falda ajustada, que te permitía admirar una generosa porción de sus magníficas piernas, te aferraste enseguida a la estúpida idea de que tal vez la mañana no estuviese del todo perdida. Válgame Dios, Hilario Godínez, eres un optimista incurable, por eso te sucede siempre lo que te sucede. Alabado sea el Señor.

# 7

Así, de pronto, a la Susanita se le cruzaron los cables al hallarte tan lejos de tu entorno habitual. Petrificada por tu aparición, no supo cómo presentarte a sus acompañantes. Estas se les quedaron mirando perplejas. Primero a ti y, luego, al percibir su total desconcierto, a ella. El ambiente pareció enrarecerse de pronto debido a la expectante curiosidad de las chicas. “Un compañero de trabajo”, se atrevió por fin a decir la Susanita con un balbuceo tímido, malinterpretado por las demás, que se apresuraron a despedirse entre sonrisas pícaras y miradas de inteligencia.

La Susanita las vio partir con pesar. A leguas se notaba que habría preferido largarse con ellas, pero no le dieron tiempo a escoger y, contigo mirándola, tampoco se atrevió a protestar.

Tú te hiciste el desentendido. La invitaste a sentarse en la mesa más próxima y ella accedió distraída siguiendo todavía con la mirada a las amigas que se alejaban.

Siempre te había resultado más bien laborioso conversar con tu aturdida colega. Te trataba de usted y te decía “don Hilario” con una deferencia que te incomodaba, como si tratara con alguien bastante mayor que mereciera el respeto y la consideración de la gente más joven, como ella.

Había sido un acierto el darse una vuelta por el torneo de golf, le dijiste en tono elogioso, la sección de sociales de *El Sol de Hoy* tampoco podía permanecer ajena a un evento tan importante.

No había ido por eso, te respondió desconcertada. Claro que si algo interesante pasaba lo aprovecharía para el periódico. En realidad era socia del club. Estaba esperando a sus padres para almorzar con ellos.

La nueva te sorprendió. Habías oído decir que la familia de la Susanita era gente adinerada, pero no te la imaginabas alternando con la aristocracia local.

Esa mañana estaba bonita la chica, Hilario Godínez, con esos hermosos ojos castaños y el listón azul sujetándole el cabello. A ti te gustaba, no te hagas pendejo. Así, bajando la vista y sonrojándose

cuando la mirabas te parecía aún más atractiva. Era hora de soltarle un piropo, güey, ¿qué tanto esperabas?

—Susanita…

—Diga, don Hilario.

Que bien chingaba con su *don*, Hilario Godínez, había que explicarle que lo olvidara, que te hablara de *tú*. Si la diferencia de edades era apenas de ¿cuántos?, ¿unos doce o trece años a lo más? Había que aclarárselo, grandísimo estúpido.

—Susanita…

—¿No se ha enterado, don Hilario? Apareció Jorgito…

—¿Jorgito?

—Jorge Ibarra, el chico al que secuestraron la semana pasada.

El nombre completo te trajo a la memoria la foto del estudiante de medicina en la nota del Gordo Patiño.

—Lo encontraron muerto en un basurero —continuó ella afligida —, parece que sus secuestradores nunca pidieron rescate. Nadie sabe por qué.

La Susanita leyó la sorpresa en tus ojos. Tú habías oído entre los reporteros del periódico que, después del secuestro, la madre rechazó cualquier cooperación policial para negociar la libertad de su hijo y prefirió asesorarse por un grupo de expertos en ese tipo de casos que hizo traer especialmente de los Estados Unidos.

—Corre el rumor de que al cadáver le faltaban los brazos… —añadió horrorizada; ¿cómo podía haber gente tan ruin que hiciera esas cosas tan salvajes, tan alejadas de los preceptos de Dios y de la ley de los hombres?

Así que todos aguardaron en vano, Hilario Godínez. Los teléfonos intervenidos, las ofertas preparadas, los fajos de billetes contados en paquetes pequeños dentro de algún oscuro maletín de película B. Nadie llamó para exigir nada. Todos se quedaron esperando entre miradas de extrañeza, humo de cigarrillos, la angustia de dos o tres parientes cercanos y los irreductibles sollozos de la madre.

Todos empeñados en resolver un enigma que incluso se ahondó al encontrar sus despojos. Y es que, además, según decía la Susanita, se trataba de un cadáver sin brazos, Hilario Godínez. ¿Por qué?

# 8

Para comenzar, Hilario Godínez, ¿quién te manda ir a la universidad a estudiar la carrera de Letras? Esa no fue idea de tu abuelo, aunque a él, de haber vivido lo suficiente para presenciar tu elección, le habría dado sin duda un gusto enorme. Pero ¿cómo pudo ocurrírsete a ti, grandísimo imbécil, semejante tontería? Tu vida es la prueba más contundente de que si algún don te negó la fortuna fue el de entrever, o al menos conjeturar con un mínimo de fiabilidad, el futuro. Cierto que a los dieciocho años te creías ya el siguiente James Joyce, que aquellos primeros cuentos, poemas, tentativas de ensayos y traducciones a Byron, Blake y Sylvia Plath recibidas con admiración por maestros y condiscípulos no hicieron más que alimentar tu vanidad. Durante el tiempo que estuviste en la universidad te paseaste por ella con la arrogancia intelectual de quien estaba más dispuesto a dar que a recibir cursos de Letras. Una hoja ante los ojos impide ver la montaña más grande, debieron decir en sus tiempos los pinches filósofos chinos, porque tú no te diste cuenta sino hasta mucho más tarde de la enorme metida de pata. Primero, los sesudos análisis sobre Gonzalo de Berceo, San Juan de la Cruz, el Arcipreste de Hita o el infante don Juan Manuel, más Dios sabe cuántas otras sandeces sobre fonética, lingüística y *variasísticas* más te fastidiaron el deseo de estudiar y casi matan el amor que el buen viejo te había tan cuidosamente inculcado por la literatura. Después, aquellos cuentos tuyos jamás publicados y esa primera no-vela recomenzada sin cesar te dejaron con muy pocas alternativas para ganarte la vida. No te quedaban más que los trillados caminos de tantos escritores fracasados, Hilario Godínez: el periodismo o la enseñanza. Optaste por lo primero. Por fortuna, un residuo de amor propio te impidió dedicarte a la crítica literaria. Habría sido el colmo. Eso sí, al poco tiempo huiste de la capital para refugiarte en esta ciudad ganadera, tan grande como provinciana, al norte de México, y no te costó trabajo conseguir una chamba de cronista deportivo en *El Sol de Hoy*, un diario pequeño, liberal, orgulloso de su independencia, en el que un reducido grupo

de articulistas y reporteros tenía que darse abasto para cubrir todas las fuentes posibles. A ti, desde muy pequeño, te apasionó el futbol y en tu recién encontrado refugio periodístico convertiste aquella acendrada afición en tu especialidad. Muy pronto te hiciste merecedor de una columna propia a la que titulaste “De portería a portería” como homenaje a un libro de Wenceslao Fernández Flores que había hecho las delicias de tu juventud. Desde luego, no hubo quien se percatara de la referencia literaria en esta indocta ciudad olorosa a humo y a leña, en el borde de la invisible frontera donde, decía Vasconcelos, “termina la civilización y comienza la cultura de la carne asada”. Aquí los más letrados son apenas asiduos lectores tuyos y, a ellos sí, Hilario Godínez, les parece que tu prosa se levanta a la altura de los versos de Homero al referir la epopeya de sus héroes y dioses de pantalón corto y espinilleras como en otros tiempos los bardos celebraron con odas las hazañas de Ulises, Héctor y Aquiles ante los invictos muros de Troya.

# 9

¿Sabes de qué está hecho tu cuerpo, Hilario Godínez? De átomos. Hasta ahí el Loco Mendizábal está en lo cierto. ¿Sabes en qué son distintos esos átomos a los que conformaban el periódico que, casi una semana después de tu visita al Club Campestre, ojeabas abierto entre las manos? En nada. El cadáver desmembrado del Torito Medina al que se referían las notas que examinaban atentos tus ojos, y el cuchillo que lo convirtió en esos cinco grandes trozos de carne inerte son exactamente de la misma materia. Una sangra y se duele, la otra corta indiferente.

Dos días antes el cuerpo del futbolista había sido arrojado por sus victimarios en un muladar de las afueras. Aunque decir cuerpo era mucho decir, porque del cadáver habían aparecido la cabeza y los miembros, o sea, brazos y piernas; el tronco, en cambio, no se encontró por ninguna parte.

Continuaste revisando el periódico. *El Sol de Hoy* aparecía dedicado casi por entero a la muerte y al funeral del joven deportista. Plana tras plana se detallaba una tragedia que afligía no solo a la familia y a los aficionados locales, sino al país entero. La selección nacional de futbol se veía privada de su más certero rematador en vísperas de las eliminatorias para el campeonato del mundo. El entierro, reproducido con fiel despliegue fotográfico en las páginas centrales, había sido apoteósico. La multitud, de andar lento y pesaroso, acompañó el ataúd desde el lugar del velorio hasta el cementerio. Las guitarras, tubas y acordeones de varias bandas de música regional, que entonaban sus canciones más tristes, siguieron el cortejo entre viandantes, vendedores de flores y puestos rodantes de helados, refrescos y golosinas. El luctuoso cortejo se asemejaba más a una romería popular que a un sepelio.

Pero volvamos a la idea inicial, Hilario Godínez, a los confusos pero no tan dementes disparates del Loco Mendizábal: los desperdicios entre los que se hallaron los restos del muerto, la cabeza y esos cinco retazos de carne fresca dentro del féretro, la madera que lo compone, los anteojos oscuros de los deudos, las

insignias de los agentes, las ropas de los curiosos, las cámaras de los fotógrafos, el sol que iluminó la fúnebre marcha… están todos constituidos de las mismas diminutas partículas que integran el tuyo. Otra vez, ¿en qué se diferencian unos de otros? En nada. Bajo su aspecto distinto, como un disfraz tras el que ocultaban su verdadera sustancia, eran exactamente iguales, estás convencido de eso, ¿no es cierto? Entonces recuerda lo que descubrieron tus ojos al detenerse en la última foto: algunos jugadores, compañeros del Torito Medina, hacían guardia ante el sarcófago cubierto en parte por la bandera mexicana. Junto a ellos posaba la barra brava del equipo, sus más furibundos seguidores. Entre esos adictos distinguiste un rostro, tal vez el más compungido de todos, que no te era totalmente extraño. Lo observaste con detenimiento y una frase resonó de repente en tus oídos: “Mejor ni te metas, cabrón”. Ahora dime una cosa, Hilario Godínez, ¿por qué todo tu ser, al ver eso, no se rebeló contra la machacante perorata del Loco Mendizábal? Explícame: ¿cómo es posible que aquel rostro cetrino, de criminal empedernido, afeado por la grotesca cicatriz que le cruza la cara, esté de verdad compuesto por la misma materia que el tuyo?

# 10

Aquel fin de semana, por primera vez en más de una década, Hilario Godínez, la carta de la Mujer de tus Sueños no apareció en el correo. Aunque estabas hecho a la idea de que su correspondencia podría acabar en cualquier momento, tan súbita y unilateralmente como se había iniciado, te sorprendió la imprevista desazón, el brusco vacío en el estómago al enfrentarte al suceso. Silenciando como mejor pudiste la inquietud que te embargaba, todavía esperaste al lunes, e incluso al martes, antes de telefonear a la casa de tus padres en la Ciudad de México. Te valiste de una excusa cualquiera para justificar la llamada y, al despedirte, preguntaste como al azar por tu habitual correspondencia. Fue tu madre quien te informó que el archisabido sobre azul sin el nombre ni la dirección del remitente te había llegado con la puntualidad de siempre. Eran ellos quienes, ocupados por otros quehaceres, no te lo habían reenviado a tiempo. Te suplicaba que los disculparas, te llegaría uno o dos días más tarde. Le diste las gracias añadiendo que no se preocupara, que no había problema, que no era nada importante… pero respiraste aliviado… y con un mortificante saborcillo de frustración en la boca. No por el retraso de tus padres, ellos no estaban al tanto ni de tus repentinas urgencias ni del contenido de las cartas, sino por la flagrante evidencia de tu propia debilidad. Te dolió constatar lo mucho que dependías de aquella carta semanal.

La Mujer de tus Sueños. Ridículo. Un rostro, acaso apenas vislumbrado alguna vez, que a pesar de todos tus esfuerzos no lograbas identificar, se adhería entre las brumas del ayer a lo más profundo de tu yo y regresaba incansable, tenaz, casi dirías vengativo, una vez por semana, a revivirte el pasado.

Esas manos, que hundidas en la sombra tomaban semana tras semana un pliego de papel para escribirte una carta, ¿cómo serían? ¿Dónde las viste, si es que en verdad alguna vez pusiste los ojos en ellas? ¿Habrías llegado a rozarlas siquiera sobre la plana tarima de una mesa de café durante aquellos días en la universidad? ¿Se

habrían balanceado entrelazando tus dedos mientras caminaban por una calle cualquiera? Pudo ocurrir así, claro que pudo ocurrir así, pero se habían desvanecido ahora, extraviadas entre las otras muchas manos que en esa época bendita y antigua acariciaron las tuyas. Qué triste, qué lamentable, Hilario Godínez, esa manera que tenías de regresar al ayer devolviéndote por los pasos que te condujeron al hoy. Como un viejo perro que, husmeando desesperado sus huellas, olfateara de orín en orín su propio rastro en la inútil persecución del joven cachorro que alguna vez fue.

A eso te impelían esas cartas que continuaban viniendo por el servicio postal, escritas pulcramente a mano, indiferentes a impresoras caseras o correos electrónicos, como una reafirmación única e individual de tu otra existencia anterior. Y te preguntabas por enésima vez: ¿dónde habías visto antes, sin entonces fijarte demasiado, esa meticulosa caligrafía, con esas emes tan mimadas y esas oes tan redondas? La Mujer de tus Sueños, Hilario Godínez, era una perfeccionista en todo. Tanto en la forma como en el fondo. Los bien delineados rasgos de sus parcos adjetivos subrayaban la bella y precisa expresión de ideas y sentimientos. Un surtidor de palabras exactas que brotaban de una corriente subterránea que desembocaba en ti, Hilario Godínez, pero cuyo origen se perdía allá a lo lejos, remontándose hasta un antiguo y obstinado misterio.

# 11

—Está tequilero el día —convino el Gordo Patiño frunciendo el entrecejo mientras ambos miraban como se encapotaba la tarde bajo un cielo de nubes oscuras y gordas, cargadas de una lluvia que no tardaría en caer sobre el cálido asfalto de la ciudad.

Ustedes, viniera como viniera el aguacero, estarían a salvo en aquel tendejón, especie de comedero y cantina, que fuera de las horas de trabajo servía de refugio a los empleados del periódico. Ahí, los inevitables tragos se servían acompañados de copiosas y suculentas botanas de carne asada con chile chilaca, arracheras y a veces hasta trozos de cabrito que reemplazaban con ventaja el almuerzo o la cena. Un perro famélico se paseaba entre las mesas sin que nadie le hiciera caso. De vez en cuando erguía la cabeza y olisqueaba a su alrededor antes de acercarse a lamer la suela del zapato de cualquier cliente, que lo alejaba con un puntapié distraído. El Loco Mendizábal apareció un momento ante la puerta mirando con ojos extraviados las partículas atómicas que formaban los cuerpos de los parroquianos,
y el propietario lo corrió con cajas destempladas antes de que pudiera pedir una primera limosna o incomodar a los clientes.

Al Gordo Patiño, aparte de una costilla quebrada y un diente roto, todos los demás huesos le habían salido indemnes del intenso vapuleo. Por fin le sirvió para algo la grasa que lo envolvía, te dijo con un humor triste. Eso sí, tenía la cara hinchada y el cuerpo lleno de contusiones y hematomas que le impedían moverse sin sufrir intensos dolores.

Tú abrigabas una simpatía involuntaria hacia tu obeso colega aunque hicieras hasta lo imposible por no demostrársela. La verdad es que su manera de ser no le atraía muchos amigos, y tú eras de los pocos que lo frecuentaban aunque a veces te irritaran sus comentarios y actitudes. Tal vez, de algún modo, veías en él al joven que una vez fuiste. Arrogante, omnipotente y sabelotodo, con unas ideas muy definidas sobre lo que era la vida y lo que significaba la muerte.

Hasta no hacía tanto tiempo, cuando aún quedaba vida nocturna en la ciudad, el Gordo Patiño había sido lo que don Arcadio Ríos denominaba un *reportero de la noche*. Un periodista para quien prostíbulos, bares, tugurios de mala muerte y peor vida constituían la "fuente" donde se gestaban las notas que luego harían sensación en las páginas policíacas del periódico.

Él y tú habían estado, desde el principio de la tarde, intercambiando opiniones sobre el asesinato del Torito Medina. El hecho de que sus restos se encontraran en un basurero, más la extraña y espeluznante mutilación de su cadáver, vinculaban su muerte con la de Jorge Ibarra. ¿Qué tenían en común un joven estudiante de medicina y una estrella de futbol? En apariencia, aparte de su juventud, absolutamente nada. ¿O sí? Por otra parte, descuartizar o decapitar los cadáveres era el modo utilizado por las bandas rivales para aterrorizar a sus competidores directos. Sin embargo, ni al Torito Medina ni a Jorge Ibarra se les conocían ligas con el narcotráfico. Las amputaciones no tenía sentido dentro de ese contexto.

Incapaz de escapar a tu formación académica, pensaste en la novela de Mary Shelley, *Frankenstein*, y sugeriste con desabrido humor negro que algún maniático demente, más carnicero que científico, estaba tal vez intentando reconstruir en la realidad aquel monstruo de papel impreso. Pero, de ser así, objetó Patiño siguiéndote el juego, del Torito Medina habría conservado las piernas. ¿Para qué despojarlo del torso? No. Había otra razón. Tal vez se trataba de una venganza, contra ellos o contra alguien que los relacionaba.

Le preguntaste si ya había visto las fotos del entierro del Torito Medina en las que aparecía su verdugo de unos días antes. Patiño asintió con gesto cansado. Se trataba de Celestino Rojas, a quien apodaban el Tino. Quizás por un apócope de su nombre o un tributo a su extraordinaria puntería, si no es que ambas cosas a la vez. Además de ser un fanático del futbol, era un notorio seguidor de los Becerros de Oro, el equipo de casa.

Si le gustaba tanto el futbol sería muy difícil achacarle el asesinato de su ídolo, razonaste. Lo más probable es que fuera obra de alguna otra banda. Patiño frunció el entrecejo. Probablemente, respondió poco convencido, no tenían manera de saberlo. Lo cierto es que se trataba de un hombre cruel y muy eficiente en sus siniestras tareas. Tal vez el principal lugarteniente del Ninja, el invisible y todopoderoso jefe del cartel local. Obraba con absoluta impunidad. ¿Quién se atrevería a delatarlo? Y, si alguien lo hiciera,

¿quién se presentaría a detenerlo?

Te sorprendió el sobrenombre del capo mayor:

—¿El Ninja?

—Parece que es un hijo de la chingada fanático de las artes marciales y de las tradiciones japonesas. Quienes lo han visto dicen que es un naco con ojos de chale que se cree Kung Fu.

Reíste de la ocurrencia.

—Kung fu es un arte marcial —replicaste—, no es el nombre de un personaje.

—Ya sé, pero así llamábamos todos al pequeño saltamontes, ¿recuerdas?, el de la serie de televisión aquella, protagonizada por David Carradine.

—Me acuerdo muy bien —respondiste—. Sin embargo, es bastante siniestro, muy poco tranquilizador, saber que el capo de capos tiene rostro de policía secreto chino. O sea, enigmático y cabrón.

El Gordo Patiño rio de buena gana, soportando sin quejarse el dolor que de seguro le causaban las involuntarias convulsiones, mientras tú reflexionabas que el asunto no era de ningún modo gracioso. Don Arcadio Ríos y los otros accionistas del periódico tenían a fin de cuentas razón en sus dos últimas resoluciones: primero, minimizar las noticias sobre los crímenes del narcotráfico y ya no tomar fotografías en el lugar de los hechos para impedir así que las pandillas rivales, utilizando la posición en que dejaban los cadáveres y las vejaciones que sufrían sus víctimas, se enviaran mensajes entre ellas a través de la prensa. Segundo, con el objeto de evitar nuevas agresiones a reporteros y colaboradores, nadie firmaría ya las notas de la página roja.

# 12

Pues no, Hilario Godínez, resulta que la Susanita no había conseguido su empleo en el periódico tan solo por sus evidentes relaciones con la oligarquía local. En realidad era una lectora voraz, amante de la buena literatura, a quien de vez en cuando le daba, según su propio eufemismo, por "garabatear" poemas. Había estudiado Periodismo porque, más práctica que tú, pensó que la carrera de Letras no le deparaba futuro alguno. Tú, que eras la prueba palpable de ello, podrías haberle explicado que, de una manera u otra, ambos habían aterrizado en el mismo sitio. La diferencia era que para la Susanita *El Sol de Hoy* era apenas un primer escalón. Sus planes no incluían de ninguna manera el anquilosarse ahí.

Todo esto lo averiguaste el día en que ella pasó por el periódico, al final de la tarde, a entregar las notas de Sociales que aparecerían la mañana siguiente. Le faltaba aún la de la exposición de Van der Laggen, oíste que le avisaba al jefe de redacción, pero esa la traería después. Iba toda vestida de luto. Al verla pasar, Hilario Godínez, te despabilaste en tu rincón deportivo y saliste a darle el pésame pensando en el fallecimiento de algún pariente querido. Nada de eso, te respondió con su turbación habitual: estaba asistiendo al novenario de Jorgito Ibarra en la iglesia de San Luis Gonzaga y esa sería la última noche. Aquellas ropas negras, juzgaste, le sentaban como guante a la Susanita, la hacían parecer mayor, con un aire de actriz de los años cuarenta. A ti te entraron de pronto unas ganas irresistibles de rezar también por el alma del joven difunto y, poniendo los ojos más píos posibles, le preguntaste si podías acompañarla.

El templo se encontraba también en el centro de la ciudad, no muy lejos del periódico, pero se pusieron de acuerdo para ir en un auto. Te pasó por la mente la imagen de tu deteriorado Vocho y, sin pensarlo dos veces, aceptaste el suyo. Tenía un BMW pequeño, dos puertas, asientos de cuero gris y acabados de madera. Un lujo. Nada que ver ni con tu vergonzosa cucaracha ni con el sueldo que se

pagaba en el diario. La Susanita lo manejaba con rapidez y seguridad, sin apartar los ojos del camino mientras hablaba.

La atmósfera húmeda presagiaba la lluvia, y el atrio de San Luis Gonzaga olía a gente rica, muy rica, en consonancia con la esmerada limpieza y la austera elegancia del templo. El Loco Mendizábal repitiendo sin parar su consabida monserga de la materia… la duda… la materia… la duda hacía su agosto a la entrada. La Susanita pasó sin mirarlo mientras tú buscabas alguna moneda que darle. Los demás concurrentes se saludaban entre sí formando pequeños corrillos mientras aguardaban el momento de entrar en la iglesia. Si no fuera por lo oscuro de las vestiduras y lo grave de los semblantes se habría dicho que asistían a una boda. Tú te mantuviste discretamente apartado mientras observabas a la Susanita moverse entre ellos como pez en el agua. Todos la conocían y agasajaban con una deferencia que, vislumbraste de pronto, tenía muy poco que ver con su trabajo en la fuente de Sociales de *El Sol de Hoy*.

Empezaste a mirarla con otros ojos. Ni rastros de la chica apocada e insegura que tú tratabas en el periódico. Se te ocurrió que esa aparente timidez nacía en realidad de un profundo desconcierto porque no tenía la certeza de cómo tratarte a ti o al resto de sus compañeros de trabajo.

Cuando por fin llegó, llorosa y abatida, la madre del muerto, los presentes la rodearon y compadecieron apresurándose a introducirse tras ella en el templo. Ustedes fueron los últimos en entrar.

El interior de la iglesia hacía honor a su apariencia exterior, el piso perfectamente pulido, las bancas de madera tersa y resplandeciente. Te preguntaste cómo haría el cura para mantener ese estado de cosas sin un ejército de limpiadores que lo auxiliara. En una de las esquinas, reparaste, había una pequeña capilla con un santo que no supiste reconocer. Te llamó la atención porque la barroca riqueza de sus vestiduras y ornamentos, tan recargada y pomposa, contrastaban con la severa distinción y el buen gusto de todo lo que lo rodeaba.

El sacerdote, después de ciertas oraciones y jaculatorias destinadas a librar a Jorgito Ibarra de las llamas del infierno o a reducir, si ese era el caso, su permanencia en el purgatorio, rogó por el descanso eterno de su alma y se rezó el rosario.

A la salida, bajo una llovizna finísima que amenazaba arreciar, los asistentes sacaron sus paraguas y repitieron la escena del principio para darse las buenas noches. Todos ponían mucho

cuidado en despedirse de todos. Besos y abrazos aquí y allá. A ti ni te miraban.

Un aristocrático anciano vestido con acicalado afeminamiento se aproximó a la Susanita para recordarle que *lavernissage* de Van der Laggen estaba programada media hora más tarde en su galería, que no lo olvidara, insistió, la esperaba. Comenzarían y terminarían temprano, nadie deseaba manejar a deshoras en esa ciudad ingrata. Así dijo,*vernisásh*, acentuando la última *ash* y haciendo un desdeñoso mohín con los hombros al referirse a "esa ciudad ingrata". Levantó una displicente ceja al descubrirte, dio media vuelta y se marchó muy derechito antes de que el insistente chispear se trocara en torrencial aguacero.

La Susanita miró su reloj y de inmediato recobró ese aire aturdido que a ti te resultaba tan familiar. Tú adivinaste el porqué. Que no se preocupara, le dijiste, tu columna "De portería a portería" estaba ya escrita y en manos del jefe de redacción. No tenías ninguna prisa. Si a ella no le importaba, para ahorrar tiempo podrías acompañarla también a *lavernissage*, ahora fuiste tú quien acentuó con ironía la *ash* final arremedando al galerista. Más tarde, cuando ella fuera a entregar su última nota, podría dejarte en el periódico.

La Susanita sonrió complacida. Pues entonces vamos a la *vernissage*, repitió imitándote con una alegría que a ti te llenó el corazón de contento. Al salir ya no estaba el Loco Mendizábal, pero tú, mirando las interminables piernas de la Susanita mientras se acomodaba en el coche, pensaste que a ti te quedaba todavía la materia y, sobre todo… la duda.

# 13

La conversación de la Susanita en el trayecto hacia la *vernissage* te puso en antecedentes, Hilario Godínez, sobre ciertos significativos detalles que desconocías. Te enteraste de que don Ernesto Acevedo, el propietario de la galería, era un primo más o menos cercano de su madre, por lo tanto tío suyo, lo que te hizo reprimir cualquier otra ocurrencia sobre las llamativas maneras o las posibles preferencias sexuales de su curioso pariente. Supiste, además, que admiraba el trabajo de Karl van der Laggen, el pintor, de quien dijo ser buena amiga, y se había ofrecido a cubrir el evento porque nadie más en *El Sol de Hoy* pareció interesarse en hacerlo.

Allá los esperaba, eso sí, un fotógrafo del periódico. Al parecer trabajaba a menudo con la Susanita, porque esta solo tenía que hacerle una disimulada señal y el hombre se dedicaba a lo suyo. Los elegidos sonreían y posaban complacidos al verse apuntados por el flash y la cámara. A ti, el hecho de que el evento lo cubriera la fuente de Sociales y no la de Cultura te daba una idea aproximada de lo que don Arcadio Ríos opinaba del acontecimiento y del pintor. Sin embargo, a pesar de que en el sitio se respiraba el mismo aire que en la iglesia una hora antes y habrías jurado que se trataba casi de las mismas personas, el trabajo de Van der Laggen no te pareció tan detestable.

Al divisarlos, el dueño de la galería y un joven que, por su exótica vestimenta, dedujiste sería el artista se acercaron a saludarlos. “Un colega de trabajo”, te presentó la Susanita sin añadir tu nombre. ¿La avergonzaba llamarte “don Hilario” frente a los demás?

—Hilario Godínez —dijiste extendiéndoles la mano.

—Karl van der Laggen —dijo el pintor al estrechar la tuya y añadió mirándote con curiosidad—: ¿el señor no es cronista de futbol? Escribe una columna… ¿cómo se llama?… ¿“Frente a las redes”?

—De portería a portería —corregiste.

—Me gusta, me gusta, la leo todos los días, insistió el pintor en

perfecto castellano y con un acento más portugués que flamenco.

Don Ernesto entretanto posaba ante unos lienzos que le interesaba publicitar mientras el fotógrafo de *El Sol de Hoy* le dirigía algunos flashazos.

El centro de la exposición era el enorme cuadro de un bello tigre de Bengala deslizándose a la sombra de unos matorrales dignos de Rousseau. Un punto rojo junto al título lo señalaba como vendido. Al detenerte ante él no pudiste menos que murmurar en voz baja:

—Tigre, tigre, brasa pura / de la noche en selva oscura / ¿qué ojo o mano engendraría / tu temible simetría?

—¡Don Hilario… ha leído a William Blake! —exclamó la Susanita volviéndose a mirarte encantada.

Estabas a punto de decirle que no solo conocías a Blake, sino que esa traducción era tuya, cuando viste el rostro de la chica helarse de espanto por algo que descubría más allá de ti, a tus espaldas. Volteaste instintivamente para vislumbrar, en el fondo del salón, la ropa y el cabello mojados por la lluvia exterior, la chamarra oscura y la desagradable cicatriz en el rostro del esbirro que paseaba con falso aire distraído admirando los óleos. Celestino Rojas, el Tino, recordaste con horror, así le había llamado el Gordo Patiño unos días antes.

—¿Ya vio quién está ahí, don Hilario? Tenemos que avisar a la policía…

—Solo lograríamos arruinar la *vernissage* con el alboroto y el hombre nunca llegaría a la Jefatura. Con la desventaja de que sus matones vendrían a buscarnos más tarde al periódico… o a nuestras casas.

La sentiste estremecer y la tomaste del brazo para alejarla de la maléfica visión. Ella se dejó llevar tiritando como una hoja de árbol bajo la brisa invernal. Los dos siguieron desde lejos los movimientos del Tino que, si los vio, no hizo el menor gesto de haberlos reconocido. Lo observaron charlar un momento con el pintor y, más tarde, con el afeminado galerista a quien terminó siguiendo a su despacho. Luego vieron a don Ernesto cerrar la puerta tras ellos para asegurarse una mayor privacidad.

La Susanita, que no se perdió ningún detalle de lo sucedido, temblaba todavía, incrédula.

Era tu oportunidad para agarrarle la mano, Hilario Godínez, y no la desperdiciaste.

# 14

Sí, la carrera de Letras o tu en aquel entonces mal percibido, peor evaluado y a fin de cuentas bastante exiguo talento literario dieron al traste con tus posibilidades de enfrentar la vida adulta con opciones profesionales más lucrativas. Solo tienes que mirar la lista de tus antiguos camaradas de Prepa para darte cuenta: casi todos ellos, siguiendo las gastadas sendas de la arquitectura, las leyes o la medicina, son ahora bastante más ricos e influyentes de lo que tú llegarás a ser nunca. Te perdió aquel desdeñoso y engreído afán de convertirte en alguien distinto. Pues lo lograste, Hilario Godínez, aunque no como tú lo deseabas. A estas alturas ya deberías saber que las suposiciones no son lo tuyo. Sin embargo, haciendo a un lado el desengaño académico y la insolvencia económica, fuerza es reconocer que fue ahí, en la universidad, donde pasaste los mejores años de tu vida.

Eso sucedió porque el mariquita de Mario Santana y tú resultaron ser los únicos elementos del sexo masculino, él muy a su pesar, en un curso ocupado por una veintena de compañeras de clase. Todas jóvenes y hermosas, esplendorosos ejemplares del sexo femenino y la alta burguesía capitalina, que acudían a la universidad con una idea bastante bien definida en mente: atrapar un marido entre los alumnos de Arquitectura o de Administración de Empresas, mejores y más presentables candidatos para un matrimonio provechoso que los desaliñados estudiantes de Ingeniería o Ciencias Sociales, por ejemplo.

Tú eras tal vez el único que estaba en verdad en el curso por amor a la literatura, sabías que era tu fuerte y tus condiscípulas no tardaron en entenderlo también, adoptándote enseguida como consejero y amigo. Verte desembarcar en la cafetería rodeado de chicas hermosas te hizo asimismo popular entre los estudiantes de las otras carreras. Todos buscaban congraciarse contigo para ser introducidos en aquel selecto grupo de bellas alumnas de Letras sin reparar que, bajo una aparente capa de indiferencia, esos ojos arácnidos y esas finas manos perfumadas tejían pacientemente una

red en la que más de uno de ellos, moscas golosas empeñadas en retozar sobre una telaraña, quedaría atrapado sin remedio.

Pero eso a ti no te importaba, Hilario Godínez, pobre cretino sintiéndote Dios aunque para tus compañeras de curso, debido a tu torpe elección profesional y a tu evidente extracción clasemediera, resultaras un fruto, aunque no del todo prohibido, sí muy poco jugoso a largo plazo. El futuro, desde luego, les daría la razón, pero en cambio el presente se mostró generoso contigo. Además de ayudarlas en el plano académico, te convertiste en su aliado y confidente, en el silencioso testigo de sus triunfos secretos y en su paño de lágrimas. Dueño de su confianza y de su tiempo empezaste a usarlas como te vino en gana. Las manipuladoras gozaban dejándose manipular. En tu papel de íntimo amigo, futuro candidato al premio Nobel y filósofo a deshoras, entrabas y salías con naturalidad de sus eventos sociales, de sus casas
y hasta de sus partes más íntimas. Contigo se permitían el sexo sin compromiso mientras les llegaba el degüello a las ovejas seleccionadas. Las aventuras se sucedieron en una espiral que parecía ascendente hasta que todo se vino abajo de pronto: al terminar la universidad te encontraste solo, reinando sin remedio en lo más profundo de un abismo del que habías cavado irreflexivamente el fondo.

Nunca has sido bueno para ese tipo de cálculos, Hilario Godínez. Lo mismo te pasa con la lotería: todo el mundo te dice que hay quién sabe cuántos millones de probabilidades contra una de que te la ganes, pero tú continúas jugándola. Y cuando consultas la lista de premios después del sorteo, para ti las probabilidades se reducen solo a una entre dos: o te la sacas o no te la sacas. Así de sencillo. Los demás cómputos te parecen absurdos.

# 15

Esa tarde, Hilario Godínez, no pusiste demasiada atención en la carta semanal de la Mujer de tus Sueños, que, esta vez remitida con puntualidad por tus padres, acababa de entregarte el correo. No te sentaste de inmediato a leerla, aunque rasgaste maquinalmente el sobre. Preferiste, más bien, arrellanarte mejor en el sofá para continuar viendo la televisión que en esos momentos transmitía, como programa especial, un póstumo homenaje al Torito Medina. Ahí estaba el famoso goleador cuando entonces era solo Roberto, antes Beto y, al principio, el pequeño Betito. Se recordaban algunos pormenores de su infancia, vivida en un barrio paupérrimo, de calles sin asfaltar y humildes vecindades con casas cuya sola habitación servía de sala, cocina, comedor y dormitorio a una familia completa. Casas sin puertas de madera y con techos de zinc o cartón corrugado revestidos con una gruesa capa de chapopote para impermeabilizarlos. Quién sabe de qué estaría hecha la primera pelota que Betito pateó en aquella improvisada cancha infantil, un patio lleno de hoyancos, para aprender lo que era el futbol. La cámara se paseaba por la calle hasta llegar a la modesta escuela parroquial donde Beto había aprendido sus primeras y únicas letras, ya que con trabajos terminó la primaria. Había, para tu gusto, un exceso de entrevistas con sus primeros camaradas de juegos, luego con algunos vecinos y compinches de adolescencia y, al final, con sus amigos y coequiperos. Casi todos decían lo mismo. Ponderaban su simpatía, su humor, su calidad humana y su enorme talento deportivo. En México no hay héroes vivos, reflexionaste recordando una frase de Carlos Fuentes, y ahí viste otra prueba más de ello. Según la opinión de todos, la muerte había truncado una carrera futbolística que sin duda apuntaba para terminar en alguno de los mejores equipos de Europa. No faltaban los momentos culminantes de sus últimos partidos con su club y con la selección nacional. En uno de ellos metió los dos goles del triunfo de México sobre los Estados Unidos. Al festejar el primer gol, mientras corría delante de sus compañeros que lo felicitaban, el Torito Medina, sin

importarle la consecuente tarjeta amarilla del árbitro, se quitó la camiseta para que el público pudiera apreciar la hermosa cabeza de un toro de lidia, fiera y enorme, tatuada en su pecho: los afilados pitones le cubrían las tetillas, con la punta del derecho casi llegándole al cuello.

La cámara hizo un acercamiento mientras el jugador agradecía la ovación con las manos levantadas. Entonces tú, con un sobresalto, pudiste apreciar mejor su tatuaje. Te acercaste a la televisión dejando incluso caer la carta de la Mujer de tus Sueños que sostenías en la mano. Algo te recordaba ese toro, Hilario Godínez. Si no la imagen, la figura, el trazo, te parecían conocidos. Como si ya los hubieras visto en alguna otra parte. Qué pinche memoria, ¿en dónde?

# 16

La Mujer de tus Sueños. *Patética*, esa era la palabra justa para describir una situación que los definía a ambos: *patética*. Sí, desde luego, Hilario Godínez. A ti te encantan los adjetivos exactos y, vista en retrospectiva, puede decirse que esa estúpida y estéril relación que te ligaba al pasado era bastante patética.

Fue durante las vacaciones entre tercero y cuarto año de la universidad cuando te llegó a casa aquella tarjeta postal procedente de Mazatlán. Mostraba una soleada playa semidesértica entre verdes palmeras y un promontorio rocoso. En el reverso la remitente te hablaba de la temperatura del agua, de la respiración del mar bajo el húmedo calor de la noche, del suave resplandor de la luna y de lo mucho que pensaba en ti. No había ninguna indicación de quién te la enviaba. En el borde inferior de la postal había firmado escuetamente la mujer de tus sueños.

No podía sino tratarse de una broma de cualquiera de tus compañeras de clase. O de varias que se hubiesen confabulado para tomarte el pelo, Hilario Godínez, ¿qué más podía ser? Te las figurabas muertas de risa al imaginar tu desconcierto. ¿A cuál se le habría ocurrido semejante bufonada? Hasta del mariquita de Santana sospechaste.

Aquella primera postal fue seguida, a la semana siguiente, por una larga carta en la que asentaba muy claro que ella sabía bien quién eras tú, y que te conocía y admiraba en secreto. En ella se incluía, bien resaltado en la página, un poema de Louis Aragon transcrito en francés: *Il n'y a pas d'amour heureux* (No hay amor feliz). Tú, que entonces no hablabas una sola palabra del idioma de Racine y Molière, tuviste que casi despedazar el primer diccionario a la mano para entenderlo. Y a esa dramática y oscura misiva sucedió otra y otra y otra más, por fortuna estas escritas ya en castellano, en una prosa límpida, musical y exacta que tú no pudiste menos que admirar. Te hablaba con humor y sensibilidad de sus lecturas, te recomendaba libros y películas que la entusiasmaban, mencionaba ocasionalmente algunas coyunturas de su vida que, sin

darte pistas sobre su identidad, la hacían parecer más inquietante y enigmática.

Una tarde, al salir de clases, te encontraste en el estacionamiento una breve nota escrita con lápiz labial rojo sobre la ventanilla lateral de tu pequeño Volkswagen, porque ya desde entonces tenías un Vocho, aunque quizás menos traqueteado que el que manejas ahora. "¡¡¡Te amo, búscame!!!", decía la perentoria frase a la que enmarcaban varios signos que a ti no te parecieron de admiración, sino de desesperación. La cuidada caligrafía te recordó, sin duda alguna, la de las anónimas cartas semanales.

Recorriste de arriba abajo el estacionamiento, revisaste la entrada principal de la universidad, los jardines, las cercanas cafeterías, buscando una clave cualquiera, un involuntario gesto de complicidad, una mirada escurridiza, una falsa sonrisa extraviada en los rostros de las estudiantes con quienes te cruzabas, pero nada delató a la autora del perentorio recado y tú te quedaste más a oscuras que antes.

Y desde aquella tarde ya no pudiste quitártela de la cabeza. Se convirtió, en efecto, en la Mujer de tus Sueños. Hija de puta, qué manera de arruinarte la vida. Había forzado tus puertas para entrar o salir cuando deseara y se quedaba en el umbral estorbando el paso. Porque era tu interlocutora perfecta. Aunque no pudieras responderle no podías desear ninguna mejor. Cualquier mujer con la que salieras era comparada irremediablemente con ella. Sus temas de conversación, sus gustos, su refinamiento, con los de ella. Nada que ver con tus compañeras de Letras. Todas, a pesar de su calculado y codicioso egoísmo, eran demasiado cándidas, superficiales y vacías. No, las cartas de la Mujer de tus Sueños tenían otro tono, otro nervio, otra manera de percibir y de enfocar el mundo.

Pocas semanas después te envió en un paquete un disco con un arreglo musical de Brassens al poema de Aragon, cantado por Bárbara. Como si para la Mujer de tus Sueños la canción explicara la infelicidad actual de los dos o, también, como si su anonimato los salvaguardara a ambos de un amor cuyo futuro, de realizarse, no podía ser más negro.

Desde entonces las cartas fluían incontenibles una vez por semana a la casa de tus padres, con una regularidad irreprochable. Ellos te las reenviaban a cualquier lugar donde te encontraras. Así terminaron hallándote en este alejado y poco romántico rincón del país donde en vez de boleros se componen narcocorridos. Una macabra prolongación de lo que Borges llamaba "la prolijidad de lo

real”, donde los criminales despojan a sus víctimas de brazos, torsos y piernas, y a la que ni el bardo argentino ni la Mujer de tus Sueños han tenido nunca, ni en sus más retorcidos excesos literarios, la perversión de imaginar.

# 17

Hay una cosa al menos, Hilario Godínez, que bien podrías agradecerle al Tino. Desde el instante mismo en que aprovechando el susto y el desconcierto de la Susanita al descubrirlo en la galería de su tío te atreviste a tomarla de la mano, tu relación con ella se transformó de una manera pasmosa. Para comenzar, se desvaneció aquel nerviosismo que la abrumaba cuando tú estabas cerca. Aquella noche, la amenazadora presencia del inesperado rufián terminó por empujarlos a la intemperie y salieron a caminar por la calle, bajo una lluvia fina y persistente que, sin embargo, calaba los huesos, a la deriva, en busca de un sitio seco bajo el cual abrigarse. Un café, una taquería, un changarro cualquiera donde sentarse a continuar el diálogo que habían iniciado sus manos.

Así vagaron un rato sin encontrar nada, desafiando los rigores del tiempo y los peligrosos azares de la ciudad a esas horas de la noche. Ambos sabían que sonaba la hora de regresar a sus casas, pero ninguno de los dos se decidía a proponerlo. Tú abominabas del dios que, en esa tórrida población de sol y sequía, decretaba la oscuridad y la lluvia en un momento tan poco oportuno. Cuando no les quedaba más que volver al auto, enfilar rumbo al periódico y separarse ahí, se toparon con una modesta cenaduría aún abierta. Se instalaron en la primera mesa a la mano, pidieron cualquier cosa para justificar su estadía y se la pasaron hablando de todo lo que les vino a la cabeza. La sorprendiste primero al contarle que habías estudiado la carrera de Letras y aún más cuando le confesaste que tu ambición era hacerte escritor. Una mentira deliberada y patética, Hilario Godínez, porque en realidad hacía años que habías renunciado a la idea. Le pediste que, por favor, se olvidara del *don* con el que siempre precedía tu nombre y comenzara a tutearte. Lo hizo con naturalidad, casi dirías que con gusto. Ella admitió que siempre le habías inspirado un respeto instintivo porque intuía en ti algo más de lo que aparentaba tu prosaico quehacer cotidiano. Así empezaron a hablar de futbol. Ella se burló del retintín bíblico en el sobrenombre del equipo local, los Becerros de Oro, que de jugar en

el Antiguo Testamento habrían tenido un montón de seguidores en la liga del monte Sinaí. Criticó la gigantesca, demente y voraz industria que sustentaba ese deporte en todo el mundo, las mafias nacionales e internacionales que lo controlaban. No conocía a Wenceslao Fernández Flores pero, si era un autor de la dictadura en España como afirmabas, no le interesaba leerlo. Insistió en que algo en su interior le susurró siempre que tú estabas muy por encima de todo aquello, que eras distinto a los otros. Cuando te señalen la luna no te quedes mirando el dedo, aconsejaban en parecidas circunstancias los antiguos filósofos chinos, por lo que te zafaste del tema soltándole una humorada y la hiciste reír con una facilidad que te puso feliz.

La mañana siguiente se presentó en el periódico con una sonrisa distinta y fue hasta tu rincón de la sección deportiva a entregarte el borrador de un poemario escrito por ella que deseaba compartir contigo. Tú habías sacado fotocopias de tus cuentos y los llevaste para mostrárselos. Ella los guardó con entusiasmo y agradecimiento en su bolso para leerlos, te dijo, despacio y con calma más tarde. Sabes que también puso avidez y atención al hacerlo porque, apenas un par de días después, te impresionaron sus comentarios inteligentes y sus agudas observaciones sobre la forma y el fondo. Descubriste también el brillo de una nueva admiración en su mirada. Eso te llenó de un orgullo, Hilario Godínez, que no habías sentido desde quién sabe cuántos años atrás.

Las cosas no habían pasado de ahí, desde luego: a ti no te entusiasmaron demasiado sus poemas, no tenías ni la más mínima idea de qué perseguías tú en esa relación ni tampoco te quedaba muy claro cómo, cuándo o dónde podría terminar. La Susanita acababa de cumplir veintiséis años y tú bordeabas los cuarenta. No faltaría quien te acusara de pedófilo, Hilario Godínez, y tal vez con alguna razón. Aunque la chica no tenía nada de niña. Muy al contrario, sus largas piernas sustentaban una esbelta y bien modelada anatomía que la proclamaba bastante señorita. Además, aunque ella aún andaba en sus veintes y tú rondabas los cuarentas, a cambio de su preciosa compañía nada te importaba de qué pudieran culparte.

En realidad, lo que te preocupó más que la acusación de pedófilo fue que tu nombre, Hilario, comenzara a sonar en su boca con inconfundible y amistosa camaradería, como si se conocieran de toda la vida. Recordaste tus tiempos en la universidad, la torpe manera como te habías relacionado con tus compañeras de Letras y te aterrorizó la posibilidad de convertirte en su amigo íntimo y, aún

peor, en su confidente.

Eso te cerraría las puertas para ese otro papel que a tu edad, ¿no te daba vergüenza, Hilario Godínez?, era urgente que empezaras a desempeñar de verdad en la vida de una mujer. Para eso tenías que abordarla de otra manera. Te faltaba hablar. ¿Qué te retenía? ¿El que ella no valorara tu actividad cotidiana en el periódico porque detestaba el futbol?, ¿sus veintitantos años?, ¿o más bien tus lamentables mentiras sobre la calidad de su poesía y tus propias ambiciones literarias? Una ficción que, era evidente, te sería imposible sostener durante largo tiempo. Pero no se puede tener conciencia y corazón, dice Bola de Nieve en aquel bolero que te gusta tanto. Así es eso de las relaciones amorosas, Hilario Godínez. Ya es hora de que vayas aprendiendo algo.

# 18

Lo que sucedió aquel domingo en que el equipo de tus amores, el Club Deportivo Guadalajara, vino a jugar contra los Becerros de Oro en el estadio local no pudiste preverlo, Hilario Godínez, eso nadie puede reprochártelo. Nada hubo que te permitiera suponer lo que pasaría entonces. Tú, desde muy niño, eras un fervoroso seguidor de las Chivas Rayadas, a las que también en domingos como ese, más de treinta años atrás, tu padre te llevaba de la mano a ver jugar en tu nativa Guadalajara. La camiseta a rayas rojas y blancas te traía hermosos recuerdos de tu niñez. Incluso te atreviste a invitar a la Susanita al partido, pero, por fortuna, ella rehusó acompañarte:

—Becerros contra Chivas —te dijo con un mohín despectivo—, terminarán dándose topes.

Quisiste almorzar fuerte antes del partido, que debías cubrir para *El Sol de Hoy*, y se te ocurrió hacerlo en un lugar que te habían recomendado, lejos del centro, pero muy cerca del estadio de futbol. Cosa de irte acercando al campo de juego y saborear las que, se comentaba, eran las mejores enchiladas de la región. El nombre del sitio, bautizado por doña Mari, la orgullosa propietaria, con el mismo del poblado de Jalisco donde nació, Ayo el Chico, hacía las delicias de bromistas y mal pensantes que, con un guiño de ojos, cambiaban mentalmente su ortografía para convertirlo en divertida sustancia de picardías y albures procaces.

Te instalaste en la mesa del rincón, sin dar importancia a la estruendosa algarabía de los comensales a tu alrededor. Después de todo, era tarde de futbol y el partido prometía. Pediste tus enchiladas, de salsa roja con frijoles refritos, antes de levantar la vista para contemplar los colores de las camisetas y banderines que ostentaban los aficionados presentes. Todas eran azul y oro, con una cabeza de becerro estampada en el centro. No tardaste en darte cuenta de que habías caído entre los más virulentos seguidores del equipo local. Especulabas que tal vez Ayo el Chico fuera incluso su lugar de reunión cuando una nueva mirada te cortó el aliento: ahí estaba de nuevo el infaltable protagonista de tus más horrorosas

pesadillas: el Tino. Sin chamarra de piel, pero luciendo una camiseta del Torito Medina con un dorado nueve en la espalda y la oscura cicatriz distorsionando su sonrisa. “Mejor ni te metas, cabrón”, te dijiste, ahora sí, tú a ti mismo, Hilario Godínez, bajando rápidamente la cabeza, pero algunos de los ahí reunidos te reconocieron y, muy a tu pesar, tuviste que responder a sus saludos.

Replicaste con rodeos y frases corteses a quienes se interesaban en cómo veías el partido. Que estaba muy parejo, dijiste evitando mirar en la dirección equivocada, aunque las Chivas necesitaban urgentemente los puntos para mantenerse dentro de la liguilla por el campeonato y el equipo local iba a resentir la ausencia del Torito Medina. Una voz cualquiera, ignorante de tu absoluta nulidad en eso de las predicciones, te desafió a vaticinar un marcador. Puede ir para uno u otro lado, farfullaste, aunque un empate convendría a los dos.

—No se achicopale, Godínez —observó de pronto el Tino tomando la palabra—, aquí todos sabemos que usted es Chiva de corazón: diga lo que piensa, no se lo vamos a tomar a mal.

Había cambiado el *tú* de *Mejor ni te metas, cabrón* por un *usted* que los distanciaba, aunque no estabas seguro de si eso significaba un avance o un retroceso en la relación. Porque solo a ti te podía suceder, Hilario Godínez, ir al Ayo el Chico para hallar al Grande, o a la mano derecha del Más Grande. En ese momento, con el Tino Rojas mirándote con asustadora fijeza, el que te hablara de tú o de usted, no cambiaba gran cosa.

—El Guadalajara tiene en el papel un equipo más fuerte, pero juega como visitante y todo puede suceder —contestaste. Tu voz, Hilario Godínez, te sonó sorprendentemente clara y retadora, belicosa incluso. Como siempre, pendejo, no sabías en lo que te estabas metiendo.

El Tino sonrió con una pizca de burla que hizo la cicatriz aun más horrorosa.

—A ver… Un marcador… Ya le pidieron por ahí que pronosticara el marcador.

“¿Quién te crees tú, hijo de la chingada?”, pensaste mirando también a tu interlocutor a los ojos. Fue una barbaridad, Hilario Godínez, no tienes perdón de Dios. El hombre no iba solo. Ya habías notado que entre los aficionados de los Becerros de Oro había algunos que no estaban ahí para disfrutar del partido. Sin embargo, te cruzó por la mente el rostro ensangrentado del Gordo Patiño y quisiste herir a su agresor donde más pudiera dolerle, pero fue otra estupidez querer augurar algo tú, que no aciertas en nada:

—Va a ganar el Guadalajara, dos a cero.

—¿Ya ve?, ¿qué trabajo le costaba? —En la voz del Tino no había ni decepción ni rencor, solo aquel mismo burlesco retintín que te sacaba del quicio—. Es cierto que nos hace falta el Torito, pero nos queda el Mono Cabrera —añadió refiriéndose al portero local—. Le apuesto lo que sea a que el Guadalajara no gana el partido.

—No acostumbro apostar —mentiste, porque, aunque pierdes siempre, no hay sorteo de lotería en el que no participes y eres un incurable jugador.

—Usted mismo lo dijo: el Guadalajara está entre los líderes, y nosotros no hemos encontrado quien reemplace al Torito Medina. Lleva las de ganar, Godínez, a qué le tiene miedo.

Miedo, miedo, a todo, Hilario Godínez, principalmente a él, pero no estabas pensando claro.

—Miedo, miedo, a nada, ¿qué quiere apostar?

—Un buen plato de enchiladas aquí, con doña Mari, para que las pruebe, ya se le enfriaron las que pidió.

Todos rieron celebrando la broma. En efecto, tu plato estaba tan frío como tu corazón y tus pies, pero tu cabeza seguía caliente.

—Va, pues, un plato de enchiladas aquí con doña Mari —respondiste retador—, pero no voy a esperar a que gane el Guadalajara para probarlas. Quiero que me traigan otro.

# 19

Nunca en tu vida deseaste tanto que un partido concluyera en empate, Hilario Godínez, y la Divina Providencia, o la ciega danza de las diminutas partículas que el Loco Mendizábal ve regir en el cosmos, pareció concedértelo, porque el equipo local falló un penalti en el primer tiempo y su guardameta, el Mono Cabrera, se irguió como el héroe del encuentro en el segundo. Rechazó, detuvo o envió a tiro de esquina cuanto disparo le hicieron sus furibundos contrincantes. Dos veces estuvo vencido, pero, cuando ya se cantaba el gol, los delanteros del Guadalajara estrellaron un tiro en el poste y otro en el larguero. Ahí se fueron los dos tantos que le pronosticaste a tu equipo. No te importó, tú querías a toda costa un empate que nulificara la apuesta. Al terminar los noventa minutos reglamentarios el marcador señalaba cero a cero, y tú te creíste a salvo. Chivas y Becerros terminaban como había pronosticado la Susanita, dándose de topes, nada más. No te duró mucho el gusto. En el par de minutos que se dieron como compensación todo se vino abajo. Un tiro de esquina fue certeramente rematado de cabeza nada menos que por el mismísimo Mono Cabrera, que había subido a reforzar la delantera en ese último ataque. Ante la desesperación de los jugadores del Guadalajara, y la tuya propia, el silbato del árbitro puso fin al partido apenas estuvo de nuevo la pelota en movimiento. El cabrón Mono, hijo de la chingada, salió sobre los hombros de sus compañeros de equipo y de una docena de entusiastas aficionados que, con la cómplice pasividad de la policía, invadieron la cancha. Tu apresurada salida del estadio fue lo más parecido a una fuga. La verdad es que no deseabas encontrarte de nuevo con el Tino. No habrías sabido soportar el convertirte en sujeto pasivo de sus burlas, de su mirada de superioridad, de sus insoportables aires de triunfo.

Cuando pasó el lunes, después el martes y luego el miércoles sin recibir noticias suyas, pensaste que tal vez te preocupabas en vano. Fue una apuesta informal, te dijiste, nadie la había tomado en serio. Cosas que se dicen casualmente antes de un partido de futbol y

después ya ninguno se acuerda de ellas. Tú no tenías manera de comunicarte con el Tino y este, que seguramente tendría muchos desmanes en que entretenerse, habría olvidado la conversación del domingo. No volverías a saber nada de él.

Pero no fue así. El jueves doña Leonor te pasó de mala gana la llamada de "un amigo" que se había negado a dar su nombre, suplicándote que le dieras tu número de celular o le avisaras que la próxima vez llamara al conmutador. Ese número era el exclusivo de la gerencia. Le diste las gracias pidiéndole una disculpa y no tardaste en reconocer a tu pretendido "amigo". Casi podías verle la cicatriz mientras hablaba.

—¿Cómo está, don, no fue una derrota fácil de digerir, ya se le pasó la bilis? Espero que no se le haya olvidado que cruzamos una apuesta…

—No he olvidado nada. Sucede que usted no es una persona fácil de localizar.

—*Pos* no. Por eso lo estoy llamando, don, para que me diga cuándo.

—Una apuesta es una apuesta, yo acostumbro pagar las mías: como quiera, quiero, como se acomode, puedo.

De nuevo el temerario desafío en la voz al dirigirte a él, Hilario Godínez, ¿por qué? ¿Para disimular tu miedo? Le oíste reír al otro lado de la línea.

—No, si güevitos no le faltan, don, me consta. Usted fue el único que dio mis señas a la policía la última vez que me asomé al periódico.

Se te vino el alma al suelo. ¿Era esa una acusación de delator? ¿Una amenaza en regla? ¿Te estaba previniendo de lo que podría sucederte cuando te encontraras con él? Reuniste todas tus fuerzas para que no te temblara la voz al contestar con el mismo desdén inicial.

—Nomás ponga el día y la hora.

Otra vez la risa, con ese tono sardónico, malvado, insoportable. No sabes si era tu natural animadversión hacia él o su humor corrosivo lo que te ponía fuera de ti. Él continuó, mordaz:

—¿Qué le parece mañana por la noche, a las diez? ¿Puede? A lo mejor su compañerita de trabajo ya hizo planes para los dos y luego no le da permiso… como es viernes… Pregúntele antes, ándele… Si quiere yo le llamo más tarde para confirmar…

—No creo que sea necesario. Mañana a las diez, donde Mari.

Le colgaste el teléfono sin añadir palabra. No, si güevitos no te

faltaban, Hilario Godínez, lo que estaba por verse era si no serían los brazos, el torso, las piernas e incluso la lengua los que te faltarían después.

# 20

No abandonaste la universidad completamente solo, Hilario Godínez, aunque te habría convenido más eso. Te llevaste una gruesa soga contigo bien anudada al pescuezo. Como eres algo estrambótico, a menudo hasta te complacía su rugosa presencia, pero, reconócelo, había momentos también en que te apretaba demasiado y te preguntabas si, a la larga, no terminaría por ahorcarte.

La cuerda tenía dos cabos, porque, si bien dicen que el pasado regresa para atraparnos, no siempre es así. En esos días, por el contrario, el pasado quedó convertido en una especie de droga y en tu único escape. La soga era como un tosco hilo de Ariadna que te conducía a esa añorada realidad en la que tú eras más joven y no existía la violencia en que ha hundido al país la guerra entre narcotraficantes. Convertías así esa áspera e invisible corbata que podría estrangularte en una dulce red de recuerdos y sensaciones. Luego te dejabas caer en su tosca madeja como en un cepo donde tu imaginación, espoleada por tus propias memorias, podía moverse a sus anchas. Ahí te hallabas seguro, porque ya nada ni nadie podía alcanzarte. Ni el presente, con su horror cotidiano, su lote de secuestros y muertes inútiles, de cabezas clavadas en picas o cadáveres descuartizados, ni el futuro con su oscura carga de quién sabe qué nuevas e impensables atrocidades. Nada de eso tenía cabida alguna en esa otra área de tu existencia a la que te empujaba el recuerdo.

Solo el pasado estaba ahí. Los turbios eventos del presente se desvanecían. Los secuestros de Jorge Ibarra y del Torito Medina, igual que el asalto a la redacción del periódico, dejaban de ocupar un lugar en tu vigilia. A las lacias facciones del Gordo Patiño no las teñía la sangre. Ya no escuchabas al hombre de la cicatriz en el rostro inmovilizarte con su acre advertencia, ni hacías la estúpida apuesta que luego perdiste con él. Tu camisa estaba otra vez limpia. En tu espíritu se restablecía el sosiego perdido y te encontrabas de nuevo apoltronado entre las ilusiones quiméricas y las ambiciones

fallidas que dieron sentido a tu vida en tus tiempos de estudiante.

Entonces te sentabas en el sofá de la sala, encendías el estéreo, acomodabas delante de ti el oloroso arcón de madera de Olinalá donde guardabas aquel tesoro de papeles de letra menuda y bien cuidada y, al igual que una abuela que se acomodara ante el viejo álbum de fotos familiares donde repasaba su vida, tú releías las cartas firmadas por la Mujer de tus Sueños. No como un acto de cursi o egocéntrico romanticismo, no, de ningún modo, era más bien como si asimilaras un clásico. Una lectura seria, deliberada, que desafiaba y ponía a prueba tu ingenio y buen gusto. Te preguntabas a ti mismo si, de proponértelo, serías capaz de alcanzar la profundidad y brillantez de conceptos y la altura poética de tu desconocida corresponsal. Y ella, esa mujer inteligente, culta y sensible, tal vez hermosa, ante tu sobrecogida estupefacción e incredulidad te decía que te amaba. ¿De qué o por qué? Recordabas entonces una frase en una vieja película de los años cuarenta, *La dalia azul*, que resumía en pocas palabras tu de otro modo incomprensible vínculo con la Mujer de tus Sueños. El héroe, Alan Ladd, decía de Verónica Lake, la bella y misteriosa protagonista, “todos los hombres la hemos vislumbrado ya en alguna parte. Lo difícil es encontrarla”.

Pero recuerda bien, Hilario Godínez, esa soga, hilo de Ariadna o cordón umbilical, te apretaba cada vez más, sofocándote, casi no te permitía respirar. Te levantabas entonces deprisa del sofá, apagabas el estéreo, abrías las ventanas, respirabas muy hondo, habías estado a punto de ahogarte.

# 21

El Tino te esperaba muy tranquilo, sentado a la mesa más distante de la entrada de Ayo el Chico. El respaldo de su silla recostado contra la pared y el rostro atento hacia quien entraba o salía del lugar. Estaba, nada más en apariencia, solo. Bien instalados en la esquina más próxima a la puerta descubriste otros tres hombres que bebían cerveza mientras devoraban sendos platos de enchiladas. Ni siquiera voltearon a verte pasar, pero lo intuiste de inmediato, habían tomado perfecta cuenta de tu llegada.

El Tino ni se puso de pie ni te tendió la mano al acercarte. Tú ocupaste el asiento junto a él de modo que también pudieras observar tanto los movimientos en la entrada como los de los otros tres individuos que la vigilaban. Lo hiciste de manera instintiva, Hilario Godínez, como si el rozarte con pandilleros te infundiera maneras de pandillero.

Mari, la dueña, se acercó en persona a tomarles la orden. El Tino, sin molestarse en preguntarte, pidió dos platos de enchiladas con salsa roja y un par de cervezas oscuras para acompañarlas. Al retirarse la dueña, él se frotó las manos con avidez. Era evidente que tenía hambre.

—Creí que no iba a venir, don, ya me estaba haciendo el ánimo de cenar solo.

—Deudas de juego son deudas de honor —respondiste con aspereza—, me retrasó el tráfico. Usted lo sabe muy bien.

—¿Yo?

—Me están siguiendo desde que salí del periódico ayer, después de recibir su llamada. ¿Pensaba que no me iba a dar cuenta?

—¿Lo siguen? ¿Quién?

—Diferentes individuos, ninguno que parezca recomendable. Usted debe de conocerlos mejor que yo. Ahora mismo, mientras venía para acá, primero un taxi, *garrapatas* los llaman ustedes, ¿no?, luego una patrulla de la policía. ¿Me cree muy pendejo?

El Tino rio de buena gana. No había nada de amenazador en sus maneras. Tu tono provocador y tus palabras despectivas en lugar de

ofenderlo o irritarlo parecían divertirlo. Te sentiste invadido por una súbita confianza. Nadie te pegaría un balazo antes de comer tus enchiladas, Hilario Godínez. No, ahí no.

—Será para protegerlo, don, con lo insegura que se ha vuelto la ciudad en estos últimos tiempos…

—¿Para protegerme? ¿A mí? ¿Igual que a mi compañero de trabajo en *El Sol de Hoy*? No, muchas gracias.

—¿El gordo maricón aquel es amigo suyo? Dígale que no se queje, pudo haberle ido bastante peor.

Trajeron los platos. El Tino puso de lado el vaso de vidrio y tomó un trago directamente de la botella de cerveza.

—¿Qué le pareció el partido, don? Emocionante hasta el final, ¿no?

—Mereció ganar el Guadalajara. Dominó los noventa minutos y tuvo más ocasiones de gol.

El Tino rio de nuevo, la oscura cicatriz era una línea siniestra que subrayaba su invariable socarronería:

—Así no es el juego, don. Merece ganar el que marca más goles. Ese es el que hace historia, lo demás es anécdota.

El modo en que dijo la frase te hizo pensar que no se refería nada más a lo meramente futbolístico. No supiste qué contestar. De cualquier modo tenía razón. Él prosiguió como quien hace una confidencia:

—Necesitábamos esos tres puntos, don, los Becerros se han venido abajo las últimas semanas. Andamos muy mal en la tabla de clasificación.

Intuiste que el diálogo te abría un resquicio inesperado. Tal vez, aprovechando su buen humor y su aparente confianza, pudieras sonsacarle algo más, cualquier cosa que arrojara una luz sobre la causa de aquellos turbios secuestros de los que nadie había pedido nunca rescate y sobre su despiadado e incomprensible descuartizamiento.

—Les hace falta un goleador —empezaste—, la muerte del Torito Medina fue una desgracia que nos sobrecogió a todos y descompuso al equipo…

Esperaste a que tu comentario surtiera efecto. Así fue. Se le nubló el semblante. Le viste asentir con un sombrío movimiento de cabeza y luego le soltaste la bomba:

—¿Quién habrá querido asesinarlo y por qué?

Acusó el golpe. En el primer instante se le oscureció la mirada. Luego, un brillo que no alcanzaste a definir chispeó de pronto en

sus ojos: ¿ira?, ¿frustración?, ¿deseo de venganza?

—Algún villamelón hijo de la chingada que no valora la importancia de los goles —respondió con amargura—, ¿quién más?

Hacía tiempo que no escuchabas la palabra *villamelón*, un término originado en los toros para mostrar desprecio hacia los aficionados a la fiesta brava o al futbol que opinaban sin conocimientos suficientes. La oíste mucho de niño, aunque después había dejado de usarse. En los labios del Tino alcanzaba un tono de repugnancia y aborrecimiento que de seguro no admitía el diccionario, pero no te sonó anacrónica.

Él se volvió para mirarte como si te contemplara por primera vez. Sus penetrantes ojos oscuros te examinaban, medían, evaluaban. Decidían quién eras tú, qué tanto podrías hacer, hasta dónde te atreverías a llegar. Tú continuaste inmutable:

—Los villamelones no raptan futbolistas para cortarlos en pedazos. No… ni siquiera en esta pinchísima parte del país. Fue un crimen monstruoso. ¿Cuál sería el motivo? ¿Y por qué solo dejaron cabeza, brazos y piernas para el ataúd? ¿Qué habrán hecho con el resto del cuerpo?

El Tino se levantó empujando la mesa con brusquedad. Los sicarios junto a la puerta lo imitaron sobresaltados, los ojos puestos en ti y las manos bajo los sacos, muy cerca de sus pistolas. Tú, aturdido por su imprevista reacción, te quedaste sentado sin saber qué hacer. Él fue a reunirse con sus secuaces y, justo al llegar a la salida, se volvió para enfrentarte:

—Gracias por las enchiladas, don. Le voy a mandar un regalo muy especial para mostrarle mejor mi gratitud. Ojalá sepa apreciarlo en lo que vale.

Antes de que, inquieto por ese súbito cambio de humor y su ominoso ofrecimiento, pudieras responderle que no hacía falta, que no se molestara, que muchas gracias, desapareció en la calle seguido de sus compinches. Te quedaste mirando a doña Mari, que había asomado la cabeza desde la cocina al escuchar el barullo. Aprovechaste su presencia para pedirle la cuenta.

—Aquí el señor Tino no paga, y sus amigos tampoco —respondió recelosa.

—Yo no soy su amigo —repusiste secamente—, dígame cuánto le debo.

Te puso un papel sobre la mesa. La cantidad incluía el consumo de los tres gorilas apostados en la entrada. Pagaste sin rechistar. Después de todo conservabas suficiente cabeza para contar el

dinero, manos para entregárselo a doña Mari, lengua para darle las buenas noches y piernas para salir caminando. Ah, y el torso, Hilario Godínez, no olvides el torso, es eso que se te ensancha con un suspiro de alivio cuando te alejas de ahí.

# 22

Hay cosas muy tuyas, Hilario Godínez, que no son tan tuyas porque no dependen de ti y, sin que tú lo dispongas, toman por asalto tu corazón y tu cabeza. Deseos, pensamientos íntimos, particularidades propias que desconocías y que tal vez pertenecen más bien a ese otro Hilario Godínez que tiene entablado este diálogo permanente contigo. Tu *alter ego*. Tu otro tú atento a juzgarte, que parece divertirse lanzándote pullas y levantando un dedo acusador apuntado hacia ti cada vez que te equivocas en algo.

Quizás se trata de una esquizofrenia incipiente, Hilario Godínez, si no es que ya galopante, ¿quién lo puede saber? Deberías consultar un psiquiatra o corres el riesgo de terminar un día mendigando en la calle como el Loco Mendizábal. El Loco Mendizábal. ¿Cómo se llamaría en realidad? ¿Demócrito? ¿Por qué no? No sonaba nada mal, Demócrito Mendizábal, aunque nunca supiste de nadie que se llamara Demócrito. Al menos en México no. Tal vez en Colombia, donde tienen la costumbre de bautizar a sus hijos de la forma más estrafalaria posible: Usnavy, Usmail, Arnebis, Electo, Maikool, Kirvin, Yurleidy, hasta de un Jesucristo Hitler Paracelso oíste hablar una vez. Un personaje con un nombre semejante se merecería hasta una novela propia. Te lo imaginaste de pronto asomando la cabeza en un relato de Luis Sepúlveda. Qué risa.

Pero ya te pusiste otra vez a rumiar disparates, Hilario Godínez, ¿no te digo? No tienes perdón de Dios. Ahora sabes que el pobre loco no solo no se llamaba Demócrito, tampoco se apellidaba en realidad Mendizábal. Te lo contó la Susanita.

Tomaban un café en el centro cuando el Loco Mendizábal pasó ante la puerta con su media caja de chicles en la mano extendida y balbuceando su monomaníaco estribillo. ¿Dónde dormiría?, te preguntaste en voz alta al verlo. Lo mencionaste por decir algo, por reavivar una conversación que amenazaba estancarse. La Susanita se revolvió en su asiento incómoda, pero en ese momento no supiste por qué.

—Con esas ropas tan limpias es evidente que no pasa la noche tirado en la calle —insististe.

La Susanita suspiró, hizo un gesto impaciente y acercó su cabeza a la tuya como quien se dispone a una confidencia. Iba a contarte una cosa, te dijo, de índole más bien privada, no quería que se hiciera pública. En su familia tenían fama de locos, sobre todo por la rama materna. Su madre era bastante excéntrica y había tenido un hermano, el tío Alberto, que acabó sus días en un manicomio. El dolor hizo que su padre, el abuelo de la Susanita, que tampoco había estado nunca totalmente cuerdo, terminara perdiendo también la razón. Muchos la veían a ella misma, a la nieta, como infectada de la chifladura materna y afirmaban que por eso escribía poemas y desperdiciaba su tiempo trabajando, por un sueldo mezquino, en un diario de segunda categoría. Tú la tranquilizaste: cosas así suceden en todas las familias, dijiste medio en serio, medio en broma, tomándola de la mano. Tú a ella la veías muy cuerda, no tenía nada de que preocuparse.

Lo de la locura familiar era una historia muy vieja, de sobra conocida, replicó la Susanita retirando la mano. No era eso lo que iba a contarle. Lo que no deseaba que se hiciese público era que cuando aquel desgraciado demente, que repetía sin parar su monserga sobre la materia, la duda y los átomos, apareció en la ciudad nadie supo cómo llamarlo. De pronto hubo quien le encontró parecido con el tío Alberto, aquel desgraciado pariente suyo que había muerto en el hospital psiquiátrico, y se le bautizó de inmediato como el Loco Mendizábal, aunque ninguno conocía su verdadero nombre. Desde luego se trataba de una semejanza casual, mera coincidencia que alguien con muy mala leche aprovechó para endilgarle el apodo. Al padre de la Susanita, sin embargo, le incomodaba que un personaje a quien la gente conocía con el apellido de su mujer anduviera andrajoso, sucio, durmiendo en los quicios de las puertas y mendigando en el pueblo. Se las arregló entonces para que el pobre hombre contara con un lugar seco y caliente donde pasar sus noches, que tuviera bien lavada y planchada la ropa y que no le faltara comida. Tampoco se trataba de mantenerlo encerrado. Era un loco pacífico, no hacía daño a nadie y el buen hombre continuó ejerciendo su oficio de pedigüeño aunque no necesitara de ello.

Entonces entendiste por qué desde un principio te pareció conocido el Loco Mendizábal, Hilario Godínez: sin darte cuenta le habías encontrado un vago aire familiar con la Susanita.

Resuelto el misterio del albergue nocturno y las ropas limpias

del Loco Mendizábal, te quedaba todavía por esclarecer el de su fascinante discurso sobre la materia y la duda. ¿De dónde le vendría esa obsesión por los átomos? ¿Llegarás alguna vez a saberlo? ¿Y qué tal si en el momento en que lograras entenderlo apareciera otro infeliz desquiciado a quien la gente comenzara a llamar el Loco Godínez? En ese caso tal vez te convenga más la ignorancia, Hilario Godínez, confórmate. Como seguramente ya dijo antes algún filósofo chino: el verdadero conocimiento consiste en distinguir entre lo que podemos saber y lo que no podemos saber.

Aunque en realidad lo más importante sería, Hilario Godínez, darse cuenta de que todos esos no son más que subterfugios inútiles para matar el tiempo cuando en realidad es el tiempo el que nos mata a nosotros, ¿comprendes?

# 23

El sobre llegó al periódico sin dirección ni remitente, igual que las cartas de la Mujer de tus Sueños. Solo que a este ni lo trajo el correo ni era pequeño, perfumado y azul. Se trataba más bien de una voluminosa carpeta de cartulina que un apresurado chiquillo dejó a la recepcionista casi sin dar explicaciones. Solo informó, atropellándose, de que estaba dirigido a ti y se fue. Tampoco tenía necesidad de decir eso, porque tu nombre estaba muy claramente escrito, de hecho era lo único escrito, Hilario Godínez, con grandes letras de imprenta sobre la cubierta. Todo eso te contó la secretaria al entregártelo. Lo abriste con mucha curiosidad. Dos delgadas placas de cartón protegían de dobladuras o maltrato el papel colocado en medio de ellas. Al ver el dibujo comprendiste de inmediato su procedencia. Era el hermoso diseño de una cabeza de toro, muy parecida, tal vez incluso la misma, que habías visto tatuada en el pecho del Torito Medina en aquella emisión televisiva con la que se le quiso rendir homenaje.

Se lo llevaste al Gordo Patiño, que aporreaba entusiasta el teclado de su computadora en la sección policíaca. Él contempló un instante el dibujo extendido sobre su escritorio y luego te miró a ti con una enorme interrogación en el semblante. ¿De qué se trataba? Un regalo del Tino, susurraste en respuesta a su muda pregunta.

—No mames… ¿del Tino? —inquirió Patiño en voz baja, incrédulo.

Se rascó la cabeza.

—Del Tino. Como tú bien dijiste, es un fanático del futbol. Esta es una reproducción del dibujo que el Torito Medina llevaba tatuado en el pecho.

El Gordo Patiño observó otra vez el diseño con aire pensativo. Él sabía muy poco de futbol. Lo consideraba, al igual que la Susanita, un deporte banal, más bien primitivo y bastante embrutecedor: once adultos vestidos como niños de pantalón corto corriendo desaforados tras unos pedazos de cuero de buey cosidos entre sí era algo más, o bastante menos, de lo que sus sofisticados intelectos

podían apreciar. Aunque Patiño nutriera el suyo con películas de Batman y novelitas de Agatha Christie y Ruth Rendell. Lo que a él le intrigaba era la razón por la que un conocido narcotraficante te enviaba a ti un regalo cualquiera.

—*Pos* qué onda, cabrón… ¿de qué lo conoces o qué?

—Perdí una apuesta en el futbol y se la pagué con una cena —respondiste encogiendo los hombros—, esta es su manera de agradecérmela.

—¿Fuiste a cenar con el Tino?

—A las enchiladas de doña Mari. Esas que tú mismo me recomendaste.

Quedó aún más azorado. Se puso a escudriñar el diseño como si este pudiera por sí mismo explicarle cómo te las amañabas tú para apostar con un criminal de semejante calaña, que a él le había propinado, además, una golpiza terrible, y llevártelo después a comer enchiladas.

—No está firmado —observó.

Asentiste con un movimiento de cabeza.

—¿Te dijo algo?

—¿El Tino?, sí: que no te quejaras, que podía haberte ido bastante peor.

Dio un respingo mirándote con sus enormes ojos saltones. No lo podía creer. Devolvió la vista al papel. Estaba claro que nada de todo aquello le cabía en la cabeza. Por fin, con mucha dificultad, aunque aún bastante perplejo, pareció llegar a una conclusión importante:

—Está muy bonito, güey, mándalo enmarcar y cuélgalo en tu oficina.

Pero tú tenías otros planes, Hilario Godínez. Tener ese dibujo en las manos te había permitido recapacitar en aquello a lo que lo habías asociado al verlo en el pecho del Torito Medina. No estaba firmado, no, pero te daba una idea muy precisa de quién era el autor. Marcaste en tu celular el teléfono de la Susanita. Aunque ella considerara también al futbol como un juego de tontos, podría ayudarte a desenmarañar el enigma.

# 24

La Susanita no alcanzaba a comprender, Hilario Godínez, por qué deseabas con tanta premura regresar a la galería de su tío y entrevistarte con Karl van der Laggen, pero se prestó, sin hacer ninguna pregunta, a servir de intermediaria para cumplirte el gusto.

Don Ernesto tenía otros negocios que atender y no se encontraba presente. Les dio la bienvenida el artista mostrando una marcada deferencia hacia la Susanita. Hablaba en un correctísimo español que, lo tenías bien decidido, sonaba más a portugués que a flamenco. En el lugar donde se exhibían aún los óleos de la última exposición solo faltaba un lienzo, fue lo primero que advertiste al llegar: el enorme cuadro del tigre que te había hecho rememorar el famoso poema de Blake. Muy probablemente su comprador había decidido llevárselo. En aquellos momentos debería de estar adornando ya alguna pared de su casa.

Extrajiste de su sobre el dibujo que te había sido obsequiado la víspera. Van der Laggen lo miró con sobresalto.

—¿De dónde lo sacó? —dijo alarmado.

—¿Es suyo?

—Desde luego: fue uno de los tres o cuatro proyectos que le propuse a un amigo que quería hacerse un tatuaje. No es el que al final utilizamos, pero se le parece mucho.

Se volvió para mirarte, acusador:

—Usted no puede conservar eso.

Ahora fuiste tú el extrañado.

—¿Por qué no?

—Porque no le pertenece.

—¿A quién entonces?

—A nadie. Yo lo tiré a la basura. ¿Cómo lo obtuvo? —preguntó cada vez más inquieto.

—Me lo regalaron.

—La persona que se lo dio es un ladrón.

Se volvió hacia la Susanita que levantó ambas manos para

defenderse de cualquier participación en el asunto. Ella estaba tan desconcertada como el pintor. Van der Laggen se apoderó del boceto:

—Esto debería ser destruido, como los demás que no usé en el trabajo.

—No sabía que usted hiciera tatuajes.

—Es una de mis actividades. He ganado mucha fama y dinero con ellos.

Pensaste que, a pesar del nerviosismo, iba a continuar alardeando sobre su excelencia como tatuador y su consecuente celebridad, pero se detuvo a mirarte. Pareció recapacitar en tu propia situación, las razones que te habrían llevado a buscarlo y lo embarazosa que resultaba la situación para ambos. Después de todo, eras un periodista conocido, un colega muy apreciado de su amiga Susanita, la sobrina de su protector.

—Lo siento —murmuró arrepentido—, ¿venía a que se lo firmara? No puedo.

—Venía a ratificar que era suyo. Puede quedarse con él.

—¿Yo para qué lo quiero? Debería estar en la basura.

—Pues tírelo de nuevo ahí, pero fíjese quién hace el aseo. No se le vaya a perder otra vez.

Como si solo esperara tu consentimiento, el pintor rasgó el dibujo en dos, juntó ambas partes y las convirtió en cuatro, luego las arrugó hasta formar una deforme pelota, que arrojó al cesto de los papeles.

La Susanita y tú salieron a la calle. Camino del auto, ella, comprensiblemente excitada, te pidió explicaciones. Se las diste. Te contempló con la misma mueca de admiración, sorpresa y espanto que viste en el rostro de Patiño cuando se lo contaste. Estaba otra vez asustada, pero fue ahora ella quien te tomó de la mano. No se consideraba a sí misma muy religiosa, te confesó en un susurro, pero los sucesos de las últimas semanas la perturbaban como ninguna otra cosa. Primero lo acaecido a Patiño en el periódico, luego las muertes de Jorgito y la del futbolista ese, Medina. No sabía qué hacer, echaba de menos la fe que la invadía y le proporcionaba cierta confianza cuando iba a la escuela de monjas. Necesitaba respuestas, recuperar al menos algunas de las convicciones perdidas. A partir de ese fin de semana se había hecho el firme propósito de asistir a misa los domingos. Deseaba pedirte que la acompañaras. Ahora más que nunca, Hilario Godínez, porque te veía en peligro. Necesitaban encomendarse al Señor. Pedirle a Dios que los protegiera, no nada más a ellos, a todas las posibles

víctimas de esa gran ola de horrores que se les estaba viniendo encima.

# 25

La siguiente carta de la Mujer de tus Sueños te tomó por completo desprevenido. No porque llegara fuera de tiempo, no, de hecho el correo te la entregó con su puntualidad habitual. Nada en el sobre anunciaba tampoco que contuviera la más grande sorpresa que habías recibido desde que aquella misteriosa corresponsal había comenzado a escribirte.

El tono era también el mismo de siempre y los temas no diferían en nada de los de sus acostumbradas misivas. Te hablaba de literatura y de cine, te transcribía unos haikús de Basho que la habían sorprendido. Te recomendaba un libro bastante original y sugestivo que acababa de leer: *La loca de la casa*, de Rosa Montero, y te repetía, como siempre, cuánto te amaba y que le era imposible no pensar todo el tiempo en ti. Pero en la última línea, debajo del consabido seudónimo bajo el que ocultaba su identidad, la Mujer de tus Sueños había agregado un *post scriptum*. Una inicial a la que seguía una dirección y el número de un apartado postal en la ciudad de México D. F. Aunque tal vez no fuera una inicial, desde luego, pero ¿qué nombre de mujer conocías tú que comenzara con una letra tan inverosímil como la eñe? Porque esa era la letra que venía a manera de firma: una *Ñ*.

La letra *Ñ* le servía tan solo para salvaguardar un poco más el incógnito, pero el domicilio implicaba una invitación tácita, la primera en quince años, a que respondieras a su carta. Te quedaste perplejo. Nunca lo había hecho antes. ¿Qué estaba sucediendo o que habría acontecido en su vida para que actuara de modo tan inesperado? ¿Se trataba tan solo de satisfacer una curiosidad natural y no pasaría de ahí? ¿Era una manera de indagar si aún leías sus correos? ¿De descubrir si todos esos años de prosa bien pulida y trabajada, repleta de emociones, inquietudes, ideas y poesía no habían ido a parar al cesto de los desperdicios sin una sola mirada del hombre a quien estaban dirigidos?

¿Cómo sería ella ahora? Habías llegado a la conclusión de que, cuando ambos coincidieron en la universidad, estuvo inscrita en

una carrera distinta a la tuya. De otro modo la habrías descubierto. Historia del Arte o Filosofía, por ejemplo. Escondrijos perfectos desde donde apostarse para cazar, y después convenientemente casar, algún rico heredero. Igual que tus propias compañeras de curso. ¿No se ironizaba que tu universidad debería contar en su plan de estudios la carrera de Administración de Herencias? Esa habría sido, sin duda, la más adecuada para la mayor parte del alumnado.

¿Y por qué había decidido permanecer anónima? ¿Fue porque su linajuda familia jamás te hubiera aceptado? ¿O es que ella misma rehusaba comprometer su futuro con un oscuro estudiante de Letras a quien el porvenir deparaba, tú fuiste el único que no lo supo prever, un puesto miserable en el magisterio o un empleo no menos miserable en un oscuro periódico de provincia? Tal y como había sucedido.

Una vez hasta consideraste la posibilidad de que, al enamorarse de ti, Ñ ya tuviera novio y estuviera comprometida a casarse. Esa, dedujiste, sería la razón de las cartas anónimas. Una bella estudiante de Ciencias de la Comunicación se paseó con su anillo de compromiso durante varios meses por la universidad y terminó la carrera casada. Corría la voz de que en realidad estaba enamorada de otro, pero no tuvo ni la voluntad ni el valor suficiente para romper su compromiso y terminó contrayendo matrimonio con aquel a quien no amaba. Era también una chica inteligente y sensible, por eso la atraparon tan rápido. La cazadora cazada y casada. Pobrecilla. Ella fue durante algún tiempo la sospechosa más viable al papel de la Mujer de tus Sueños. De todos modos, no duró mucho tiempo el engaño. La chica se divorció pronto para reunirse con quien de veras quería, uno de sus propios compañeros de clase. Nada que ver contigo, Hilario Godínez, nada de nada.

Aunque Ñ decía permanecerte fiel a ti, su amor imposible, jamás mencionaba su estado civil. Tú a ratos la sospechabas casada con algún ricachón muy parecido a cualquiera de tus antiguos compañeros de Prepa. Alguno que no hubiera sido tan necio como para dedicarse a la literatura cuando el porvenir le esperaba en otra parte. Tendría uno o dos hijos, tal vez más. Imaginabas un niño y una niña. Él estudiaría la secundaria, la niña lo seguiría dos o tres años atrás. Y ella, la Mujer de tus Sueños, ¿cómo sería físicamente tras el ineludible pasar de los años? ¿Aún apetecible al rondar la cuarentena? Seguro que sí. Mujeres como ella se mantienen hermosas, incluso mejoran, con el desfilar del calendario. Tú eres de los que están convencidos de que, en la mayoría de los casos, la

belleza es sobre todo una cuestión de dinero. Tal vez esa sea una de tus pocas convicciones en que estás en lo cierto.

Sin embargo, ante tu propia sorpresa, Hilario Godínez, tal vez a causa de tu embrionaria proximidad con la Susanita, la perspectiva de poder comunicarte por fin con tu incógnita corresponsal, de arañar la posibilidad de descubrir su prolongado secreto, no te hizo dar brincos de júbilo. Al contrario, acogiste el suceso con una cierta inesperada frialdad. ¿Qué podías contarle tú a ella ahora? ¿Qué había en tu vida que estuviera a la altura de sus posibles expectativas? Recordaste cuánta admiración te mostraba en sus primeras cartas. ¿Cómo reaccionaría al saber en qué había terminado aquel ambicioso estudiante de Letras de quien se enamoró en la universidad? ¿Qué diría al conocer tu empleo actual? Resolviste no contestar de inmediato. ¿Para qué arriesgarte a parecerle un fracasado? Mejor no decir nada, esperar una o dos semanas a que ella te dijera algo más, a conocer las razones de su nuevo proceder.

Ella, durante quince años, te había mantenido en la oscuridad, solazándose en el misterio. Había llegado el momento de pagarle con la misma moneda, Hilario Godínez, de que le dieras una vuelta de tuerca más al enigma invirtiéndolo en tu favor. El silencio es un amigo que jamás traiciona, dijeron en su momento los antiguos filósofos chinos y, aunque el proverbio no te esté funcionando con la Susanita, tú quieres creer que no les faltaba razón. En esa nueva coyuntura el silencio no era nada más oro sino, también, la mejor manera de ganar un tiempo precioso mientras decidías qué hacer.

# 26

La misa del domingo en San Luis Gonzaga emanaba el mismo tufo de rancio abolengo pueblerino que habías percibido durante el novenario del finado Jorgito Ibarra. No obstante, te sorprendió ver en el atrio algunos fieles de botas y sombrero cuya absoluta falta de sofisticación y pretencioso lujo en el vestir no encajaban con el sobrio empaque de refinada aristocracia provinciana que caracterizaba al resto de la feligresía. De cualquier modo, al parecer muy conscientes de ello, los extraños formaban corros aparte. Tú, Hilario Godínez, no cabías ni entre unos ni entre otros. Náufrago aislado en medio de aquellos dos continentes, único habitante a la vista en la tierra de nadie.

La Susanita desplegaba la sencilla elegancia que le habías visto en el Club Campestre. *Sport chic* le había dicho al pasar, contoneándose, don Ernesto Acevedo guiñándole un ojo aprobador. Ella no te tomaba del brazo, pero de ninguna manera disimulaba el que habían ido juntos, lo cual interpretaste como una buena señal. La iglesia brillaba espléndida. Era su favorita, manifestó la Susanita orgullosa cuando le hiciste notar el magnífico estado en que se encontraba, y una de las más antiguas de la ciudad, añadió. Iba ahí desde que era muy pequeñita. Hubo una época en la que parecía caerse de vieja, pero llegó el padre Pico, el párroco, que se llamaba Federico, si bien todo mundo conocía como el padre Pico, y se echó a los hombros la tarea de restaurar el recinto. Había hecho un excelente trabajo, ¿no?, ella era muy amiga de él. Habían quedado para verse y charlar un rato después de la misa. Iban a encontrarse en la sacristía en cuanto se cambiara de ropa. Aunque eras un incrédulo contumaz, esperaba que no te rehusaras a conocerlo, ella ya le había hablado de ti, deseaba presentártelo.

Durante la celebración de la misa notaste que los fieles de botas e indumentaria vistosa se colocaban más cerca de aquel santo desconocido que había llamado tu atención desde la primera vez que lo viste. Parecía inspirarles una profunda reverencia. Le preguntaste a la Susanita de quién se trataba. Te confesó que no lo

sabía. Debieron de traerlo en los últimos tiempos, cuando remodelaron la iglesia, te dijo, no era de los que estaban ahí cuando ella era niña.

A ti, desde tus días en la preparatoria de los jesuitas, el santo oficio de la misa, por muy santo que fuese, te aburría siempre. “Es que nunca lo has entendido bien”, te dijo un día un cura amigo. Tal vez, pero o no conseguiste o nunca te interesó de verdad entenderlo. Lo único que te llamaba la atención era la lectura del evangelio, al que le encontrabas ese encanto a prodigio que todavía te producen los cuentos de tiempos remotos. Ese domingo el sermón versó alrededor del capítulo quince del evangelio según san Lucas. El padre Pico comenzó recalcando cómo la multitud que seguía a Jesús para escuchar sus palabras estaba en gran parte formada por hombres y mujeres, ovejas descarriadas, que se habían alejado de Dios. Los fariseos y los escribas murmuraban entonces diciendo: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les contaba entonces la parábola del hijo pródigo en la que, al final, el padre muestra más alegría por el hijo remiso que se arrepiente y vuelve a casa que por aquel que permaneció todo el tiempo en ella. Terminaba diciendo: por mucho que nos alejemos de Dios, Él no se cansa de esperar y, en su infinita misericordia, está dispuesto siempre a perdonarnos.

Cuando empezó a circular el cestillo de las limosnas tú te hiciste el desentendido. La Susanita depósito unas monedas que, juzgaste, bastarían por los dos. Tú preferías guardar las tuyas para el Loco Mendizábal, que podría estar esperando a la salida y a quien de seguro le hacían más falta. En el cesto, sin embargo, advertiste que había varios billetes de alta denominación. La parroquia tenía, sin duda, devotos muy ricos.

En el momento de la comunión, el pretendido buen gusto y el malo se mezclaron formando una larga y abigarrada fila ante el altar. La Susanita se levantó para buscar sitio en ella y te convidó a seguirla. Te negaste en redondo. Esa había sido una de las primeras cuestiones que te alejaron de la religión, le cuchicheaste al oído: la comunión te parecía el remanente de alguna ceremonia caníbal en la que los congregantes devoraban a su deidad, tú no querías tener parte en ella. Ese fue un golpe bajo, Hilario Godínez, no tienes perdón de Dios. Desde luego que no, se defendió ella escandalizada, se trataba, nada más, de un acto simbólico en el que se refrendaba la fe. Le explicaste que no, que para los genuinos creyentes la carne y la sangre de Cristo estaban de verdad en la hostia y se la comían. En serio.

No te hizo caso y se fue a cumplir con el rito. Después supiste que se documentó por su lado, y bastante a fondo, sobre el tema. Entonces se dio cuenta de que tenías razón. No dijo nada, pero, desde la siguiente vez en que fueron juntos a misa, a la hora de la comunión se quedó sentada contigo.

# 27

Después de la misa, la Susanita y tú estuvieron esperando un largo rato en la sacristía a que el padre Pico se despojara de los hábitos del culto y tal vez hasta que se duchara también porque, cuando estaban a punto de irse, apareció él, por fin, fresco, bien rasurado y oliendo a limpio.

Vestía un traje de calle gris y una elegante corbata oscura. Quien no lo conociera lo habría tomado por un exitoso abogado o por el ejecutivo de alguna empresa importante, en vez de por el humilde párroco que en realidad era. Aunque, pensándolo bien, Hilario Godínez, tal vez no tan humilde: todo ese fausto eclesiástico que le rodeaba debía costar caro. Calculaste que él era apenas un poco mayor que tú, quizás recién entrado en la cuarentena, aunque un prematuro atisbo de canas le despuntaba en las sienes lo que, aunado a su forma de vestir, le concedía el seductor aspecto de galán de telenovela barata.

A ti te miró con aire crítico y cierta desconfianza, como si por tu edad o por tu aspecto no le parecieras suficientemente bueno para escoltar a tu joven pareja. Ella escogió presentarte esa vez no como "un compañero de trabajo", sino como "un buen amigo", cosa que te produjo un súbito escalofrío en la espalda. Imposible saber qué cosa era peor, si compañero de trabajo o amigo, pero tampoco tenías por qué protestar, Hilario Godínez, ambos títulos eran bien merecidos, tú te los estabas ganando a pulso.

Tan pronto como felicitaste al padre Pico por el excelente estado en que mantenía su iglesia, sucedió una cosa imprevista: el cura se puso a hablar de sí mismo y ya no hubo manera de detenerlo. Por el tenor de sus comentarios supiste enseguida que estaba cometiendo una enorme equivocación. Cuando la Susanita le dijo que vendría contigo, debió de mencionarle que eras periodista también, un colega o un "compañero de trabajo", como acostumbraba decir. Lo que no dijo, tal vez porque no se atrevió, fue que eras tan solo el cronista de futbol, y el padre Pico supuso que la acompañabas especialmente para entrevistarlo porque se dirigía a ti, y te daba las

razones y pormenores de su vida y de su obra, como si le estuvieras haciendo un monumental reportaje. La Susanita, estupefacta, se dio cuenta también del error. Ambos comprendieron que toda aquella ropa y emperifollamiento del cura se debía a que esperaba una foto. Tú temiste que en cualquier momento te preguntara dónde estaba el fotógrafo. Eso, desde luego, pondría fin a la confusión, pero a costa de embarazosas aclaraciones. Te vino de inmediato a la memoria la palabra *alipori* que significa "vergüenza ajena". Eso es lo que estabas sintiendo en esos momentos. Por el sacerdote acicalado y parlanchín, y por la Susanita, que no sabía dónde meter la cabeza. Para evitarle más vergüenza propia a tu acompañante decidiste seguir el juego como si tal cosa. A ella no le quedaba mas que callar y agradecértelo.

Por fortuna, el padre Pico debió de suponer que el fotógrafo llegaría más tarde y, mientras tanto, continuó con su autoentrevista. Así te enteraste de que el templo de San Luis Gonzaga databa de finales del siglo XVIII y había sido fundado por la Compañía de Jesús antes de pasar a manos del clero secular. El padre Pico había ejercido como monaguillo en esa misma iglesia antes de entrar en el seminario, por lo que le tenía un grandísimo afecto. Años más tarde, al convertirse en su párroco, la encontró cayéndose de vieja. El techo amenazaba venirse abajo, y la hermosa fachada y la nave se hundían ante los atroces efectos del abandono y del tiempo, pero a base de trabajo, constancia, limosnas, donativos y, sobre todo, mucha fe se las arreglaron para rescatarla de la ruina total. Eso no fue nada más un logro de índole religioso, sino también un importante beneficio desde el punto de vista cultural: así se recuperó una joya de la arquitectura colonial mexicana, una de las poquísimas que se erigieron en esa región del país y que, hasta antes de su providencial aparición, había estado irremediablemente perdida.

Hizo una pausa y se te quedó mirando. Su prolongado silencio y su inquisitivo vistazo te hicieron recordar de súbito tu supuesto papel de entrevistador. Lo primero que te vino a la cabeza fue preguntarle por el misterioso santo cuya identidad escapaba incluso a la Susanita, que asistía desde muy antiguo a la parroquia.

Se trataba de san Juan Macías, indicó el padre Pico, muy venerado en el Perú como el santo de los pobres. Su culto iba ganando cada vez más adeptos en México.

En tus tiempos los santos de los pobres fueron siempre primero san Francisco de Asís y, luego, san Martín de Porres, le comentaste, pero nunca antes habías oído hablar de san Juan Macías…

Era un íntimo amigo de san Martín de Porres y dominico como él, continuó el padre Pico. Ambos dedicaron su vida a la caridad y vivieron y murieron en el Perú durante el siglo xvii. San Martín de Porres fue canonizado por el papa
Juan XXIII en 1962, y san Juan Macías por Pablo VI en 1975.

De acuerdo, admitiste, pero ¿por qué a un santo peruano tan poco conocido en México se le dedicaba una capilla en el templo de San Luis Gonzaga?

La reconstrucción de la iglesia había costado un dineral, el mismo que se recaudó gracias a la caridad tanto de sus propios feligreses como del público en general, dijo el padre Pico tomando de nuevo impulso. La recolección de limosnas y donativos se puso en manos de diferentes comités. En el más activo de estos había devotos de san Juan Macías, a quien se conoce también como el ladrón del Purgatorio, porque sus oraciones ahorraban, a las almas de los difuntos, los suplicios de esa pena terrible. Se supo cuán dadivoso era y de muchos otros portentos de los que era capaz. Decidieron encomendarse a él e implorar su ayuda para conseguir más colaboraciones. Cuando lograron por fin reunir fondos suficientes para los trabajos se dispuso, como una forma de agradecimiento, incorporar a san Juan Macías al culto de San Luis Gonzaga. El mismo comité se encargó de traer su imagen bendita desde el Perú.

Pero… ¿creían haber obtenido lo que necesitaban gracias a su intervención?, preguntaste tú interesado de pronto. ¿El padre Pico atribuía la restauración del templo a un milagro de san Juan Macías?

El cura suspiró. Tal vez encontraba la pregunta demasiado comprometedora, sobre todo viniendo de la prensa escrita. Terminó encogiéndose de hombros: los trabajos se completaron, la iglesia estaba ahí más bella que nunca, te contestó por fin abriendo los brazos y mostrando alrededor. Eso era ya de por sí un prodigio, uno podía adjudicárselo a quien quisiera, pero Dios estaba en todo.

Luego, ante la visible incomodidad de la Susanita, te preguntó cuándo se publicaría la entrevista. Pusiste tu mejor cara de póquer para asegurarle que tan pronto como tuvieran libre un lugar en la primera plana.

El padre Pico sonrió complacido y, no podía fallar, finalmente mencionó al fotógrafo. Ya había pasado, le dijiste, ¿no lo había visto?, estuvo tomando algunas imágenes de la fachada y otras del interior del templo, durante la misa: era todo lo que la dirección les había encargado.

El padre Pico se mostró contrariado. Aún tenía la desilusión pintada en el semblante cuando te despediste dándole las gracias por su colaboración. La Susanita no podía estar más avergonzada, pero salió en pos de ti sin añadir una sola palabra. Tú tampoco hiciste ningún comentario, cosa que ella debe de haberte agradecido desde el fondo de su corazón. Al cruzar el atrio le ofreciste la mano, Hilario Godínez, y ella no se atrevió a rechazarla.

# 28

Ya era tarde en la noche, Hilario Godínez, cuando entraste en la fonda-cantina enclavada frente al periódico a cenar cualquier cosa que pudieras encontrar todavía a esas horas antes de irte a dormir a tu casa. En una esquina bebía el Gordo Patiño con un desconocido casi de su misma estatura, pero muy delgado y correoso, de nariz aguileña y penetrantes ojos oscuros, todavía no tan nublados por el licor como los del periodista. Lo primero que te vino a la mente al verlos fue que, por la diferencia de volumen y peso, podrían muy bien ser una versión mexicana de Laurel y Hardy.

—Octavio y yo ya estamos tomados —te dijo Patiño con un orgullo ebrio arrastrando las palabras.

A ti, cuya formación académica, ya sabemos, te arrastra a especular en esas minucias, se te ocurrió que la palabra *tomado* podía usarse también de otra manera: estaban tomados como se toma un pueblo, una ciudad, un fortín después de una batalla. ¿Tomados ellos? ¿Por qué, por quién? Por el alcohol que los toma, acordaste, que los subyuga, que les impone su ley y los mantiene bajo su férula. Estaba bien dicha la frase, doblemente bien dicha.

El Gordo Patiño, que no estaba al tanto de tus súbitas disquisiciones lingüísticas, continuó con la presentación:

—Octavio Canales es agente de la Procuraduría General de la República —agregó—. Ya sé que no crees en los pinches policías, pero aún quedan algunos honrados. Este es uno de ellos. Me cae de madre que sí.

Levantó la copa señalando a su amigo y bebió un trago.

—Mucho gusto, Hilario Godínez, a sus órdenes.

—El gusto es mío, ya lo conozco de oídas.

—¿De oídas?

—De oídas y de leídas, no me pierdo su columna de futbol. Soy un fan del América.

—Pensé que Patiño había dicho que usted era honrado —ironizaste.

—No todos los policías honrados le podemos ir a las Chivas. Algún defecto hay que tener.

El Gordo Patiño puso fin, con ebria insistencia, a la disquisición futbolística antes de que dejaran en fuera de lugar a un neófito total como él.

—Octavio es un viejo amigo mío. Estamos siempre debiéndonos favores el uno al otro. Vino a darme en persona la noticia de un nuevo secuestro, aunque todavía no podemos publicar nada porque no se ha confirmado.

Te sentaste a su mesa con un plato de tortillas más los restos del cabrito del día en una mano y una Coca-cola en la otra. Para ser la única comida que sobraba, a ti no te parecía nada mal.

—¿Y a quién secuestraron ahora, si se puede saber?

—A un pretendido pintor holandés, Karl van der Laggen, aunque su verdadero nombre es Nuno Teixeira, originario de la ciudad de Oporto, en Portugal.

Se te quitó el hambre de pronto. Los miraste atónito. Fue el Gordo Patiño quien continuó:

—Ayer tenía un compromiso para hacer un tatuaje y no se presentó a la cita. El cliente, después de esperarlo en vano, intentó comunicarse con él. Llamó a todos sus teléfonos, se puso en contacto con amigos y conocidos. Nada. En su casa no ha dormido desde hace dos noches y hasta ahora nadie ha dado razón de su paradero. El güey desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Todavía no se puede hablar de un secuestro, pero todos los indicios lo indican así.

Octavio Canales inclinó la cabeza frustrado.

—Hoy me enteré del asunto por suerte, pero las investigaciones no conducen a ninguna parte. Nadie habla, nadie coopera y, sobre todo, nadie quiere saber nada de la policía. ¿Cómo vamos a hacer nuestro trabajo si la gente con problemas no viene a pedirnos ayuda porque nos considera, a todos, a sueldo del narco?

—Sus razones tendrán —respondiste recordando algunos de tus recientes encuentros y desencuentros con la policía.

Estabas pensando que la Susanita estaría ya metida en la cama, que era muy tarde para llamarla por teléfono y que sería cruel despertarla con una noticia como esa, cuando el Gordo Patiño, totalmente beodo y poniéndose trabajosamente de pie, se acercó a ti dando pasos inciertos, como una gorda araña recién fumigada, te puso una mano en el hombro y, mirándote directamente a los ojos, te dijo:

—Hilario, tú tienes amigos que están bien informados de todo lo que se refiere a madrizas, secuestros, contrabando de drogas y asesinatos. ¿Por qué no los llamas por teléfono y les preguntas? Así salimos de una vez todos de dudas…

# 29

Cuando a la mañana siguiente le comunicaste a la Susanita la desaparición, o el posible secuestro, de Karl van der Laggen, reaccionó bastante más agitada de lo que habías previsto. Fue en ese momento que te diste cuenta de lo mucho que consideraba a su amigo.

—¿Él, raptado? No puede ser. ¿Por qué, por quién?

—Eso es lo que se trata de averiguar, aún no hay certeza de nada.

—Nuno es un ser inofensivo. No tiene dinero, pero no le ha hecho mal, ni le debe nada, a nadie.

—¿Sabías que se llamaba Nuno y que no era holandés? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Nunca vino al caso. Van der Laggen es su nombre artístico. Fue una invención de mi tío para vender cuadros. Dijo que sonaba más pictórico, algo vangoghiano, y que atraería a más gente a las exposiciones. Yo no le dije, ni a ti ni a nadie, que fuera holandés. Esa fue una suposición tuya.

Nunca lo fue, Hilario Godínez, su acento siempre te supo más a portugués que a flamenco, pero no desmentiste a la Susanita. En lugar de ello insinuaste que tal vez su tío tuviera alguna explicación más idónea que darles. Ella había pensado lo mismo. Lo llamó primero a su teléfono móvil y luego al de la galería, una, dos, tres veces, pero no obtuvo ninguna respuesta. Decidieron ir personalmente a buscarlo.

Al contrario de la Susanita, don Ernesto Acevedo no dio demasiada importancia al suceso. Estaba tranquilo. Él conocía bien a Karl, les dijo, no era la primera vez que desaparecía así para hacerlo rabiar, cosa que lograba con bastante frecuencia porque él se enfadaba muchísimo, pero Karl como si nada. Que lo buscaran en Los Cabos, o en Careyes, donde estaría tumbado en la playa, tostándose al sol con alguna conquista. El pintor no era rico, ¿quién iba a raptarlo y con qué objeto? Esas historias de secuestros y rescates eran tonterías. Cuando apareciera de nuevo y escuchara lo

que se había especulado durante su ausencia se moriría de la risa.

La opinión del galerista tranquilizó a la Susanita. Nuno era su amigo querido, él mismo lo había descubierto en un viaje a Lisboa y fue él quien lo trajo a México. Lo conocía mejor que nadie. Si pensaba que no había nada de que preocuparse, que Nuno gozaba de buena salud, lo más probable es que estuviera en lo cierto.

A ti, Hilario Godínez, la inalterable urbanidad de don Ernesto Acevedo al referirse al caso, en lugar de dejarte tranquilo te daba más que pensar. Algo había en la actitud del viejo que te preocupaba. Tuviste, mientras hablaban con él, la impresión de que él sabía a ciencia cierta dónde encontrar a su pupilo, solo que no le convenía, o no le estaba permitido, decirlo.

# 30

Cuando Ñ te escribió de nuevo, Hilario Godínez, todavía firmando como la Mujer de tus Sueños, no se entretuvo demasiado en los temas literarios usuales de su correspondencia. Los enlazó, casi de inmediato, con la última línea de su carta anterior como si tú no la hubieras leído o, como si al verla, no hubieses entendido su verdadero alcance o significado.

Por fin pesaba más la curiosidad que la obstinación por mantener el misterio. ¿Qué habría pasado, a fin de cuentas, con aquel raudal de cartas que metió en el correo sin una idea precisa de su destino final? ¿Aún las leías? ¿Las juzgabas irracionales y ridículas? ¿Cursis? ¿O ni siquiera eso, porque le había escrito durante quince años a un fantasma que ignoró su correspondencia sin en verdad interesarse jamás en quién era ella?

De un modo u otro creía firmemente que esa última carta te llegaba demasiado tarde. Quince años tarde. Cuando el misterio y el romanticismo que las primeras tal vez despertaron en ti se había evaporado. Tú tendrías otras cosas en que pensar y a que dedicarte. Una pareja estable, acaso hijos. Pero ¿por qué no se podía desprenderse de la idea de que tú, estuvieras donde estuvieras o con quien estuvieras, continuabas leyéndola? ¿Por qué no podía dejar de creer que te importaban sus cartas, a pesar del tiempo y de la frustración de no haber podido jamás contestarlas? ¿Estaba loca? ¿Había perdido la razón a fuerza de tanto escribirte? Mil veces había intentado dejar de hacerlo, pero, llegado el fin de semana, abría el cajón donde guardaba el papel azul membretado, tomaba una hoja y empezaba a llenarla. Era un impulso más poderoso que ella. ¿Una costumbre? ¿Una enfermedad? ¿Un sustituto de droga? Ella prefería imaginarse que era una forma de fe.

Te pedía perdón por ese incógnito que, queriendo preservar la pureza de la relación, tal vez la había destruido para siempre. ¿Te interesaba saber por qué había permanecido tantos años anónima? ¿Valía aún la pena explicártelo?

Te instaba a contestar cualquiera de todas aquellas preguntas. A

confirmarle que aún existías. Si tú te rehusabas a responder también a esa carta, ella no volvería a escribirte.

Al final firmaba otra vez con la letra *Ñ* y repetía la dirección del apartado postal, no como un *post scriptum*, sino inmediatamente debajo del nombre que se había dado a sí misma, la Mujer de tus Sueños, como haciendo de nuevo hincapié en que ahí era donde debías dirigirte si deseabas entrar en contacto con ella.

Si a ella se le había convertido en un vicio escribirte, Hilario Godínez, tú no estabas menos enviciado en leerla. Tampoco ibas a contestar esa carta, probablemente la última que recibirías de su mano, pero te quedaba muy claro que ya jamás podrías olvidarla. Doblaste la carta, que se cerró sobre sí misma siguiendo los pliegues que ella misma le había impuesto al papel y colocaste en la reproductora el disco de Bárbara que te había enviado muchos años atrás, en una de sus primeras misivas. ¿La Mujer de tus Sueños? La mujer de tus pesadillas, más bien, deberías confesarte si fueras lo suficientemente honesto contigo. Pero no, o no lo eras o no tenías donde más refugiarte. Pulsaste el botón de *play* como si lo que ibas a escuchar, ese poema de Louis Aragon ya oído mil veces, fuera no solo una herencia de ese amor extraviado, sino también un rescoldo de tu esplendor juvenil, el cordón umbilical que te unía a aquellos años dorados, y te aferraste a su antiguo y pesaroso sonido como a un clavo ardiendo.

El tiempo de aprender a vivir ha llegado muy tarde,
y lloran al unísono nuestros corazones en la noche.

Bárbara cantaba al melancólico compás de la música que Brassens compuso para los versos de Aragon. La guitarra y el piano acompañaban con suavidad su dulce y alta voz, tan femenina y melodiosa. Bárbara cantaba… pero no, eras tú mismo, era La Mujer de tus Sueños diciendo, doliente:

¡Cuántos escrúpulos para consolidar un
[estremecimiento!
¡Cuántas tribulaciones para una mínima canción!
¡Cuántas lágrimas para un acorde de guitarra!
No hay amor feliz.

Qué barbaridad, Hilario Godínez, pobre de ti. Me das mucha lástima. En verdad no tienes perdón de Dios.

# 31

Nada más entrar en Ayo el Chico, por la cara de entierro que llevabas, Hilario Godínez, el Tino se percató de que no habías ido ahí para hablarle de futbol aunque en el sitio chillaban los colores de los Becerros de Oro con el bullicio y el ambiente de fiesta que precedían siempre a sus partidos. El Tino te guio con los ojos hacia una mesa en el rincón que algunos aficionados, sin decir palabra, se apresuraron a dejarles libre. Ahí se sentaron ustedes a conversar, a tranquila distancia de los banderines, los uniformes azul y oro, y los oídos de los aficionados que, como por arte de magia, crearon un prudente vacío a su alrededor.

Habías ido ahí, sin decirle nada a nadie, porque la callada angustia de la Susanita aumentaba a ojos vista y don Ernesto Acevedo ya no parecía tan convencido de que Van der Laggen estuviera vacacionando en una playa del Pacífico. Había pasado una semana sin noticias del pintor y el repentino desasosiego del tío, aunado a la creciente inquietud de la sobrina, te impulsaron a actuar. Ese miércoles, el equipo de casa recibiría al Cruz Azul en un encuentro nocturno. Tú habías jurado nunca más regresar a comer enchiladas en lo de doña Mari antes de un partido de futbol, pero sentiste que no te quedaba otro remedio. Tal vez el Tino te pudiera dar alguna pista de lo que estaba sucediendo.

Te saludó como si fueras un asiduo del lugar y regresaras después de un largo viaje. Aunque ambos sabían que parte de tu trabajo en el periódico consistía en no perderte los partidos de futbol y que te ibas directo a la sección de prensa, a veces dando un rodeo para no pasar por ahí.

—Qué bueno que vino, don, ya se le extrañaba.

—Hay juegos que no se saborean igual sin comer antes un buen plato de enchiladas —respondiste sin saber qué otra cosa decir.

Siguió un silencio incómodo. Hasta la profunda cicatriz parecía expectante. ¿Quién se la habría hecho? Alguien que de seguro no tendría ya forma de contarlo. Te tocaba iniciar el diálogo, pero no se te ocurría cómo hacerlo. Necesitabas una excusa plausible que

explicara tu presencia ahí antes de tocar el tema del pintor. Y escogiste la manera más torpe posible, Hilario Godínez: agradecerle el dibujo que te había obsequiado. El rostro del Tino se oscureció un tanto al oírte.

—Supe que le robaron la pelota, don. Que terminó en la basura y no en su casa como yo habría querido. Aunque tal vez a usted no le interesaba tener un torito colgado en la pared.

—¿Cómo sabe?

—Porque usted es Chiva, don, no Becerro.

—No… Cómo sabe que me lo quitaron.

El Tino sorteó tu pregunta prosiguiendo como si no la hubiera escuchado:

—Una lástima. Todavía no ha sabido apreciar ese regalo en lo que vale. De verdad, una lástima.

Te pareció curiosa la conjugación de los verbos, pero esta vez no a causa de tu conocida deformación profesional, Hilario Godínez, sino al evidente propósito que notaste en la frase. El Tino la dijo como si aún tuvieras su obsequio contigo. Debió decir "No supo apreciar ese regalo en lo que valía", pero no fue así. La construyó en presente, como si el autor no te lo hubiera quitado para romperlo y tirarlo a la basura aunque él lo sabía. Decidiste tomar mentalmente nota de su deliberada incongruencia para analizarla más tarde, y concentrarte en lo que te había llevado ahí.

—Venía a preguntarle por el autor del dibujo. Como usted lo conoce, pensé que tal vez podría darnos noticias de él.

—¿Por qué? ¿Se perdió?

—Hace más de una semana que no se aparece por su casa.

—Eso no significa que le haya pasado algo malo, don, al contrario: a veces a uno lo hacen desaparecer cosas muy buenas.

Sonrió trazando unas curvas en el aire y haciendo una procaz seña con la mano para subrayar su sutil rasgo de ingenio.

—Eso mismo pensaba don Ernesto Acevedo.

El Tino rio con suave ironía.

—¿Ya ve? Él ha de saber muy bien de qué habla. Lo conoce mejor que nadie: duermen juntos.

—Dije "pensaba". Ahora él está tan preocupado como los demás.

—Pues sus razones tendrá. El portugués ese debe de haber encontrado a alguien que le está ofreciendo más dinero que él. Y mientras la pasión le dure y la voluntad le aguante… Usted conoce la canción.

¿De qué no estaba enterado el Tino? Parecía saber todo de

todos. Se hizo otra vez ese silencio pesado, oneroso, perturbador, que se establecía entre los dos. Esta vez le tocó a él romperlo, y de la manera más sorprendente posible:

—Usted no se da cuenta del prestigio que tiene, don, todo el mundo lo lee, lo conoce y lo respeta. Sabe cómo bajar la pelota y jugarla al primer toque. O driblar contrarios aquí y allá antes de rematar a gol. No es como esos periodistas villamelones que se la pasan echando balones fuera.
A nadie le importa que sea Chiva porque no esconde la camiseta ni teme decirlo, pero luego se burla de todo y de todos, comenzando por usted mismo.

Su afirmación te tomó totalmente desprevenido. Nunca lo habrías imaginado. De modo que al Tino le gustaba tu trabajo. Te leía y admiraba… Quién iba a pensarlo…

—¿Ha notado lo rápido que se agota *El Sol de Hoy* los lunes por la mañana? —continuó él—: es por la forma como usted describe el juego del domingo, don. Parece que uno viviera de nuevo el partido, pero comprendiendo mejor lo que sucedió en el campo, con sentido de la estrategia, con inteligencia, con conocimientos, con emoción, con gracia. Sobre todo con gracia: es su sentido del humor lo que le ha ganado tantos lectores.

Empezaste a mirar con otros ojos al Tino, Hilario Godínez, no lo niegues. Aunque desde luego él estaba bastante lejos de lo que pudiera llamarse un verdadero crítico… Pero, seamos honestos, ¿qué es un crítico? Hoy cualquier imbécil con un micrófono en la mano se toma por uno. El Tino estaba tan capacitado para emitir una opinión como cualquiera de los que se ganan la vida transmitiendo pendejadas, propias y ajenas.

—Lástima que no le pueda pedir una carta de recomendación para el periódico. Si ven su firma, en lugar de subir me rebajan el sueldo.

Al Tino no le hizo ni sonreír tu broma. A ti, su respuesta, tampoco:

—Si la mía no es buena, dígame nomás de quién quiere la firma, don, yo se la consigo…

El encanto se rompió. Delante de ti estaba un hombre para quien, sin jamás haber leído a los filósofos chinos, entrar en la vida significaba ir derecho a la muerte. Perdiste de vista al crítico y en su lugar reapareció el sanguinario pandillero con la cicatriz horrorosa que le cruzaba la cara. ¿Cuántos trozos de carne habrían necesitado juntarse para reconstruir el cadáver de quien se la hizo? Te rehusaste siquiera a pensarlo.

—Le voy a dar una primicia para su columna, don. Lo único que le pido es que no mencione la fuente: los Becerros de Oro cierran mañana por la mañana el trato para comprar a William Fajardo, máximo goleador de la liga colombiana y seleccionado nacional de su país. Con él quieren suplir al Torito Medina. No lo van a anunciar oficialmente sino hasta la semana que viene.

—¿Usted… cómo está enterado de eso?

—Me lo dijo un pajarito.

—¿Y no hay otro pajarito que le diga dónde se ha metido Karl van der Laggen?

—Yo que usted no me preocuparía, don. El pintor aparecerá cuando menos lo espere. Probablemente muy pronto.

# 32

Van der Laggen apareció muerto, tirado en un muladar igual a los otros en los que se habían encontrado antes los desmembrados despojos de Jorge Ibarra y del Torito Medina. La única diferencia consistía en que el falso holandés era un cadáver completo. No le faltaba ninguna parte del cuerpo. Se podría haber dicho que se había quedado dormido borracho sobre aquel montón de basura de no haber sido por el negro agujero de bala que tenía en la cabeza.

Nadie aventuraba teorías sobre las causas del asesinato. Te encontraste al Gordo Patiño, quien había dado ya antes la noticia de la desaparición del pintor mencionando, de paso, la posibilidad de un secuestro, escribiendo la nota sobre el trágico hallazgo. Mientras lo hacía, intercambiaba opiniones con Octavio Canales, sentado junto a él en la redacción del periódico.

—Aquí mi cuate Canales piensa que tú sabes cosas que no nos dices sobre lo que está sucediendo —comentó al verte pasar—, no hay manera de convencerlo de lo contrario. Ya le dije que, aunque me pareces muy listo como para periodista, eres demasiado pendejo como para narcotraficante, pero no me quiere creer.

—¿Y cómo están tan seguros de que esto es obra de los narcotraficantes? —respondiste curioso—. ¿Hay alguna pista?

—¿Usted no lo cree? Díganos sus razones —intervino Canales suspicaz.

Pinche Gordo Patiño. Desde aquella noche en que, estando borracho, insinuó algo sobre tus relaciones con el Tino delante del policía, temiste que sucediera algo así.

—Ese malsano interés tuyo por la poesía colombiana en particular, y por todo lo colombiano en general, te perjudica, Hilario —adicionó Patiño—: haces demasiadas referencias a autores colombianos que nadie conoce. No saben que eres un chingón en literatura. Unos creen que eres puto, otros piensan que es producto de tus contactos con el Narco…

—Pues será lo primero, porque a los narcos no les interesa la literatura —respondiste molesto.

Octavio Canales te miró aún más sospechoso:

—¿Cómo lo sabe? Se ve muy enterado…

Ibas a responderle cuando los interrumpió el Gordo Patiño corrigiendo el texto que intentaba escribir en el computador:

—No puedo usar la palabra *contrabandistas*. Esos cabrones han logrado que suene como algo muy noble. Aconséjame, Hilario, ya tengo muchas veces *narcotraficantes* en el mismo párrafo.

—Usa los mismos términos con que te refieres a la policía, Gordo: *delincuentes, criminales, bribones, malhechores, deshonestos, inmorales, corruptos*. Sí, también les queda *cabrones* e *hijos de la chingada*, pero esos no te los van a publicar.

Canales se levantaba a decir algo cuando llegó la Susanita, hecha un mar de lágrimas porque había oído la noticia sobre la cruel muerte de Karl van der Laggen en la radio de su auto. Su aparición te sirvió de excusa para largarte con ella antes de que se armara la gresca con Patiño y su amigo. Ya en tu oficina, la Susanita te abrazó llorosa y alterada. Desde tus más profundos adentros, Hilario Godínez, diste póstumas gracias al pintor que te propiciaba aquel cálido y prolongado contacto. Al parecer a la Susanita le hacía mucha falta, porque continuaba apretada a tu pecho a pesar de que se te habían acabado las frases para consolarla.

Cuando estuvo más calmada te preguntó si ya habías terminado tu trabajo, porque deseaba que la acompañaras a visitar a su tío. Quería ver cómo le había afectado la noticia, si es que ya estaba enterado de ella. Tú tenías tu columna escrita, le pediste que esperara un minuto, el tiempo de entregarla en la redacción, y te fuiste con ella a la galería.

# 33

—Saben, ustedes —comenzó diciéndoles don Ernesto Acevedo con los ojos perdidos, desenfocados, como contemplando algún punto borroso situado más allá de ustedes—, el problema de los tatuajes no es que ahora buena parte de la humanidad quiera decorar su cuerpo con un dibujo indeleble, sino que hubo un gran artista holandés que, primero por amor, cedió a la tentación de dedicarse a ello.

El que el engreído galerista no supiese quién eras tú, Hilario Godínez, no tenía nada de raro. Lo malo es que no reconocía ni a la Susanita. Los miraba a ambos como si se tratara de una pareja de desconocidos que se hubieran presentado de pronto en su negocio a inquirir por unos tatuajes o a comprar unos cuadros. Estaban sentados en su despacho de la galería de arte, ante el elegante escritorio tras el cual él sonreía solícito. Tú lo observabas incómodo. La Susanita tenía los ojos empapados de lágrimas.

—Les hablo del famoso pintor holandés Karl van der Laggen —continuó diciendo—, para muchos el más grande de los pintores vivientes y promotor en Occidente de la legendaria tradición del Yakuza. En la cúspide de su popularidad como artista gráfico deseó imprimir unas muestras de su arte en el cuerpo de su joven amante. En él dejó indelebles los símbolos solares del espíritu, la realeza, la libertad y el amor. Más tarde aceptó hacerle un tatuaje también a un millonario excéntrico que le ofreció por el trabajo una suma fantástica. A este le siguió un atleta famoso. Quién sabe cuántos otros habrían gozado de su excelencia pictórica si Van der Laggen, en plena posesión del enorme talento con el que le dotó la naturaleza, no se hubiese retirado a una playa desconocida dejando como únicas muestras de su talento creativo esos tres cuerpos privilegiados.

La Susanita se puso a llorar en silencio. La muerte del pintor, la locura de su tío, el rastro de la enfermedad mental que le venía endémica por la línea materna y en la que quién sabe si ella caería también, en un futuro tal vez no tan remoto, eran más de lo que su

magullado espíritu podía soportar. La repentina locura de don Ernesto Acevedo Mendizábal daría a la gente, además, nuevo pie para sazonar sus hablillas con la historia de otro Mendizábal demente.

Porque Van der Laggen no regresaría jamás, afirmó don Ernesto muy serio como hablando consigo mismo. Lo sabía de buena fuente. Lo sujetaba un nuevo amor que lo mantenía cautivo, que deseaba que su arte solo adornara su piel. Era un amor apasionado y celoso que no toleraba rivales. Lo sentía muchísimo, continuó dirigiéndose a ustedes, si deseaban ordenar un tatuaje habían llegado muy tarde.

Se dirigió entonces hacia la puerta y con un cortés gesto de la mano les indicó la salida.

La Susanita ya no pudo reprimir más los sollozos. Le pasaste un brazo sobre los hombros trémulos y ella dejó caer la abatida cabeza en el tuyo. Te inundó una pena infinita junto con el suave perfume de sus cabellos. Tú resististe a duras penas los deseos de besárselos. Eres un pusilánime, Hilario Godínez, casi nunca aprovechas las ocasiones propicias.

# 34

Contra todo lo que te había dicho Ñ en su carta anterior, que esa sería la última, que de no obtener respuesta tuya no volverías a saber más de ella, recibiste un nuevo correo en el que, después de reprenderse por su incapacidad de cumplir con lo dicho, te contaba cómo y por qué había comenzado a escribirte. Su explicación te daba algunas pistas, la mayor parte inútiles según descubriste más tarde, sobre su posible identidad.

Durante toda su infancia fue una niña feliz, comenzaba diciendo. Su adolescencia parecía seguir el mismo camino hasta que empezó a darse cuenta de que la gente no se fijaba en ella.

No es que fuera fea, no. Incluso, si no la engañaba el espejo, podía considerarse más bien bonita. De haber sido horrible los demás habrían reparado sin duda en ella, pero sus facciones, tal vez correctas sin más, la condenaron a esa evidente invisibilidad por la que, sin pena ni gloria, transcurrió su juventud. A ella no le importaba. Se sentía cómoda en esa especie de anonimato que la salvaguardaba de todo y de todos. Eso fue hasta que entró a la universidad a estudiar la carrera de Letras. Ahí conoció a aquel otro estudiante, una especie de mito académico, a quien los maestros alababan, sus compañeras seguían y adoraban, y a quien se predecía un brillante futuro en las letras.

A ella le pareció al principio un tanto engreído y pretencioso, hasta que un día tuvo la oportunidad de conversar con él a solas en el café. Entonces supo de su sincero respeto y amor por todo lo que sabía y leía, por lo que escribía y estudiaba y, sin saber muy bien cómo, se enamoró como una tonta de él.

Fue la primera y única pasión de su vida. Pasaba los días acechando el momento en que podría encontrarse con él, invitarlo a tomar una taza de café y entonces charlar de cuanto les pasara por la cabeza. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que tampoco él la veía, que cuando estaban juntos, cuando ella creía que conversaban, él en realidad no la miraba. Se dirigía a ella, sí, pero era consigo mismo con quien hablaba.

Fue durante aquellas vacaciones en que sus padres la llevaron a Mazatlán que se le ocurrió mandarle una tarjeta postal. Sin embargo, cuando iba a firmarla, comprendió con tristeza que tal vez él no reconociera su nombre, que siendo ella tan solo una más entre tantas no sabría quién la enviaba. Tuvo entonces la idea de inventar como remitente el misterioso y sugestivo seudónimo de la Mujer de tus Sueños. Buscaba intrigarlo, jugarle una broma. Al regresar a la universidad le confesaría que ella era la autora del chiste, ambos reirían y entonces, tal vez, él ya no olvidaría quién era ella. En el camino de regreso al D. F. cambió de opinión. Al llegar a su casa, le escribió una larga carta confesándole lo que sentía por él y la firmó de nuevo como la Mujer de tus Sueños. Apenas lo hizo se sintió liberada de aquello que llevaba dentro y que la oprimía como una losa en el pecho. Supo que eso ya no podría confesárselo, pero fue un gran desahogo. Un alivio del que, sin entonces sospecharlo, iría a depender en los años por venir.

Sospechaba que, desde sus primeras misivas, él la buscaba en su entorno, pero no la veía. Ella en el fondo deseaba que descubriera el engaño, que la desenmascarara y tuvieran un verdadero enfrentamiento, una disputa, cualquier cosa que ventilara lo que había entre los dos de una buena vez y decidieran lo que devendría su relación para toda la vida. Pero él, cuanto más la buscaba, más ciego parecía.

Y así continuó, de ceguera en ceguera, buscándola siempre, hasta que salió de la universidad y se fue lamentándose por no haberla encontrado, sin saber nunca quién lo amaba con tan misteriosa persistencia. Ella habría querido decirle: “Mira, soy yo”, pero lo equivocado de su situación la hacía sentirse de un patetismo y de una insignificancia tal que pensaba que ni aún así se fijaría en ella. Incluso una vez le escribió un recado en su auto y le vio pasar casi corriendo en su busca. Entonces le habría gustado detenerlo y gritarle “Mira, aquí estoy, soy yo. ¿Por qué no puedes verme?”, pero se contuvo. Ella, estaba convencida, era una mujer transparente. No habría servido de nada.

Así terminó una carrera a la que nadie nunca la vio asistir, pasando exámenes que nunca nadie la vio presentar, y graduándose con unos honores que a fin de cuentas nadie le vio obtener. Todas sus compañeras se casaron. Ella permaneció soltera, porque ningún hombre que le interesara se fijó nunca en ella. Ni siquiera aquel a quien tanto adoraba, Hilario Godínez, ese a quien semana a semana escribía desesperadas cartas de amor.

# 35

¿Qué mosca te picó ese día, Hilario Godínez? ¿Qué diablos fuiste a hacer a la iglesia cuando no era ni día ni hora de misa? Y lo peor de todo es que fuiste solo, ni siquiera le avisaste a la Susanita para que te acompañara.

Habías recordado una nota publicada hacía tiempo en *El Sol de Hoy* y deseabas hablar con el padre Pico para aclararla. Se te ocurrió explotar la confusión de la falsa entrevista e ir a verlo de nuevo como si necesitaras aún datos para terminarla.

Te sorprendió la actividad que reinaba en el templo y el pequeño ejército de trabajadores encargados de su mantenimiento. Había uno barriendo el atrio, otro sacando brillo a bancas y reclinatorios, uno más sacudiendo la capilla de san Juan Macías y dos más encargándose del altar mayor. Te preguntabas cómo hacía el cura para pagar a tantos empleados cuando divisaste al Tino saliendo de la sacristía. Un nutrido grupo de parejas le seguían encantadas junto con su habitual comitiva de guardaespaldas.

Tu primera reacción, Hilario Godínez, bastante idiota, por cierto, fue correr al interior de la sacristía a ver si no le habían hecho daño al cura, pero en el rostro del Tino no advertiste la menor turbación. Estaba feliz, y quienes lo escoltaban se veían muy contentos también. Nadie tenía cara de haber matado a nadie. Los hombres vestían traje y corbata; las mujeres, sus galas de fiesta.

Intercambiaron saludos. El Tino no parecía tener prisa. Había venido a apadrinar un bautizo, te dijo señalando a una nenita que llevaba una mujer en los brazos junto al engominado y orgulloso papá, ahora iban a rematar el jolgorio en su casa. Si te animabas a asistir estabas invitado también.

Le dijiste que no dándole las gracias. Procuraste no herir sus sentimientos, Hilario Godínez, aunque luego esto te pareció bastante superfluo porque todo indicaba que el Tino no tenía ninguno. Sin embargo, no pudiste evitar el quejarte de sus inexactitudes durante su conversación anterior absteniéndote, eso sí, con extremo cuidado, de utilizar la palabra *mentirasen* tu

reclamación.

—Me chingó con lo del pintor —le susurraste al oído cuando se despedían—, creí que me estaba diciendo la verdad.

El Tino se apartó para mirarte de pies a cabeza. Parecía muy ofendido.

—Cuando se lo dije era verdad, no tenía problemas. Él gozaba de buena salud y la pelota estaba muy lejos de su portería. Después perdió el balón, se le complicaron las cosas y no supo evitar el gol. Yo no puedo adivinar el futuro.

Meneó la cabeza desilusionado.

—Todavía no ha sabido apreciar el regalo que le di —insistió jugando de nuevo con los tiempos de los verbos.

Tú no estabas de humor para enigmas y le tenías otro reproche guardado. Se lo soltaste enseguida:

—Menos mal que al menos no me fui con la finta de William Fajardo. Acaba de firmar para el Oporto de Portugal, ¿no que venía a los Becerros?

—El trato estaba casi cerrado, don, hubo un contratiempo de último minuto y se lo llevaron aquellos cabrones. Esos güeyes lo quieren nada más para revenderlo. Es lo que hacen siempre con los jugadores de acá.

Sin más, se dirigió a la salida. En la reja del atrio casi lo viste chocar con el Loco Mendizábal, que, tal vez atraído por el jolgorio del grupo celebrando el bautizo, se había acercado ahí. El Tino puso unos billetes en la mano del pedigüeño y se deslizó al interior de la camioneta blindada de la que ya le habían abierto la puerta. “Que Dios lo bendiga y le dé más”, habría murmurado cualquier otro mendigo al recibir la espléndida dádiva. Tú no alcanzaste a oír lo que le dijo el Loco Mendizábal, pero el Tino debió de haber abordado el vehículo con la materia y la duda rondándole la cabeza.

# 36

El padre Pico te oyó, con los ojos muy atentos, advertirle de que, en sus profundas enseñanzas, los antiguos filósofos chinos calificaban las debilidades humanas como “los taimados viajeros del espíritu”. La razón era, exponían ellos, que cuando llegaban a nosotros los recibíamos como huéspedes sin sospechar que se nos instalarían como amos. Estuvo reflexionando un momento sobre el tema antes de objetar:

—También decían que lo que da valor a una taza de barro es el espacio vacío rodeado por sus bordes.

Te chingó, Hilario Godínez, ya habías oído eso antes. Nunca supiste lo que significaba y hasta la fecha continúas sin saberlo, pero te chingó. No supiste qué responder.

—¿Me está usted echando en cara el haber bautizado a una niñita de unas pocas semanas de edad? —agregó el padre Pico—. ¿Piensa que no debí recibirla en el seno de la Santa Madre Iglesia? Déjese de filósofos chinos, hombre, ¿cómo cree usted que respondería a eso nuestro Señor Jesucristo?

—No le estoy recriminando nada, padre, solo le pregunto si tiene usted la mínima idea de la índole de individuos que acaban de salir de su iglesia y de las actividades a las que se dedican.

Su respuesta te dio a entender que estaba perfectamente al tanto de las ocupaciones ilícitas de sus feligreses:

—No tengo ni la mínima idea —dijo con solemnidad—, pero en mi ministerio hay una cosa muy clara: todos somos hijos del Dios, todos: rancheros, políticos, empresarios, burócratas, extorsionistas o matones.

Te miró parpadear, otra vez sorprendido, aunque no tenías por qué estarlo. Aun omitiendo el que en tu particular diccionario varios de aquellos términos fueran sinónimos, no era difícil predecir su respuesta. El problema fue que, además, tal vez para añadir algo de su propia cosecha a los imperativos preceptos de los filósofos chinos, se dispuso a explicártela: él no estaba ahí para decidir quién era vendedor de autos y quién narcotraficante, sino para llevarles a

ambos las palabras de Cristo.

—Nuestro Señor no vino al mundo a mostrar el camino del bien a los justos, sino a los pecadores —añadió envalentonado—. Por ellos murió en la cruz y son ellos quienes más necesitan ayuda.

—Padre, el dinero que recibe es mal habido. Está manchado con la sangre, el sufrimiento y los vicios de muchos. Jesucristo no lo aceptaría en su iglesia. Piénselo bien. Recuerde que sacó a latigazos a los mercaderes del templo.

Calló un momento buscando cómo defenderse. Habías sacudido un soporte muy quebradizo en su frágil estructuración de la doctrina católica. Y tú estabas desatado, Hilario Godínez; aunque fueras un ateo practicante, aquellos años de educación en la prepa de los jesuitas te hacían arder en santa indignación. No le diste tiempo de reaccionar.

—¿Esa es su manera de servir a Dios, padre? ¿Absolviéndolos una y otra vez de sus pecados? ¿Dándoles la paz a ellos, que viven de hacer la guerra a la ley y al orden instituido por todos?

—No blasfeme, hombre, ni vaya a mencionar nada de esto en la entrevista. Mejor olvídela. Hay cosas que usted no puede comprender. Los caminos del Señor son a veces tortuosos…

Le diste la espalda y saliste poseído por un sacrosanto berrinche, Hilario Godínez, que, escúchame bien, francamente no es lo tuyo. Hasta la pregunta que habías ido a hacerle olvidaste, pero te indignaba la hipocresía, la corrupción y la pobreza del pretendido cristianismo que dejabas detrás.

Al cruzar el atrio te percataste de que el Loco Mendizábal había abandonado su puesto en el portal y tú te quedaste con tus monedas en el bolsillo. Un mendigo limpio, filósofo y peripatético, cavilaste, porque no permanecía largo rato en ningún sitio fijo. Giraba en los alrededores del centro. Unos minutos aquí, otros tantos allá, en perpetua traslación, como los electrones alrededor del núcleo en los átomos de los que hablaba. Su locura se erigía sobre los bastardos residuos de una antigua fe cimentada en los tiempos modernos por los aceleradores de partículas, los microscopios electrónicos y las matemáticas.

En realidad, la mejor enseñanza sobre religión que jamás recibiste, Hilario Godínez, te la dio aquel sacerdote jesuita que te daba clases de filosofía en la preparatoria. Lo hizo con una simple frase que se te quedó grabada para toda la vida. Era la recomendación que hacía a sus alumnos para preparar los exámenes de fin de curso: “Estudien bien —exhortaba—, acuérdense de que la divina providencia no ilumina cerebros vacíos”.

# 37

La renovada insistencia del Tino sobre el dibujo que te había regalado machacaba tu cabeza, Hilario Godínez, no podías dejar de pensar en ello. Para empezar, establecía una clara conexión entre Karl van der Laggen —o Nuno Teixeira, como les gustara llamarlo— y el Torito Medina. ¿A quién más habría tatuado el falso holandés? Don Ernesto Acevedo, en su locura, había mencionado a "su joven amante". Lo que no te quedaba muy claro era si la referencia aludía a una mujer o a un hombre, porque al pintor, según tenías entendido, le daba lo mismo papaya que plátano. El campo femenino, desde luego, abarcaba un horizonte casi infinito y podría involucrar incluso a la Susanita, en quien habías advertido una afectuosa familiaridad al referirse al pintor. Ella no desplegaba ningún tatuaje a la vista, pero tú habías oído decir que, en el cuerpo de las mujeres, estos podían restringirse a áreas muy definidas, y considerablemente íntimas, de su anatomía. En el terreno masculino, aunque igualmente amplio, habría que descartar de entrada al Torito Medina, porque el célebre goleador de los Becerros de Oro, te constaba como periodista, tenía una facilidad pasmosa para meterse bajo las faldas de cuanta mujer se le acercara. No, el popular jugador entraba más bien bajo la descripción del "deportista famoso" que también había mencionado el tío de la Susanita. La Susanita, la pobre, con o sin tatuaje, vinculaba también a todos los muertos. Tal vez ella pudiera ayudarte con la ligazón que te faltaba.

Aprovechaste que tomaban un café en tu oficinita de *El Sol de Hoy* para preguntarle:

—Jorge Ibarra y Karl van der Laggen… ¿se conocían?

La Susanita asintió con un rotundo movimiento de cabeza. Claro que sí. Ella misma los había presentado. Karl…, o sea Nuno, acababa de llegar de Europa y no tenía amigos. Jorgito y ella lo eran de toda la vida, habían sido vecinos de niños. Los dos, el portugués y el mexicano, simpatizaron muy rápido y se hicieron íntimos. Karl… Nuno… le regaló dos tatuajes. Un águila y un

ruiseñor. Jorge estaba muy orgulloso de ellos y usaba camisetas de manga corta porque le había estampado uno en cada brazo.

Casi se te cae la taza de la mano al escuchar su respuesta. La afirmación de la Susanita vinculaba a los dos jóvenes con el pintor y sus otras actividades estéticas.

—¿Y Jorge Ibarra y el Torito Medina?

La Susanita lo dudaba. A Jorge no le atraía el futbol. De hecho, no recordaba que le gustara ningún deporte en especial. El tenis, tal vez. Le interesaban más los gimnasios y la cultura física. Hacía pesas. La Susanita te contestaba mecánicamente, Hilario Godínez, tú notaste que su cabeza estaba ya en otra parte. Intentaba seguir el razonamiento que promovía tus preguntas: los tres nombres que mencionabas habían muerto asesinados y tú buscabas un común denominador entre ellos, ¿cuál podría ser? Ignoraba que lo habías encontrado y que no estabas dispuesto a compartirlo con ella. Era demasiado horroroso. A la Susanita no le gustaba el futbol, no podía saber que el Torito Medina llevaba también un grabado de su amigo pintor en el pecho, ni que las partes arrancadas a los cuerpos de las víctimas eran precisamente aquellas en las que él había trabajado. Su muerte había sido, ya de por sí, un golpe terrible para ella. Mejor que no se enterara de tus siniestras elucubraciones. Los tatuajes eran los hilos que conectaban las tres muertes. Solo faltaba localizar al millonario excéntrico. Ese que había pagado una fortuna por sus tatuajes. Él podría ser la siguiente víctima de ¿quién?, ¿de quién y por qué? Eso te quedaba por averiguar.

# 38

Meditaste largos días sobre aquella última carta de Ñ y al final la dejaste una vez más sin respuesta. Llegaste a la conclusión de que no te aclaraba nada en realidad. ¿Quién podía ser aquella compañera invisible para todos los que la rodeaban, tal vez incluso para ti? Describirse a sí misma como una mujer común y corriente, sin ningún rasgo especial, ni padecimiento, ni belleza o fealdad, ni señal distintiva que la hicieran destacar sobre las demás no adelantaba gran cosa. Casi la mitad del género humano se compone de personas así. La otra mitad es igual, solo que del sexo contrario.

Hablaba en enigmas. Era alguien que manifiestamente había estado enfrente de ti, pero que, por alguna razón, nunca viste. El mariquita de Mario Santana te volvió a pasar por la cabeza. ¿Qué se habría hecho de él? Nunca habías vuelto a tener noticias suyas. ¿O sí? ¿Quizás una vez a la semana? ¿Te habrías enamorado de alguien que te tiraba los perros escribiéndote desde su encierro en un armario y que al fin se estaba animando a salir de su escondrijo? Esa habría sido magnífica. Como para agarrar una borrachera de padre y señor nuestro antes de morirse de risa y desilusión, después de haberle cortado los testículos, claro. Eres un machista de mierda, Hilario Godínez, no tienes perdón de Dios. Pero no, Ñ contaba que no era fea, “bonita, se lo decía el espejo”, y que sus compañeras se habían casado y ella no. Daba a entender que habría podido hacerlo si se lo hubiesen propuesto. No, no era Santana, no. El matrimonio gay era impensable en la época. Además había otra cosa que lo distanciaba de Ñ. La manera de escribir. Lo que se llama, con mayúscula, el Estilo. Recordabas los trabajos que Santana había leído en clase, su prosa rebuscada, poblada de ideas que, a falta de profundidad, se quedaban varadas en la provocación. Nada que ver con la limpieza y la precisión de Ñ en la que las frases fluían plenas de ideas precisas con una musicalidad que a ti te producía envidia. No, nada que hacer. Quién sabe dónde andaría a esas horas Santana, que Dios y la Virgencita de Guadalupe lo acompañaran y protegieran todavía muchos años, pero no, por fortuna él no era el

autor de las cartas de Ñ.

Alguien te dijo una vez que la memoria es como un enorme almacén repleto de pequeños cajones. La información de todo lo que hemos visto y oído está en ellos, solo que, muy a menudo, no sabemos a cuál acceder para encontrarla. Ñ, pues, estaba ahí, en alguna parte dentro de ti mismo, solo que no sabías cómo o dónde ir a buscarla. En lo más profundo de aquella infinidad de cajones que componían tu memoria había uno, muy pequeño quizás, escondido en algún recoveco, que tenía escrito su nombre y guardaba su rostro, tal vez su sonrisa, pero ¿en cuál de todos, Hilario Godínez? ¿Y cómo hacer para abrirlo?

# 39

Cuando esa tarde sonó el timbre de tu celular y viste que se trataba de la Susanita, lo que menos esperabas era que te preguntara si estabas en casa y, al oír tu respuesta afirmativa, te pidiera que la esperaras ahí porque vendría a verte, tenía algunas noticias que darte.

Guardaste —¿escondiste?— la carta de Ñ en el cofre de Olinalá, junto con las otras, y pusiste un poco de orden en el sitio, muy poco, Hilario Godínez, dada la premura y tu nerviosismo, antes de que ella llamara a tu puerta.

Pensaste que, al menos en parte, la llevaba a tu casa el tema de su última conversación y habías ideado varias maneras de disfrazar tus hallazgos para no angustiarla, pero no se trataba de eso. Te dijo que se sentía triste y deprimida por tanta desgracia a su alrededor, quería poner un poco de paz y felicidad en medio de ese caos total.

Abrió la bolsa que traía consigo y extrajo una botella de vino chileno, pan, algunos quesos y carnes frías que colocó sobre la mesita de la sala. Esbozó una sonrisa de satisfacción al observar tu sorpresa.

Te acompañó a la cocina, a buscar los pocos utensilios que les faltaban para la improvisada merienda y, mientras estaban ahí, cuando empezabas a quejarte porque no aparecía el sacacorchos, te besó suavemente en la boca para que te calmaras y regresó como si nada, con los platos, las copas y las servilletas en las manos, a esperarte en la sala mientras tú revolvías, más frenético aún, gavetas y cajones sin encontrar lo que buscabas. Una navaja con tirabuzón que, recordaste de pronto, guardabas en tu pequeño escritorio te solucionó el problema y pudiste ir a reunirte, a toda prisa, con ella.

La Susanita te esperaba cómodamente sentada en el suelo, sobre la afelpada alfombra de lana, recuerdo de tu paso por Temoaya un par de años atrás. Sobre la mesita de la sala había coquetamente dispuesto un servicio para dos y mientras tú descorchabas el Casillero del Diablo, ella cortaba el pan y servía en ambos platos

rebanadas de los suculentos comestibles que había traído consigo.

No tenía prisa de nada y tú actuaste con fingida espontaneidad e indiferencia. Cuando terminaron la botella de vino y los bocadillos, te recostaste en la alfombra y apoyaste la cabeza sobre sus muslos como si fuera la cosa más natural del mundo, Hilario Godínez, aunque temblabas del susto. Ella te acarició los cabellos y tú hundiste la cabeza en su vientre dejándote embriagar por la tibieza y el perfume de mujer que despedía aquel cuerpo deseado.

Se besaron de nuevo, esta vez ya no con la levedad anterior. Y cuando sus brazos se abrieron por fin para mostrarte los pechos desnudos, su forma no fue la de una cruz como en el poema de Aragon, sino la de una paloma con las alas extendidas dispuesta a llevarte en su vuelo a goces apenas vislumbrados cuando la mirabas, hermosa y lejana, llegar al periódico con sus notas de Sociales bajo el brazo. Tuviste ocasión de acariciar y recorrer su cuerpo impoluto, sin encontrar ninguna mancha o tatuaje que empañara la inmaculada blancura de la piel. Ningún rastro del paso de Nuno Teixeira o Karl van der Laggen como en un reciente momento de incertidumbre temiste.

Luego, mientras yacían cabeza con cabeza, inaugurando esa nueva intimidad compartida, te dio la noticia que en realidad la había empujado a tu casa. Lo hizo como si se tratara de una grata sorpresa, con una nota de ingenuo orgullo en la voz, como esperando que celebraras su iniciativa: acababa de enviar tus cuentos, junto con su primer poemario, a un conocido editor. Le habían asegurado una ágil respuesta. Ella esperaba que se publicaran muy pronto.

Tú te estremeciste de horror contenido. Los fantasmas de los antiguos rechazos revolotearon de nueva cuenta en tu espíritu. “¿Qué hay en un nombre?”, se preguntó Shakespeare en boca de Julieta, con Romeo acechando en el jardín durante la famosa escena del balcón. ¿Cómo pudo William Shakespeare con un nombresazo como ese plantearse una pregunta tan torpe? Lo que hay en un nombre es la portada y el lomo de un libro. ¿Qué editor se atreverá, por amor de Dios, a publicar las obras completas de Hilario Godínez? ¿Cómo se vería a ocho columnas en la primera plana de *El Sol de Hoy* “Hilario Godínez ganador del premio Nobel de Literatura”? Ridículo. Con ese nombre, Hilario Godínez, cualquier pretensión tuya a la gloria literaria tuvo que parecerte absurda desde el principio. Juan Rulfo, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Álvaro Mutis… son nombres que, desde la pila bautismal, apuntaban a la posteridad. William Ospina escapa a la regla porque

con ese nombre formidable pudo haber sido también *catcher* de los Yankees de Nueva York. Algunos de sus récords en el beisbol de las ligas mayores de los Estados Unidos continuarían imbatibles. Pero ¿quién sería Arturo Pérez sin el Reverte? ¿Existiría un Capitán Alatriste? Desde luego podrías preguntarte lo mismo del García sin el Márquez, del Vargas sin el Llosa, del Muñoz sin el Molina, pero todos ellos tuvieron de dónde agarrarse para compensar el primer resbalón. A Juan Vásquez, no se diga, lo salva el Gabriel. Pero tú no tienes otro nombre y tu segundo apellido es González. Convéncete, Hilario Godínez González, con ese nombre tú no estabas destinado a llegar a ninguna parte. ¿Cómo no lo pensó la Susanita?

Cierto, en Hilario está incluido el verbo *hilar*, que también puede hacer referencia al narrador, que va hilando palabras e historias, etcétera, etcétera; pero esa es una asociación muy rebuscada, no salta a la vista a las primeras de cambio. No, Hilario Godínez, un nuevo fiasco se olfateaba en el aire. Y tú, mirando el rostro ilusionado de la Susanita, comprendiste enseguida que, si el futuro de la relación dependía de un eventual éxito tuyo en el terreno de lo literario, estaba irremisiblemente destinada al fracaso.

# 40

—¿Sabe cuánto ofrecen los gringos por la cabeza del tipo ese con el que usted hace apuestas y come enchiladas antes de los partidos de futbol?

Te quedaste mudo por la sorpresa, Hilario Godínez. Octavio Canales respondió a la interrogación que no llegaste a verbalizar, pero que vio insinuarse en tus ojos.

—Lo de las apuestas me lo dijo Patiño. Lo otro no me costó ningún trabajo averiguarlo. Se reúnen a comadrear a la vista de todos.

—Fue una ocasión en que fui a preguntarle por el pintor desaparecido. Pensé que él podía darme alguna indicación sobre su paradero.

Canales consultó una libretita de apuntes que llevaba en la bolsa del saco.

—Esa no fue la única vez que lo vio. Si mis informaciones son exactas, y casi siempre lo son, esa fue al menos la tercera en que se encontraron. Después hubo más.

Otro hijo de la chingada, Hilario Godínez, todo el mundo estaba al tanto de todo, menos tú. ¿Dónde se apostaban tantos soplones? A Octavio Canales te lo habías encontrado muy temprano esa mañana en tu propio rincón del periódico, fisgando entre los papeles y los diarios atrasados que tenías sobre tu mesa de trabajo. Estaba solo, pero le habían preparado un café que reposaba en sus manos y que, al verte llegar, depositó con cuidado en una esquina del escritorio. Actuaba muy raro, como si te considerara sospechoso de algo. ¿De qué, Hilario Godínez? Era bastante evidente que tú no podías ser traficante de drogas. ¿O no?

Dio un par de pasos sin un rumbo fijo, girando en redondo por tu reducido espacio laboral y tomó, como al descuido, un periódico viejo que estaba a la vista. Lo abrió en una plana interior que tú conocías a la perfección, puesto que la estuviste consultando un par de semanas atrás. Mostraba la verdadera razón de tu última visita a la iglesia de San Luis Gonzaga. Tu encuentro con el Tino y tu

posterior conversación con el padre Pico la habían vuelto irrelevante.

—Hace unos meses unos enmascarados robaron la imagen de un santo muy venerado en Lima, Perú. La noticia salió en la prensa, ¿no la ha leído? Está aquí mismo. Mire. Se sospecha que vino a parar a México. Supongo que de eso no sabe nada tampoco.

Cerró el periódico y lo puso donde estaba. Tú continuaste impertérrito. Canales bebió el último sorbo de su pequeña taza de café antes de continuar:

—No respondió a mi primera pregunta. Yo se la voy a contestar, por si usted no lo sabe: cinco millones de dólares vivo o muerto. Eso es lo que se ofrece por la cabeza de su amigo narco. Está en la lista de los diez más buscados por contrabando de drogas.

—Pues, si sabe tan bien como yo dónde encontrarlo, ¿por qué no lo captura usted mismo? El próximo domingo juegan los Becerros contra el Pachuca. A la ocasión la pintan calva.

—No se haga el gracioso, Godínez.

Se aproximó a ti, entre amenazador y despectivo, mirándote muy de cerca a los ojos. Olía a tabaco rancio y café.

—Hay peces más grandes brincando en el sartén —dijo.

Levantó la mano izquierda para mostrarte, en el hueco de la palma, el rostro de un desconocido en una foto muy pequeñita, del tamaño de las que se usan para sacar una credencial. El sujeto miraba a la cámara. Los ojos algo rasgados a la manera de muchos indígenas, aunque su tez era blanca y sus facciones no tenían nada de asiáticas. Recordaste una frase de Patiño, “un naco con ojos de chale que se cree Kung Fu”, ¿sería ese el Ninja? Octavio Canales señaló la fotografía con el dedo índice de su mano libre y te dijo, amenazador:

—Dígale que nos lo vamos a chingar.

—¿Cómo dígale que nos lo vamos a chingar? A ese tipo no lo conozco. No puedo decirle nada. Jamás en mi vida lo he visto. Yo no soy más que un simple cronista de futbol.

—Nosotros sabemos muy bien quién es usted, Hilario Godínez. Nomás dígale.

# 41

Para cualquier otro que los mirara, el par de aficionados al futbol que te abordaron el domingo a la salida del palco de prensa no eran más que dos inocentes partidarios de los Becerros de Oro. Eso, al menos, daban a entender los colores de sus camisetas. Tú, sin embargo, advertiste desde el primer golpe de vista que no eran ni tan inocentes, ni tan partidarios, ni tan aficionados al futbol. Los recordabas formando parte de la escolta del Tino. El primero de ellos, al darse cuenta de que los habías reconocido, se dirigió rápidamente a ti hablándote por lo bajo en un tono entre autoritario y cortés:

—Venimos de parte de un amigo que tiene ganas de verlo, venga con nosotros, por favor.

—¿Así nada más? ¿Y si a mí no se me hinchan los güevos ir con ustedes qué pasa?

—Se lo estamos pidiendo por las buenas, licenciado —añadió el segundo tomándote del brazo—, no podemos regresar con las manos vacías… ¿sabe? Podría irnos mal… pero muy mal… ¿se da cuenta? Usted no quiere que nos vaya mal, ¿verdad? Nosotros tampoco…

Lo que significaba que si les iba a ir mal por tu culpa, no les importaría que a ti te fuera antes peor. Te resignaste, pues, de mala gana a seguirlos. El equipo local había perdido por dos goles a cero. Solo veías cabezas bajas y rostros desalentados entre la multitud que vaciaba lentamente el estadio. Tus gestos calcaban esa misma expresión, pero por distintos motivos: el Tino estaría de pésimo humor, maliciabas, tampoco faltaría algún “ojo” de Octavio Canales que delatara este nuevo encuentro con él y, para colmo de males, si te retardaba demasiado el asunto, peligraba una ida al cine que tenías planeada, para esa misma tarde, con la Susanita.

En el restaurante de doña Mari te esperaba el Tino. El disgusto parecía ahondarle la fea cicatriz y eso te puso de inmediato en guardia. Sin embargo, él hizo un visible esfuerzo por mantener la calma al saludarte:

—Siéntese, don, ¿qué le pareció el juego?

—La verdad, bastante malito.

—El primer gol fue un churro y el penalti del final del partido, un clavado que se tiraron en el área. Al árbitro ese le vieron cara de pendejo.

—Tal vez, pero su equipo jugó de la chingada. Con el primer gol tenían suficiente para perder los tres puntos. El segundo ya no contaba.

—*Pos* no, pero no se trata de eso, don. Uno viene a ver el partido y saltan a la cancha un montón de payasos. La pelota sale del campo y los jugadores de ambos equipos levantan al mismo tiempo la mano pidiendo el saque de banda. Las pinches caras de incredulidad que ponen cuando se les niega un córner son dignas de unas putas artistas de telenovela. Y ya no hablemos de penaltis: el área parece piscina donde se zambullen las víctimas. Eso no se vale, es una vergüenza, tiene que denunciarlos en su reseña del juego, esos culeros están acabando con el verdadero futbol.

Te costaba trabajo creer lo que oías, Hilario Godínez, ¿un criminal de la laya del Tino echando pestes porque otros hacían trampa? ¿Qué más te quedaba por ver? Tu rostro debe de haber reflejado la incredulidad que te embargaba porque el Tino te miró acusador.

—Ya sé lo que está pensando, don, que yo soy el menos indicado para quejarme de eso, pero se equivoca. Confunde las cosas, una no tiene nada que ver con la otra. Cada quien tiene sus reglas y uno, para bien o para mal, las acepta lo lleven a donde lo lleven. Los negocios son los negocios y se vale todo. Yo le estoy hablando del deporte. Ahí, si se vale todo, se acabó el deporte.

Tú continuabas atónito, sin saber qué responder. Él continuó:

—¿Sabe lo que hizo el Chelito Delgado?

Asentiste con la cabeza. Jugando contra el Necaxa, César Delgado, el hábil y popular delantero argentino del Cruz Azul, había caído dentro del área rival. El penalti se pitó de inmediato. Mientras sus oponentes rodeaban al juez protestando la decisión y sus compañeros exigían la pelota para cobrar la pena máxima, el pundonoroso futbolista se incorporó y, ante el azoro de todos, explicó al árbitro que nunca hubo falta: él mismo se había dejado caer dando un salto para no lastimar al portero adversario. El silbante lo felicitó por su honradez y dispuso saque de meta.

—Ese es un jugador de futbol —sostuvo el Tino—, no como esos putos teatreros, sin dignidad, sin ningún amor propio, que al mínimo choque se retuercen en el suelo como si les hubieran

arrancado la pierna mientras sus compañeros hacen escándalo reclamando tarjeta amarilla para el oponente. Tienen bien ensayado el tanguito.

Hizo una pausa. Pareció meditar un momento antes de continuar:

—Escriba algo sobre lo que ocurriría si uno de esos figurones del futbol internacional, jugando en un campeonato importante, hiciera a la vista de los cientos de millones de espectadores que lo siguen y admiran lo mismo que el Chelito Delgado. Cómo transformaría eso el juego, don. Diga que, con el tiempo, podría llegar hasta presidente de la república.

—Hubo una vez uno de esos —respondiste—, que jugando una final de la copa del mundo metió un gol con la mano.

—Eso fue lo que le dio en la madre al futbol, el mal ejemplo que confundió a todos. Fue una pinche confesión de impotencia, ¿qué otra cosa? Le faltó confianza en sí mismo, la certeza de que podía ganar el partido sin recurrir al engaño. El orgullo del futbolista opacado por el del tramposo. Creyó pasarse de listo y se chingó solo. Esto se llama futbol: uno muestra lo que vale jugando con los pies.

No podías estar más de acuerdo con él. Estuviste tentado a decirle que hasta los rateros de un país europeo, ya no recordabas bien cuál, habían puesto a punto un ardid para despojar turistas al que bautizaron como “el Maradona”, pero se hacía tarde. Miraste el reloj. A ese paso jamás llegarías a tiempo al cine con la Susanita:

—No le prometo nada. Voy a ver qué se me ocurre sobre el tema —dijiste levantándote—, pero más vale que los Becerros se pongan a jugar de verdad. Van derecho a la segunda división.

—Por eso ni se preocupe, don, es una situación pasajera. Vamos a salir del hoyo. Mientras tengan el equipo que tienen y los aficionados que lo apoyamos, eso es algo que jamás podrá ocurrir.

# 42

Tres domingos después cerraste tu libreta de notas al finalizar el último partido de la temporada regular sin comprender a carta cabal lo que acababas de presenciar en la cancha. Del futbol te gustaba lo imprevisible, y tú habías asistido a numerosas sorpresas de último minuto, pero ese desconcertante final te dejó estupefacto. Los Becerros de Oro ganaban por dos goles a uno a los Diablos Rojos del Toluca cuando faltaban apenas un par de minutos para finalizar el encuentro y su casi palpable victoria les aseguraba la permanencia en la primera división. Las banderas azul y oro ondeaban a todo trapo en las tribunas, las porras enronquecían las gargantas de los millares de aficionados que abarrotaban el estadio alentando a su equipo cuando, de pronto, ante los ojos horrorizados del público y tu propia incredulidad, el marcador había dado un vuelco aparatoso y repentino para terminar tres a dos a favor de los visitantes, sentenciando así a los Becerros de Oro a militar al menos una temporada en la segunda división.

Desde las primeras entrevistas después del encuentro, cuando los abatidos miembros del equipo perdedor iban rumbo a los vestidores, el Mono Cabrera fue acusado por sus propios compañeros de sabotear los esfuerzos del conjunto en ese crucial partido contra el Toluca. Algunos de ellos intentaron incluso agredirlo y solo la intervención de las fuerzas del orden impidió que el célebre portero terminara golpeado. Esos lamentables sucesos y las declaraciones de todos los que intervinieron en el controvertido tropiezo coparon los titulares de los noticieros de la televisión esa noche y los encabezados de los diarios a la mañana siguiente.

El lunes, tu reseña del partido fue adrede vaga, porque tú mismo no te explicabas las cosas. El otro equipo colero había perdido la víspera. A los Becerros de Oro les bastaba el empate para salir del atolladero en que se encontraban desde la muerte del Torito Medina. Estuvieron en un tris de lograrlo y, la verdad, aunque tú intentaste justificarlos de todas las formas posibles, los dos últimos goles del Toluca no se los explicaba nadie. Un par de errores

infantiles, impensables en un portero de la calidad del Mono Cabrera, habían auspiciado la derrota.

Los directivos del Toluca se defendieron de las acusaciones de fraude con un argumento irrebatible: su equipo estaba ya calificado para jugar la liguilla por el campeonato, ni siquiera necesitaban los puntos en disputa. ¿Con qué objeto comprar una victoria que no les servía para nada? Los del otro equipo colero, favorecido por aquella milagrosa derrota de los Becerros de Oro, alegaban que, de haber querido falsear un partido, habrían comprado aquel en el que fueron derrotados la víspera, y no otro.

El Gordo Patiño te buscó para preguntarte qué opinabas del caso. Nadie había interpuesto ninguna demanda por lo que, de momento, no había delito que perseguir. Pero la Federación Mexicana de Futbol estaba tomando cartas en el asunto y pronto se llamaría a las partes concernidas a declarar sobre el tema.

Tú recordaste a un fanático de los Becerros de Oro a quien habría perturbado como a muy pocos el descenso de su equipo favorito a la segunda división. Alguien que, muy recientemente además, te había asegurado que esa posibilidad era, desde cualquier punto de vista, inconcebible. Sin embargo, había sucedido. Su yerro te proporcionaba otra torcida razón para identificarte con él. Habías sido testigo de varias de sus equivocaciones: el Tino tampoco tenía mucho tino en eso de predecir el futuro. De todas maneras, te pareció que podría resultar bastante iluminador el conocer su opinión con respecto a los últimos acontecimientos.

# 43

El problema es que no tenías manera de comunicarte con el Tino y, una vez acabada la temporada, tu probable lugar de reunión, o sea, Ayo el Chico y las enchiladas de doña Mari justo antes de un encuentro de futbol, quedaba excluido. Moviste tus contactos entre algunos adeptos acérrimos a los Becerros de Oro. Aunque no pertenecías a su grupo no tenían por qué desconfiar de ti. Después de todo habías parlamentado un par de veces con el Tino a la vista de la manada completa. Localizaste a algunos de ellos que tal vez podrían ayudarte, pero la mayoría fingió ignorar de qué les hablabas. Por fin, uno de ellos insinuó que quizás podría pasar tu recado. Le diste el número de tu celular y les pediste que, por favor, de ser posible, le dijeran que se comunicara contigo, que te urgía hablar con él.

Las indagaciones de las autoridades deportivas se detuvieron apenas iniciadas por la súbita muerte del principal involucrado en el acontecimiento: el cuerpo del Mono Cabrera apareció destrozado en la acera frente a su domicilio. Al parecer se había arrojado al vacío desde el *penthouse* que ocupaba en el décimo piso de un elegante edificio en la zona residencial de la ciudad. No se encontraron huellas de violencia en su departamento y la policía archivó con rapidez el incidente rotulándolo como suicidio. Siendo él la pieza clave de la averiguación que se abría sobre el debatido encuentro que había relegado a los Becerros de Oro a la segunda división, su muerte privó a los investigadores del único factor conocido que habría podido aportar alguna luz sobre el caso, y este quedó cerrado también.

Tú, a la mañana siguiente, en tu columna “De portería a portería”, obviaste todo lo referente a su trágico fin y tendiste un compasivo velo sobre su postrer desempeño en el campo de juego para rendirle un sincero tributo. Un gran jugador que había sido siempre modelo de caballerosidad, de valor y de entrega en la cancha ya no volvería a pisarla. Adiós a sus días de gloria, a su rememorado encuentro contra el Guadalajara cuando no solo

preservó su portería intacta a pesar del tremendo asedio de sus contrincantes, sino que, al final, anotó el gol que daría la victoria a su equipo, adiós a su puesto en la selección nacional y al jugoso contrato que, según se decía, estaba a punto de firmar con el Nápoles.

El Tino no se comunicó ya contigo. Parecía que se lo hubiese tragado la tierra y tú no hiciste otros intentos por localizarlo. Nuevas inquietudes ocuparon tu mente porque a la “última” carta de Ñ siguió otra más. Una que te dejó boquiabierto y que trastornó el orden de tus prioridades para los días por venir.

# 44

Después de varias semanas de silencio, cuando ya no pensabas que volvería a escribirte, a la “última” carta de Ñ siguió una más en la que se preguntaba si en ese neurótico empeño en continuar escribiéndote no consistiría la “ardiente paciencia” de la que hablaba Pablo Neruda. Tú no sabías si era ardiente o no, Hilario Godínez, aunque a causa de tu relación con la Susanita empezaba a quemarte, y te preguntaste qué tendrías que hacer tú para que la perdiera. Sin embargo, esta nueva carta te reservaba una sorpresa aún mayor que aquella en la que te había enviado la dirección del apartado postal invitándote a que le respondieras.

Comenzaba como una continuación de aquella otra en la que te narraba cómo había sido su vida en la universidad. Al contrario de lo que le sucedía a Descartes, ella pensaba, pero no existía. Así, en esa especie de no-existencia se inició también su vida profesional. Empezó a dar clases en la universidad, colaboraba a ratos para algunas pocas revistas culturales, pero continuó invisible para toda la gente que en realidad le importaba. Entonces comprendió por qué te escribía una carta por semana y el resto del tiempo lo dedicaba a medio garabatear una novela. Lo hacía para mitigar el dolor de vivir que, sin ti y sin la escritura, le devendría insoportable.

Nunca se había atrevido a decírtelo, pero durante el último año de la carrera de Letras había comenzado a escribir una novela que terminó bastante tiempo después. Envió su primer manuscrito a multitud de editoriales y todas se lo mandaron de vuelta. El tema de aquella novela era lo de menos. Pudo tratar de cualquier cosa, lo que fuera, hasta la historia de un niño en una escuela de magos, por ejemplo, como le había ocurrido a una colega que pasó por lo mismo que ella. La respuesta fue siempre la misma. Gracias, pero su programa de publicaciones estaba ya completo para ese año y el siguiente. De nada. La habían leído pero no la habían leído, como antes la habían visto sin verla.

De pronto, como en el corolario de un acto de magia, alguien le

puso el dedo encima y todos voltearon a verla. Fue un editor cualquiera el que la publicó, ni siquiera con más visión o talento, simplemente con más suerte que los otros, y sin que nadie se explicara cómo o por qué empezó a vender ejemplares por toneladas. Los que habían devuelto su obra se daban de topes contra la pared llamándose a sí mismos imbéciles. Y luego escribió otra novela, y otra, y otra más. Se le tradujo y sus libros comenzaron a circular por millares en el extranjero. Ahora todo mundo la miraba, o al menos leía su nombre porque ella, acostumbrada al anonimato, aún hacía hasta lo imposible por pasar desapercibida. Podía hasta haberse casado ya varias veces de haber aceptado las propuestas de matrimonio que le hacían llegar sus admiradores a la editorial.

Ahora, recientemente, había ganado un premio muy importante en París y deseaba compartirlo contigo. Sería como la suma de todo aquello que habían hablado en la universidad. Ahora que todos la veían soñaba con que tú la vieras también, Hilario Godínez, antes de que fuera demasiado tarde. Todos esos años de ser y no ser le habían enseñado una cosa: con la misma naturalidad con la que había aparecido podía desvanecerse de nuevo.

# 45

Ñ no tuvo que decirte su nombre. Ni siquiera darte el título de cualquiera de las cuatro obras maestras que tenía publicadas para que tú supieras de quién se trataba. La conocías, desde luego, como la escritora famosa que era, habías leído con reiterada admiración todo lo suyo, pero jamás habías asociado su nombre a ninguna de tus compañeras de la universidad. De hecho, el sonido, haciendo reverberar en tu cabeza quién sabe qué eco lejano, te había llevado directo a la cajita arrumbada en el fondo de tu memoria que tenía su nombre escrito encima. Solo que, al abrirla, dentro de ella no encontraste ni huellas ni rostro. Estaba vacía.

Por otra parte, no a muchos escritores mexicanos se les entregaban premios en París y menos del tamaño del que ella acababa de recibir. En Francia, ya se sabe, se especializan en descubrir autores a los que en su país nadie hace caso, pero eso no era cierto en lo concerniente a Ñ. Gozaba en los medios literarios de un respeto rayano en la devoción y lo tenía bien merecido. A ti nada más el hecho de conocer a una escritora de su calibre te habría llenado de orgullo. El que hubiera sido tu oculta corresponsal durante años sin que te apercibieras te aplastaba, te hacía sentir un idiota. El que te hubiera conocido en la universidad, con todo lo que entonces se decía y esperaba de tu parte, te humillaba y deprimía. Y el que dijera que te admiraba y se confesara enamorada de ti te llenaba de desconcierto y de pasmo.

De algún modo ella era lo que tú podías haber sido y nunca llegaste a ser, el ángel invisible a la vuelta de la esquina en aquel poema de Álvaro Mutis. Ese que nunca fuiste, ese que murió de tanto ser tú mismo lo que eres, decía el gran escritor colombiano. ¿Qué podías sentir tú, qué esperaba ella que sintieras tú, al darte cuenta de ello, sino frustración y vergüenza? Amor propio herido, un ego lastimado por la íntima sensación de fracaso. Te sentiste mísero, empequeñecido a su lado. Envidioso de su fama, su talento y su fortuna. Ridículo al imaginarte a ti mismo hinchado como pavo real impartiéndole lecciones de quién sabe qué pendejadas a ella,

nada menos que a ella, que debía habértelas dado a ti. Qué vergüenza, Hilario Godínez, no tienes perdón de Dios.

Sin embargo ella, a pesar de su nueva y bien merecida celebridad, tal vez fiel a su antigua costumbre, había intentado continuar invisible. La prensa destacaba su timidez y su terco afán por la privacidad. Nadie, desde B. Traven, se había mostrado tan celoso en conservar el incógnito. No había fotos de ella. Algunos incluso afirmaban que escondía su verdadera identidad bajo un nombre supuesto. Tú sabías que no era así, su nombre era ese, lo habías oído alguna vez en el pasado, pero no lo asociabas a nadie que la identificara. Quienes pensaban que durante la entrega del premio en París se develaría el misterio quedaron frustrados. Fue su editora en Francia quien se presentó a recogerlo y a dar las gracias en nombre de la autora.

Ñ te confesaba también en su carta que estaba ya al tanto de dónde vivías y a qué te dedicabas. No le había sido difícil encontrarte dada la vastedad de la información en internet y los medios de que ella disponía a su alcance. Confesaba no saber nada de futbol, pero había estado leyendo *El Sol de Hoy* y disfrutado de tu fina ironía, de ese inveterado sentido del humor que recordaba muy bien de sus conversaciones en la universidad. La había hecho reír asimismo el nombre de tu columna y recordado que, en aquellos tiempos, había leído a Wenceslao Fernández Flores gracias a una recomendación tuya. Todo eso sabía de ti. Lo único que ignoraba es si habías continuado recibiendo sus cartas.

Ahora sí, con toda la razón, Hilario Godínez, había perdido totalmente la esperanza de que le pagaras misiva con misiva, pero era a ti a quien en rigor correspondía comunicarse con ella. Si el género epistolar te desagradaba tanto, te proponía otro ejercicio más de acuerdo con tu agudeza de ingenio. Aceptaba que tal vez no desearas verla, era natural después de tantos años, pero para asegurarse de que todo aquel torrente de cartas no había caído en el vacío, te desafiaba a escribir el verso de Aragon “El tiempo de aprender a vivir ha llegado muy tarde. No hay amor feliz” en tu columna deportiva. Con ese guiño bastaba para que ella se enterara de que la leías. De no verlo en el lapso de una semana, comprendería que había perdido el tiempo escribiéndote. Pero si le enviabas esa señal, ella se comprometía a venir a tu ciudad el fin de semana siguiente en que apareciera la frase en el periódico. Se registraría en el hotel Marquesa del Valle bajo el nombre de Roxana Robin para no llamar la atención. Si tú deseabas verla de nuevo y aclarar lo que tuvieran pendiente, no tenías más que llamarla por

teléfono o presentarte a buscarla. Llegaría el viernes y se quedaría el sábado y el domingo esperándote. Si para el lunes no había recibido aún noticias tuyas, comprendería que no deseabas saber nada de ella y, acatando tus deseos, desaparecería de tu vida para siempre.

Para ti resultaba muy claro que no había ningún futuro entre los dos. Eras demasiado poca cosa, Hilario Godínez, pero ella tenía razón al decir que le debías una respuesta. Al menos eso después de quince años de cartas. Además te hacía gracia la idea. Un reto era un reto. Tampoco era cuestión de mantenerla en vilo leyendo tu columna durante quién sabe cuánto tiempo. Ella no se merecía eso. Al día siguiente contabas en "De portería a portería" que para el Mono Cabrera "el tiempo de aprender a vivir ha llegado muy tarde" y añadías que, para los fanáticos de los Becerros de Oro, obligados a vitorear la campaña de su equipo en la segunda división la siguiente temporada "no hay amor feliz". Para que no hubiera dudas y las frases destacaran bien en el texto las mandaste poner en negrillas. De la redacción te llamaron para decirte que no entendían de qué se trataba, pero tú, con una sonrisa burlona, les respondiste que si eran pendejos o qué. Ellos, después de reflexionarlo un poco, parecieron encontrarle gracia al asunto y se rieron con ganas. Tu columna quedó tal y como la habías escrito.

La mañana en que salió publicada le pediste a don Arcadio Ríos unos días de asueto para ligarlos con el siguiente fin de semana e invitaste a la Susanita a descansar unos días contigo en la playa. La chica aceptó encantada. Pasarías con ella el tiempo que Ñ estuviera alojada en el hotel Marquesa del Valle, pensaste. A tu regreso ella estaría ya de vuelta en el D. F. o dondequiera que la esperara su vida
de escritora famosa. Tú echarías de menos su correspondencia semanal, pero el asunto de la Mujer de tus Sueños quedaría concluido y cerrado de una vez por todas y para siempre. Al menos, Hilario Godínez, Ñ, o Roxana Robin, como se llamaría en el hotel en honor a la mujer a quien Cyrano de Bergerac escribía cartas de amor usando otro nombre, sabría que tú también, durante todos esos años, habías leído las suyas.

# 46

Desde el principio notaste que te seguían, Hilario Godínez. Justo ese viernes por la mañana en que, dejando atrás la carta de Ñ, los embrollos del futbol y tu rutina en el periódico, te ibas de vacaciones, varios “ojos”, como denominan los narcos a sus espías, te observaron con aire distraído al abordar el BMW que la Susanita te había prestado la víspera para que pasaras a recogerla. Luego, mientras manejabas rumbo a su casa, un falso taxi te siguió un buen trecho. Te diste cuenta de que era una “garrapata” porque no le hizo la parada a nadie a pesar de ir vacío. Ya te había sucedido antes. Era un proceder muy propio del Tino por lo que, pese a manejar un auto tan caro, no te inquietaste gran cosa. El taxi que venía detrás dio vuelta en una esquina donde tú continuaste de frente y su lugar fue ocupado por una patrulla de policía que después de un corto trayecto desapareció también de tu retrovisor. Entonces te sentiste tranquilo. Por eso el levantón te tomó tan desprevenido. La garrapata apareció de nuevo, esta vez delante de ti y, en el momento mismo en que sonaba el timbre de tu celular, frenó de improviso cerrándote el paso. De una camioneta Suburban que venía detrás emergió una “estaca” compuesta por tres individuos armados que te arrastraron fuera de tu vehículo y te introdujeron a empellones en la parte trasera del suyo. Todavía alcanzaste a ver como el tipo que te había arrancado el teléfono de las manos tomar el volante del BMW para desbloquear el camino, pero ya no viste más. Ni siquiera se molestaron en cubrirte la cabeza. Simplemente te abatieron sobre el asiento y se te sentaron encima.

—No mamen, cabrones —gemiste bajo su peso—. Se equivocan, yo no tengo un centavo, ese carro no es mío.

Como respuesta, uno de ellos te mostró la pistola y te la puso en la oreja. A buen entendedor pocas palabras, Hilario Godínez, algo que también debieron de decir en su tiempo los filósofos chinos, aunque de otra manera.

Los dos fornidos gorilas encima de ti pesaban bastante. Las

vueltas y revueltas de la camioneta te parecieron eternas. Respirabas con mucho trabajo y creíste que se te rompería algún hueso.

Por fin se detuvieron. Según pudiste observar mientras te sacaban del auto para introducirte en la casa, se encontraban en cualquiera de los barrios que circundaban la ciudad por sus cuatro costados. Sombríos reductos de callejuelas angostas y sin pavimentar, bordeadas por modestas casitas alzadas entre montañas de chatarra, lotes baldíos, cimentaciones sin edificar, basureros y escombros. Te dio mala espina el que no les importara que vieras dónde te hallabas, Hilario Godínez. Confiaban en que no los delatarías más tarde o estaban seguros de que no vivirías para contarlo.

La vivienda era nueva, un poco mayor que las otras, pero tenía pocos muebles. La sala constaba de apenas unas pocas sillas, una mesa cuadrada para jugar cartas o dominó, y un televisor frente a un pequeño sofá. Te empujaron a la recámara para encerrarte en el cuarto de baño. Al pasar viste una cama, un teléfono inalámbrico sobre el buró y una pantalla de plasma adosada a la pared a manera de cuadro.

Ninguno de tus captores había abierto la boca, ni siquiera para hablar entre sí. Tan pronto te arrojaron dentro del baño te volviste para golpear la puerta y gritar lo que ya les habías dicho antes.

—Están equivocados, yo no soy más que un pinche periodista muerto de hambre, ya les dije que el auto no es mío.

La puerta se abrió entonces de golpe. Uno de tus captores sacó una enorme pistola escuadra, cortó cartucho con un clic clac ominoso ante tus narices y te apuntó entre los ojos como si fuera a disparar. Retrocediste del susto y caíste sentado en la tina. El hombre te miró sin siquiera sonreír y salió azotando la puerta.

Oíste sonar el teléfono. Al levantar la bocina siguió un breve monólogo del que solo alcanzaste a entender partes. Tu raptor decía “sí, señor”, “claro que sí, señor”, “no se preocupe, señor”.

¿Con quién estaría hablando aquel hombre? ¿Y quién te habría llamado a ti en el momento del rapto? La Susanita, seguro, para preguntarte si ya habías salido de casa. Ella tenía el don de llamarte en los momentos menos propicios, pero te quitaron el celular antes de que pudieras abrirlo para que al menos oyera lo que estaba pasando.

Te rompías la cabeza intentando encontrarle sentido a los acontecimientos del día. Aunque nunca escribiste nada sobre la deontología futbolística del Tino, si este deseaba hablarte no tenía

por qué obrar así. A menos que hubiera tomado muy a pecho el desaire, no se trataba de él. Tú eras un periodista pobretón, nada rico, ¿quién más iba a raptarte y para qué? De pronto, por primera vez desde que te sacaron a empellones del BMW de la Susanita, no pudiste evitar un verdadero estremecimiento de pánico. Esas eran exactamente las mismas palabras usadas por don Ernesto Acevedo cuando desapareció Karl van der Laggen. No había ninguna razón aparente para su secuestro. Y cuando por fin lo encontraron tenía un balazo en la cabeza.

# 47

A la mañana siguiente te despertó el ruido de la televisión. Se oía muy clara y muy fuerte en tu encierro porque el sitio era pequeño y el sonido pasaba no solo a través de la puerta, sino del muro completo, ya que la pantalla de plasma estaba adosada a esa misma pared del lado de la recámara.

El día anterior, después de asustarte con la automática entre los ojos, solo habían abierto la puerta otras dos veces. La primera, unas horas más tarde, para dejarte unos trozos de pizza y una Coca-cola en botella de plástico. La segunda, cuando tú te figuraste que sería ya de noche, para recoger las sobras de tu paupérrima cena y arrojarte una almohada y una cobija. Las dos veces entraron y salieron sin decir palabra. Tú intentaste sin éxito acomodarte dentro de la tina del baño, pero era demasiado pequeña. Por fin te extendiste como se pudo en el suelo y, fatigado como estabas por los sobresaltos del día, te quedaste dormido.

Ese nuevo día la dieta de pizzas comenzó desde el desayuno. Seguramente no había nada más que comer por los alrededores. El barullo de la televisión duró todo el tiempo, porque, al parecer, tus captores se habían marchado dejando solo a un guardia contigo, que no tenía otra cosa que hacer sino mirar la televisión echado en la cama.

Ahí tumbado en el suelo, escuchando la sarta de estupideces contenidas en el audio de la programación, imaginaste lo que estaría sucediendo en el mundo exterior. Ñ aguardándote en el hotel Marquesa del Valle y la Susanita desesperada buscándote. De seguro habría avisado en el periódico de tu desaparición. Don Arcadio Ríos estaría moviendo el cielo y la tierra para encontrarte. Patiño pondría sobre aviso a su amigo Canales y la policía se habría puesto en tu busca. El mismo Octavio Canales también. Su nombre hizo surgir en tu cabeza una posibilidad en la que no habías pensado: tal vez no te habían secuestrado los narcos. Estabas en manos de la policía, ¿por qué no? Octavio Canales te tenía entre ceja y ceja. Tu último encuentro con el Tino bien pudo ser la gota

que derramó el vaso. Esa era una de las varias casas de seguridad que los federales mantenían en la región para extraer información a los sospechosos. A ti Canales te creía metido en el narcotráfico y te habrían llevado ahí para someterte a uno de sus típicos interrogatorios. Quien estaría a punto de aparecer a la puerta no era el Tino, sino el propio Octavio Canales dispuesto a meterte la cabeza en la tina que tenías enfrente, previamente llena de agua, echarte gasolina por las narices o arrimarte cables de electricidad a los testículos. Te estremeciste de horror. Preferías al Tino. Las cosas debían de estar muy deterioradas con la policía para que tú creyeras que la llegada de un canalla de la estofa del Tino compondría tu situación en lugar de empeorarla.

Había una tercera opción en la que no habías pensado antes, pero que tampoco era tonta. El padre de la Susanita era un hombre muy rico. ¿Hasta dónde estaba él al corriente de la relación de su hija con un pobre diablo como tú? ¿Estaría de acuerdo con ella y, si no, qué determinaría hacer para estorbarla? Era una idea descabellada, pero no tan estúpida y, encerrado en ese cuarto de baño, sin otra cosa en que entretenerte, todo te parecía factible. En esa ciudad, además de muy aristocrática, la familia de la Susanita tenía fama de loca. Ella afirmaba que le venía por el lado de la madre, pero ¿por qué no del padre también? Su simpatía por el Loco Mendizábal te pareció de pronto muy sospechosa. Después de todo era bien sabido que los empresarios locales hacían negocios, a veces de grado, a veces por fuerza, con los narcotraficantes. Don Ernesto Acevedo era un ejemplo, pero había otros iguales, sobre todo en bienes raíces. Se debían, como diría Patiño, mutuamente favores. Si el tío de la Susanita tenía tratos con ellos, ¿por qué no el padre también? No tendría más que expresar con cautela un deseo y sus solícitos socios se encargarían de satisfacerlo. Se hablaba asimismo de un grupo creado, al margen de la ley, por los ricos industriales y algunos miembros radicales del gobierno que intentaban oponerse con sus propias armas y medios al poder de los narcotraficantes. No sería raro que, de existir esa corporación, tus captores pertenecieran a ella.

Así te devanaste los sesos durante todo ese día, sin que una nueva llamada telefónica interrumpiera el estrépito proveniente de la pantalla de plasma ni el hervidero de ideas que te bullía en la cabeza. De pronto, ya bien entrada la noche, tu guardián debe de haber cambiado el canal porque los acordes de un hermoso bolero de Agustín Lara sustituyeron el barullo y rebotaron con suave melancolía entre las cuatro paredes de tu diminuto cuarto de baño.

Detrás de la música se escuchaba un rumor inconfundible de olas, como si el cantante y la orquesta que le acompañaba se encontraran a la orilla del mar. No reconociste la voz, pero lo que decía te hizo de algún modo pensar en la Mujer de tus Sueños y en su silenciosa e inútil espera en el lujoso *lobby* del hotel Marquesa del Valle sin tener la menor idea de lo pavoroso y absurdo del sitio en que te encontrabas metido. ¿Cómo se llamaba esa canción, Hilario Godínez? ¿"Nadie"?

> Nadie puede inspirar
> lo que tú inspiras,
> nadie puede expresar
> lo que tú expresas…

Esos versos podrías habérselos dictado tú al mismísimo compositor veracruzano dedicándoselos, sin menoscabo, a Ñ. Sin embargo, de los siguientes, ahora tenías la certeza, estabas destinado a no llegar a enterarte jamás:

> Nadie puede mirar
> como tú miras,
> nadie puede besar
> como tú besas.

"Nadie", sí, en efecto, así se titulaba el bolero, y a eso te habías degradado tú en manos de tus captores. Estabas convertido en Nadie en persona y en obra. Como Ulises en labios de Polifemo, habías desaparecido sin dejar rastro, sentenciado a no ser revisto jamás. A esas horas tú deberías encontrarte acostado en la cama con la Susanita, en ese otro hotel a orillas del mar donde tenías abonadas las reservaciones, y no tumbado en el duro suelo junto a un infame retrete. Te llevaste los brazos a la cabeza, intentando ahogar la música que anegaba tus oídos. Por fortuna, al acabar la melodía la televisión se apagó. Tú estabas completamente agotado y otra vez te quedaste dormido.

# 48

Al tercer día te despertó, muy de mañana, antes que el barullo del televisor, el timbrazo del teléfono. Siguió un murmullo ininteligible y la puerta del baño se abrió. Tu guardián estaba ante ti con un arma en la mano, la misma que utilizó para señalarte la bocina descolgada junto al teléfono.

—Ahí le hablan —te dijo.

Al tomarla te preguntaste de qué modo se había torcido tu vida para que al reconocer aquella siniestra voz del otro lado de la línea te inundara una sensación de alivio.

—¿Cómo está, don? —me dijeron que me andaba buscando.

—Pues sí, pero no esperaba encontrarlo de esta manera.

—No sabe cuánto siento lo que le pasa. Yo no tuve nada que ver con eso. ¿Lo han maltratado en lo físico?

—No, en realidad no.

—No oponga resistencia y haga lo que le digan. No se preocupe, nos veremos más tarde.

Te pidió que le pasaras a tu guardián y tú le entregaste la bocina. Él la tomó con su mano libre y te hizo otra vez seña de que te alejaras mientras continuaba apuntándote con la pistola. No alcanzaste a oír lo que decía el Tino, pero no se te escapó la respuesta.

—Lo hemos tenido dos días guardado porque no había manera de localizarte.

Otra vez se te escaparon las palabras del Tino, pero no las de tu captor antes de colgar el teléfono:

—Sí, desde luego… Pierde cuidado, no hay ningún problema, no, hasta luego.

Después, siempre usando la pistola como batuta, te señaló el camino de vuelta al baño y te encerró de nueva cuenta en él.

Acto seguido debió de marcar él mismo un número de teléfono, porque no oíste el timbre, pero te llegó otra vez, perfectamente reconocible, su retahíla de frases cortas, “cómo no, señor”, “así se

hará, señor", "a sus órdenes, señor" y luego el silencio. Debió de haber transcurrido alrededor de media hora cuando te llegaron más voces. La puerta del baño se abrió y un par de individuos armados te esposaron las manos y te sacaron de la casa.

Ahora sí, antes de recostarte en el piso del auto, te pusieron una bolsa de tela negra sobre la cabeza. Por fortuna esta vez nadie se te sentó encima. Al cabo de un rato, por la velocidad estable y los movimientos del vehículo dedujiste que habían salido a la carretera. Después de un tiempo razonablemente largo se detuvieron ante un gran portón, o una verja, que oíste gemir al abrirse con un grave y prolongado rechinido. Al bajar, te refrescó la fragancia y la sombra de los árboles. Más voces, más gente, más ruido de pasos, una puerta que se abría, cuatro manos te condujeron por lo que tú concluiste sería un largo y estrecho corredor. Luego el ruido de otra puerta al abrirse. Ahí te retiraron la bolsa que te cubría la cabeza y, sin quitarte las esposas, te empujaron hacia una gran sala suntuosamente amueblada. Luego cerraron la puerta a tus espaldas dejándote solo. La inmensa habitación estaba dividida en dos por un largo sillón semicircular blanco, de piel, colocado en medio. Los objetos, caros y modernos, denotaban buen gusto, como si hubiera sido decorada por un profesional. Algo en el estilo te recordaba el despacho de don Ernesto Acevedo en la galería.
Y, para hacer más evidente el parentesco, sobre una pared contemplaste el enorme cuadro del tigre de Bengala que habías admirado durante la *vernissage* de la exposición de Karl van der Laggen. Recordaste el punto rojo que lo marcaba como vendido y la inusitada presencia del Tino en el evento. Estabas pensando si habría ido ahí a pagar aquel lienzo o a recogerlo, cuando por una puerta disimulada en el fondo apareció un extraño personaje que, por lo que habías oído de sus rasgos y el vago recuerdo de la foto que te había mostrado Canales, dedujiste que se trataba del Ninja.

El policía te la enseñó para encargarte algo que entonces te pareció imposible cumplir y ahora la suerte te brindaba una ocasión inesperada de hacerlo. "Dígale que nos lo vamos a chingar", te había pedido Canales. Pero ese no era el momento de darle gusto, Hilario Godínez, hiciste bien en callarte.

El Ninja era bajo y fornido, con la perfecta constitución de un atleta. El pantaloncillo corto y la fina camiseta te permitían ver que estaba tatuado de la cabeza a los pies. Todo el cuerpo. Los brazos, las piernas, el rostro, la cabeza rapada, todo llenos de motivos de animales que lo convertían en una especie de zoológico ambulante. No parecía caminar sino pavonearse mostrándolos, y así, sin

dirigirte la palabra, se acercó a una especie de bar más allá de la parte trasera del sofá donde había varias botellas sobre la barra. Se sirvió una copa de tequila y bajó a sentarse en medio del inmenso sillón, como si fuera un trono hecho a su medida y se te quedó mirando en silencio. Temblaste de pies a cabeza. Ese era el millonario excéntrico del que hablaba don Ernesto Acevedo. Sí tenía algo de policía secreto chino, enigmático y cabrón, pero era más bien, como había predicho Patiño, un naco con ojos de chale. Solo que no se creía Kung Fu: se creía una obra de arte.

# 49

—¿Cuánto cree que vale, en estos días, un equipo de futbol?

La pregunta te tomó desprevenido, pero el tono del Ninja exigía una respuesta inmediata. Tú suponías que tendría que ver con la fama del club, con los nombres de los jugadores, con el precio de sus contratos, pero, la verdad, no tenías ni idea. Eso le hiciste saber a aquel tatuaje viviente que te miraba con fijeza y que no pareció apreciar ni la prontitud ni la sinceridad de tu respuesta.

—¿No sabe cuánto vale un equipo de primera división? ¿Ni siquiera una cantidad aproximada? ¿Y de segunda? ¿Cuánto calcula que pueda valer un equipo de segunda?

Ibas a responderle que dependería de los mismos factores cuando la puerta por la que habías entrado se abrió. El guardia le hizo una seña al Ninja que le respondió con una desganada mueca de asentimiento.

El guardia se fue y el Tino apareció en el umbral. Se acercó a su jefe sin siquiera voltear a mirarte. Tú diste gracias a un Dios en el que ni siquiera crees, Hilario Godínez, porque, aunque fuera por unos instantes, dejabas de ser el centro de atención de aquel malévolo engendro.

El Ninja, sin levantarse, extendió una mano al recién llegado:

—Hace un rato que no te veía, Tino, ¿dónde te habías metido?

—Por ahí, en el otro lado, cerrando tratos con los gringos. ¿Qué ha habido de nuevo?

El Ninja se puso de pie, se quitó la fina camiseta y ensanchó el torso y los bíceps, como hacen al posar los levantadores de pesas. Al hacerlo se abultaban los tatuajes que le henchían el cuerpo. Tenía la enorme cabeza de un tigre tatuada en el pecho.

—Esto hay de nuevo, ¿qué te parece?

—De poquísima madre.

—Ya me harté de que me apoden el Ninja. Ahora quiero que me llamen el Tigre.

El Tino rio irónico, maléfico, con ese rictus que le ahondaba la

terrible cicatriz y que a ti, ante tu propia extrañeza, repugnancia y horror, empezaba a parecerte cada vez más familiar.

—Órale, mi tigre. Pues habrá que correr la voz, para que todos se enteren.

—Tuve que chingarme al pinche holandés puto, igual que al par de cabrones que había tatuado antes que a mí. Así yo soy ahora el único que puede lucir sus obras de arte. Hasta las que a ellos les hizo. Se ven rebonitos sus pellejos.

Señaló, en una esquina de la sala, unos cuadros en los que no habías reparado al entrar. Al mirarlos descubriste espantado lo que el Tino pretendió hacerte entender con su fallido regalo. Se trataba de tres pieles humanas nítidamente enmarcadas exhibiendo los diseños de Karl van der Laggen. La mayor ostentaba la cabeza de un toro.

Retrocediste unos pasos, asqueado. Tu involuntario movimiento hizo que el Ninja clavara de nuevo los ojos en ti. Tomó asiento con majestuosa lentitud antes de hablar:

—Me contaste que este pendejo sabía mucho de futbol. No sabe nada de nada.

El Tino respondió todavía sin mirarte. Hablaba como si no te encontraras presente.

—No es más que un simple cronista deportivo, no sé por qué lo mandaste traer.

—Pues para informarme bien de lo que habíamos hablado. Quedamos en comprar el equipo de futbol. Tú me convenciste de que sería un gran negocio.

—Sí, pero el equipo completo. No nada más al portero.

—Ese fue un cambio de última hora. No vale lo mismo un equipo de primera división que uno de segunda, el precio según averigüé luego es bastante distinto. Ahora sí podemos comenzar las negociaciones.

—¿Y por qué suicidaste a ese pobre cabrón después de comprarlo? ¿No quisiste pagarle? El Mono Cabrera era un excelente portero, además de que su contrato valía varios millones de dólares. Perdimos dinero y nos va a hacer falta en el equipo.

—Ahí yo no tuve nada que ver. Sí mandé gente a ordenarle perder el encuentro, no te digo que no. Le ofrecimos, ya sabes, o plata o plomo. Pareció aceptar la plata, pero la noche siguiente, cuando fueron a pagarle lo que le debíamos, dijo que no quería saber nada de nosotros, que por nuestra culpa había cometido un par de errores pendejos y él solito fue a arrojarse por la ventana. Un

culero incapaz de soportar la derrota o de ver a su pinche equipo en la segunda división.

El Tino se puso de pie. El surco que le cruzaba la cara pareció hacerse más negro y más hondo.

—¿Quieres saber cuál fue el último trato que cerré con los gringos? —le preguntó mientras caminaba despacio por detrás del sillón, dirigiéndose al bar, como si fuese a servirse un trago y, de pronto, al pasar tras el Ninja, mientras este asentía, le sujetó la cabeza y le rebanó limpiamente el pescuezo con una navaja que había aparecido en su mano.

Ni te miró. Tú contemplaste horrorizado al capo muerto, con los ojos aún descomunalmente abiertos por la sorpresa, como si estuviera mirándote a ti mientras los chorros de sangre le anegaban el tatuaje del tigre en el pecho. El Tino les dio entonces la espalda para murmurar algo en su teléfono móvil. Luego se volvió a limpiar la hoja de su cuchillo sobre el hombro desnudo de su antiguo jefe.

—Pinche villamelón —dijo.

En ese momento, más allá de la puerta cerrada, se inició la balacera. A los primeros disparos siguieron ráfagas de metralleta, gente corriendo, mentadas de madre, más tiros, más andanadas, más gritos. El Tino permaneció inmutable, como si el infernal traqueteo que se había desatado ni le sorprendiera ni le afectara en nada.

—Ahí está su amigo Canales, don, parece que se trajo a todo el ejército. Dígale que me debe una. Cualquier día de estos le voy a pedir que me la pague.

Y, dándose media vuelta, desapareció como una sombra por la puerta disimulada en el fondo.

Algunos disparos empezaban a hacer astillas la gruesa hoja de madera de la entrada a tus espaldas y tú, Hilario Godínez, esposado como estabas, fuiste a arrojarte tras el sillón de piel para protegerte de las balas perdidas. Así estuviste un buen rato hasta que cesó el tiroteo. Cuando Canales, seguido de otros agentes y soldados, irrumpieron en la habitación con las armas todavía humeantes, te escucharon pedir auxilio justo tras el cadáver degollado de quien habían ido a buscar. Canales no se extrañó ni de verte ahí, ni de los hierros que te sujetaban las muñecas, ni de la roja tajada en el cuello del capo de capos. Parecía muy al corriente de todo. Poco a poco los fotógrafos y reporteros, con sus cámaras, libretas, micrófonos y Patiño al frente, invadieron la habitación. El asalto te pareció, por el número de periodistas y por la hora del día, demasiado mediático: justo a tiempo para alcanzar los noticieros de

la noche. Te imaginaste los encabezados a ocho columnas en los periódicos de la mañana siguiente: “Otro cartel desmantelado”, “Muere el Ninja en acción combinada entre ejército y policía”, “Periodista rescatado”. Octavio Canales recibiría, de seguro, un ascenso.

Tú, una vez liberado de tus ligaduras, apelaste al Gordo Patiño y a la solidaridad con tus otros colegas para rehuir fotografías y entrevistas. Lo único que deseabas era largarte inmediatamente de ahí. Te urgían, Hilario Godínez, las dos piezas fundamentales de la felicidad: un poco de aire fresco para respirar y espacio suficiente para moverte a donde te diera la gana.

Al salir todavía pensaste en el Tino, en la increíble manera como se había esfumado de ahí y en la deuda que, según dijo al irse, Canales había contraído con él. La tuya no era de ningún modo menor. ¿Qué planearía hacer ahora? “Sin tigre en la jungla, el gorila es rey”, murmuraste para tus adentros. En ese momento, apurado como estabas tú también en irte y en un rápido reencuentro con la Susanita, no caíste en cuenta, Hilario Godínez, ni de cuán exacta era tu afirmación ni de que con toda certeza estabas citando a algún filósofo chino a quien se le había ocurrido lo mismo muchos siglos antes que a ti.

# 50

La mañana de tu secuestro, según te explicó la propia Susanita abrazándote llorosa, te estuvo esperando durante un largo rato. Luego, preocupada porque no respondías ni a tu celular ni a tu teléfono fijo, y porque en el periódico tampoco sabían nada de ti, decidió salir a buscarte. Le habías dado la llave de tu casa y encontró todo con tu desarreglo habitual, nada fuera del caótico orden que te caracteriza pero, buscando una pista, encontró sobre tu escritorio la carta que días antes te había dirigido Roxana Robin. Se puso a leerla. Por lo que Roxana misma decía se dio cuenta de que se trataba de una escritora famosa y sintió que se le rompía el corazón. No tuvo que ir al periódico y buscar en tus columnas de la semana la referencia al amor infeliz para sospechar que te habías ido con ella. Te suplicaba que le perdonaras su falta de confianza, Hilario Godínez, pero tuvo miedo justamente de eso… hasta que encontraron el BMW abandonado muy cerca de su propio domicilio, con tu celular sobre el asiento y tu maleta en la cajuela. No le fue difícil imaginar entonces lo que en realidad había sucedido. Sin embargo, como las horas pasaban sin que tú aparecieras, decidió ir a buscar a tu antigua compañera de la universidad con la esperanza de que tuviera noticias tuyas.

Roxana Robin tampoco tenía idea de dónde podías estar y la Susanita se atrevió a decírselo todo. No solo no le habías contestado, planeabas rehuirla porque ustedes dos iban a salir juntos de vacaciones desde muy temprano ese mismo día, horas antes de que Roxana llegara a la ciudad. Las cosas no podían ser más claras. Así se lo dijo.

Tú, Hilario Godínez, te maldijiste por no haber metido esa última carta de Ñ en el cofre de madera de Olinalá cerrado con llave donde guardabas la correspondencia de la Mujer de tus Sueños. Por fortuna, la Susanita no había visto el resto. También se le escapaba la referencia a las cartas de amor de Cyrano de Bergerac y creía por eso que Roxana Robin era el verdadero nombre de Ñ. Un beneficio imprevisto de que los jóvenes de ahora ya no leyeran

tanto a Rostand.

La Susanita continuó refiriéndote la entrevista con su menos afortunada rival. Te dijo cómo esta oyó de sus labios lo que tú no te atreviste a decirle y cómo lo aceptó todo sin pestañear. La Susanita intuyó que Roxana se lo esperaba. Le dijo que no quería entrometerse en sus vidas. Sabía que su oportunidad, si alguna vez tuvo una, había pasado ya. Lo único que le pidió es que le permitiera quedarse tres días en el hotel por dos razones. La primera, porque deseaba cumplir su palabra. Eso se había estipulado y no iba faltar a lo dicho. La segunda, para asegurarse de que no te hubiera sucedido algo grave. Le pidió, por favor que, sin decírtelo a ti, le avisara cuando regresaras con bien. Y la Susanita hizo exactamente eso. En cuanto supo de ti se dio prisa por telefonearla al Marquesa del Valle para decirle que habías regresado con bien, y que se irían de inmediato de vacaciones. Roxana le dio las gracias por su amabilidad. El plazo convenido había caducado esa misma mañana y en esos momentos estaba preparándose para dejar el hotel. Tenía prisa en terminar una nueva novela y encontrarse con un editor que la esperaba en Dios sabe qué parte del mundo. Le pidió que la despidiera de ti dándote sus mejores recuerdos. Les deseaba, a los dos, toda la felicidad del mundo.

Después, la Susanita no tuvo necesidad de tomarte de la mano, Hilario Godínez, te echó los brazos al cuello y te besó con una pasión que no le habías sentido antes. Eso, más tus días de abstinencia y encierro y las más primitivas urgencias de la naturaleza, se encargaron del resto, solo tuviste que dejarla hacer.

# 51

Pasaba la medianoche cuando sentiste a la Susanita revolverse en la cama, inquieta. No había podido dormirse. Te dio un beso al ver que te despertabas y arrimó más a ti su cuerpo desnudo.

Lo que le impedía dormir era Ñ rondándole aún por la cabeza. Te confesó que le había contado que tus cuentos estaban ya en manos de un posible editor. Roxana le dijo que, hacía muchos años, los había leído también. Tenía la certeza de que la respuesta sería positiva. A la Susanita le pareció un comentario extremadamente alentador proviniendo, sobre todo, de un personaje tan célebre. Se veía entusiasmada.

—Vas a dejar esa tontería del futbol y a dedicarte a lo tuyo: la literatura. Ya verás cuando nos conteste el editor. Vas a ser más famoso que Roxana Robin.

Pobre de la Susanita, pensaste, ella no sabía nada de nombres. ¿Cómo explicarle, entonces, que el tuyo no era lo suficientemente sonoro como para que alguien te tomara en serio? Sí, desde luego, podrías cambiártelo, firmar con un alias. Pablo Neruda lo hizo, Bernardo Atxaga también, ¿por qué no tú? ¿Quién te dice que las iniciales de H. G. Wells no esconden un Hilario Godínez Wells, para servir a usted? Pero, aunque tú nunca fuiste bueno para vaticinar el futuro y este te reservó siempre alguna que otra sorpresa, de la opinión del editor estabas seguro: tus cuentos no valían gran cosa. El maestro no se reconoce por lo que publica, sino por lo que desecha. Esos relatos deberían haber parado desde hacía mucho tiempo en el cesto de la basura. Solo los conservaste por nostalgia. A pesar de lo que pudo haber dicho Ñ sobre ellos compadecías de antemano a la Susanita. La desilusión sería de seguro mucho más dolorosa para ella que para ti. Sin contar con que sus poemas, tampoco eso dudabas, obtendrían un veredicto parecido. Quién sabe si su relación resistiría la dureza del golpe. Tal vez ese sería el momento, era bastante posible, en que la perderías para siempre. Por otro lado estaba tu irreductible gusto por el futbol. ¿Tendría razón la Susanita? ¿Era esa primitiva afición lo que te aproximaba a

individuos como el Tino, por ejemplo?

Ella colocó la cabeza en tu hombro.

—¿Quisiste mucho a… Roxana?

Asentiste con un cierto agobio en el pecho. Invadido de anticipada nostalgia por unas cartas que ya no vendrían nunca más. La Susanita apoyó un codo en la cama. Los celos y la rabia la armaron de un vocabulario que nunca le habías oído antes.

—Pues hoy mismo se largó mucho a la chingada y, mañana, tú y yo nos iremos por fin de vacaciones. Nos quedan muy pocos días, vamos a aprovecharlos en grande, amor.

Asentiste de nuevo y la estrechaste aún más contra ti. Tu habitual corrector de erratas había comenzado a funcionar automáticamente. La Susanita dijo “hoy”, pero su hoy aludía al ayer en el que imaginaba encontrarse porque, en realidad, hoy ya era “mañana”: habían pasado las doce de la noche. La hora en que la carroza se convertía en calabaza. Pero eso tú lo sabías de sobra, Hilario Godínez, no hay amor feliz.

# 52

La viste de lejos. Estaba sentada en la plaza de Armas, por completo concentrada y como intentando encontrarle sentido a la absurda perorata del Loco Mendizábal, que pedía limosna a unos pasos de ella. Tan absorta en el sorprendente monólogo que no vio cuando te sentaste en una banca lejana resguardada del sol y te pusiste a observarla.

No tenía por qué estar ahí, varios días después de concluido el plazo pactado, cuando tú y la Susanita, vueltos de sus breves vacaciones a la orilla del mar, se habían reintegrado al trabajo mientras esperaban, ella con creciente impaciencia, tú con anticipada aprensión, la respuesta del editor.

A Ñ te la habías imaginado ya en otra parte, muy lejos de ahí, dándole los últimos toques a su próxima novela. Es cierto que a cada una de sus "ultimas" cartas siguió siempre otra más, y no era tan extraño que a los días que ella misma había estipulado hubiese añadido otros extras. Ella era así. No se daba fácilmente por vencida. De niña debió de haber leído, de algún filósofo chino, una de esas frases iluminadoras sobre la paciencia y la tenacidad. Quince años de correspondencia ininterrumpida debieron haberte convencido de eso, de acuerdo, pero ¿qué hacía en ese jardín, precisamente a la hora en que tú lo cruzabas, contemplando a un humilde pordiosero cuyo discurso solo a ti interesaba? Eso nadie puede saberlo y tú has dejado de intentar explicártelo. Hay cosas en la cósmica danza de esos átomos que tanto perturban al Loco Mendizábal que vale más no averiguar.

Todavía hoy te preguntas cómo supiste que se trataba de ella. La verdad es que no te pasó por la cabeza que pudiera ser alguien más, aunque podía tratarse de una turista cualquiera deslumbrada por la palabrería del mendigo y por los ramalazos de luz que se filtraban por entre las hojas de los árboles. Definitivamente la belleza tiene una relación directa con la posición social y el dinero, Hilario Godínez, y ella había logrado todo eso a montones.

Fue cuando te pusiste de pie y te acercaste que ella te vio. La

sentiste ponerse tensa. Sus ojos deben de haber parpadeado varias veces bajo sus gafas de sol, pero no hizo la menor señal de reconocimiento. Caminaste directo hacia ella. Claro que la recordabas. Era esa chiquilla tímida, recién entrada en la universidad cuando tú comenzabas tercero, que te pedía consejos sobre libros y autores, y a la que tú hablabas de literatura dándote aires de decano ilustre. Bonita pese a no usar maquillaje y a que se veía como una niña a tu lado.

No se movió. Fuiste a sentarte en su banca como al azar, como si lo que te hubiese llevado a ese sitio fuera un poco de sol, y te pusiste a escuchar también las desgastadas sandeces del Loco Mendizábal. Sentiste como retenía el aliento y se le estrujaba el corazón. Para ser una escritora tan célebre, pensaste, no era lo suficientemente flemática. El aire debía de parecerle preñado de invisibles filosos cuchillos, pero no se volvió a mirarte. Tal vez pensó que seguía, para ti, tan invisible como en aquella otra época en la universidad, cuando espiaba el momento en que entrarías al café para correr a sentarse a tu mesa. De verdad nunca has sabido anticipar lo que te depara el futuro, Hilario Godínez, ¿por qué serás tan pendejo para eso? “Los átomos, todo son átomos… la materia… la duda”, te recordaba el Loco Mendizábal cuando, de pronto, lo que se desvaneció en ti fue la duda. El viaje más largo se emprende con el primer paso, decían otrora los filósofos chinos. Estiraste la pierna y, con la punta del pie, sobre los átomos que componían también la tierra suelta del suelo, trazaste *unaÑ* mayúscula. Ella se volvió a mirarte con una sonrisa espléndida que le iluminaba la cara. ¿Cómo pudiste jamás olvidar su sonrisa? No tienes perdón de Dios, Hilario Godínez, pero era el momento de acercarle la mano y ella se apresuró a apretártela.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·